Erving Goffman

Estigma

La identidad deteriorada

sociología

Amorrortu/*editores*

Obras de Erving Goffman en esta biblioteca

Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales

La presentación de la persona en la vida cotidiana

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

Estigma

La identidad deteriorada

Erving Goffman

Amorrortu editores
Buenos Aires - Madrid

Biblioteca de sociología
Stigma. Notes on the Management of Spoiled Identity, Erving Goffman
© Prentice-Hall, Inc., 1963
Primera edición en inglés, 1963; segunda edición, 1968
Primera edición en castellano, 1970; tercera reimpresión, 1986; cuarta reimpresión, 1989; quinta reimpresión, 1993; sexta reimpresión, 1995; séptima reimpresión, 1998; octava reimpresión, 2001; novena reimpresión, 2003; décima reimpresión, 2006
Traducción, Leonor Guinsberg

© Todos los derechos de la edición en castellano reservados por Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7° piso - C1057AAS Buenos Aires

www.amorrortueditores.com

Amorrortu editores España S.L., C/San Andrés, 28 - 28004 Madrid

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN-10: 950-518-016-0
ISBN-13: 978-950-518-016-5

Creative Commons

Goffman, Erving
Estigma : la identidad deteriorada.- 1ª ed. 10ª reimp.- Buenos Aires : Amorrortu, 2006.
176 p. ; 20x12 cm.- (Biblioteca de sociología)

Traducción de: Leonor Guinsberg

ISBN 950-518-016-0

1. Procesos Sociales. I. Leonor Guinsberg, trad. II. Título
CDD 303

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en mayo de 2006.

Tirada de esta edición: 2.000 ejemplares.

Prólogo

Hace ya más de una década que la literatura de psicología social se ocupa intensamente del estigma, vale decir, de la situación del individuo inhabilitado para una plena aceptación social.[1] Con el tiempo se agregaron provechosos estudios clínicos,[2] cuyos alcances y aplicación abarcaron categorías siempre nuevas de personas.[3]

Mi propósito en este ensayo[4] es revisar algunos trabajos sobre el estigma, en especial de índole popular, para ver cuál puede ser su utilidad para la sociología. Debemos emprender la tarea de deslindar el material vinculado con el estigma de otros hechos cercanos a él, mostrar cómo se puede describir este material de un modo económico, dentro de un único esquema conceptual, y clarificar el vínculo existente entre el estigma y el problema de la desviación. Esta tarea me permitirá formular y utilizar una serie espe-

1 Entre los más importantes se cuentan sociólogos como E. Lemert; psicólogos como K. Lewin, F. Heider, T. Dembo, R. Barker y B. Wright. Véase especialmente B. Wright, *Physical Disability – A Psychology Approach* (Nueva York: Harper & Row, 1960), que me ha facilitado numerosos párrafos para citar y referencias de gran utilidad.

2 Por ejemplo, F. Macgregor y colab., *Facial Deformities and Plastic Surgery*, Springfield, Illinois: Charles C. Thomas, 1953.

3 Por ejemplo, C. Orbach, M. Bard y A. Sutherland, «Fears and Defensive Adaptations to the Loss of Anal Sphincter Control», en *Psychoanalytical Review*, XLIV, 1957, págs. 121-175.

4 Una primera versión resumida se publicó en *The Patient and the Mental Hospital* de M. Greenblatt, D. Levinson y R. Williams, Nueva York: Free Press of Glencoe, 1957, págs. 507-510. Una versión posterior se presentó en la MacIver Lecture pronunciada en la Southern Sociological Society, Louisville, Kentucky, el 13 de abril de 1962. Para el presente trabajo colaboró el Center for the Study of Law and Society (Centro para el Estudio del Derecho y la Sociedad) Universidad de California, Berkeley, con un subsidio del President's Committee on Juvenile Delinquency.

cial de conceptos: aquellos que tienen que ver con la «información social», la información que el individuo transmite directamente sobre sí mismo.

Estimada Señorita Corazones Solitarios:

Tengo dieciséis años y estoy desorientada; le agradecería que me aconsejara. Cuando pequeña estaba acostumbrada a que los chicos que vivían en la cuadra se burlaran de mí y no era tan terrible, pero ahora me gustaría tener amigos con quienes salir los sábados a la noche como las demás chicas, pero ningún muchacho me va a invitar, porque aunque bailo muy bien, tengo una linda figura y mi padre me compra lindos vestidos, nací sin nariz.
Me siento y me observo todo el día y lloro. Tengo un gran agujero en medio de la cara que asusta a la gente y también a mí; por eso no puedo culpar a los muchachos de que no quieran invitarme a salir con ellos. Mi madre me quiere pero se pone a llorar desconsoladamente cuando me mira. ¿Qué hice yo para merecer esta terrible desgracia? Aunque hubiera hecho algo malo, nada malo hice antes de cumplir un año, y sin embargo nací así. Le pregunté a mi papá; me dijo que no sabía, pero que tal vez algo hice en el otro mundo antes de nacer, o quizá me castigaron por sus pecados. Eso no lo puedo creer porque él es un hombre muy bueno. ¿Debo suicidarme?

La saluda atentamente
Desesperada

Tomado de *Miss Lonelyhearts*, de Nathanael West, págs. 14-15. Copyright © 1962 por New Directions. Reimpreso con autorización de New Directions, editores.

1. Estigma e identidad social

Los griegos, que aparentemente sabían mucho de medios visuales, crearon el término *estigma* para referirse a signos corporales con los cuales se intentaba exhibir algo malo y poco habitual en el status moral de quien los presentaba. Los signos consistían en cortes o quemaduras en el cuerpo, y advertían que el portador era un esclavo, un criminal o un traidor —una persona corrupta, ritualmente deshonrada, a quien debía evitarse, especialmente en lugares públicos—. Más tarde, durante el cristianismo, se agregaron al término dos significados metafóricos: el primero hacía alusión a signos corporales de la gracia divina, que tomaban la forma de brotes eruptivos en la piel; el segundo, referencia médica indirecta de esta alusión religiosa, a los signos corporales de perturbación física. En la actualidad, la palabra es ampliamente utilizada con un sentido bastante parecido al original, pero con ella se designa preferentemente al mal en sí mismo y no a sus manifestaciones corporales. Además, los tipos de males que despiertan preocupación han cambiado. Los estudiosos, sin embargo, no se han esforzado demasiado por describir las condiciones estructurales previas del estigma, ni tampoco por proporcionar una definición del concepto en sí. Parece necesario, por consiguiente, tratar de delinear en primer término algunos supuestos y definiciones muy generales.

Concepciones preliminares

La sociedad establece los medios para categorizar a las personas y el complemento de atributos que se perciben como corrientes y naturales en los miembros de cada una

de esas categorías. El medio social establece las categorías de personas que en él se pueden encontrar. El intercambio social rutinario en medios preestablecidos nos permite tratar con «otros» previstos sin necesidad de dedicarles una atención o reflexión especial. Por consiguiente, es probable que al encontrarnos frente a un extraño las primeras apariencias nos permitan prever en qué categoría se halla y cuáles son sus atributos, es decir, su «identidad social» —para utilizar un término más adecuado que el de «status social», ya que en él se incluyen atributos personales, como la «honestidad», y atributos estructurales, como la «ocupación»—.

Apoyándonos en estas anticipaciones, las transformamos en expectativas normativas, en demandas rigurosamente presentadas.

Por lo general, no somos conscientes de haber formulado esas demandas ni tampoco de su contenido hasta que surge un interrogante de índole práctica: ¿serán satisfechas de algún modo? Es entonces probablemente cuando advertimos que hemos estado concibiendo sin cesar determinados supuestos sobre el individuo que tenemos ante nosotros. Por lo tanto, a las demandas que formulamos se las podría denominar con mayor propiedad demandas enunciadas «en esencia», y el carácter que atribuimos al individuo debería considerarse como una imputación hecha con una mirada retrospectiva en potencia —una caracterización «en esencia», una *identidad social virtual*—. La categoría y los atributos que, de hecho, según puede demostrarse, le pertenecen, se denominarán su *identidad social real*.

Mientras el extraño está presente ante nosotros puede demostrar ser dueño de un atributo que lo vuelve diferente de los demás (dentro de la categoría de personas a la que él tiene acceso) y lo convierte en alguien menos apetecible —en casos extremos, en una persona casi enteramente malvada, peligrosa o débil—. De ese modo, dejamos de verlo como una persona total y corriente para reducirlo a un ser inficionado y menospreciado. Un atributo de esa naturaleza es un estigma, en especial cuando él produce en los demás, a modo de efecto, un descrédito amplio; a veces recibe también el nombre de defecto, falla o desventaja. Esto constituye una discrepancia especial entre la identidad social virtual

y la real. Es necesario señalar que existen otras discrepancias entre estos dos tipos de identidades sociales; por ejemplo, la que nos mueve a reclasificar a un individuo ubicado previamente en una categoría socialmente prevista, para colocarlo en otra categoría diferente aunque igualmente prevista, o bien la que nos mueve a mejorar nuestra estimación del individuo. Debe advertirse también que no todos los atributos indeseables son tema de discusión, sino únicamente aquellos que son incongruentes con nuestro estereotipo acerca de cómo debe ser determinada especie de individuos. El término estigma será utilizado, pues, para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador; pero lo que en realidad se necesita es un lenguaje de relaciones, no de atributos. Un atributo que estigmatiza a un tipo de poseedor puede confirmar la normalidad de otro y, por consiguiente, no es ni honroso ni ignominioso en sí mismo. En Estados Unidos, por ejemplo, hay empleos donde las personas sin preparación universitaria se ven obligadas a disimular esta carencia, mientras en otros países los pocos individuos que la poseen deben mantenerla en secreto, por miedo a que se los señale como fracasados o marginales. Análogamente, a un muchacho de clase media no le produce ningún remordimiento que lo vean camino a una biblioteca pública; sin embargo, un criminal profesional escribe lo siguiente:

> Recuerdo que en el pasado y en más de una ocasión, por ejemplo, al dirigirme a una biblioteca pública cercana al lugar donde vivía, miraba por encima del hombro un par de veces antes de entrar, solo para tener la seguridad de que ninguno de mis conocidos anduviera por allí y me viese.[1]

Del mismo modo, un individuo que desea pelear por su patria puede ocultar un defecto físico, por temor a que su pretendido status físico se vea desacreditado; tiempo después, el mismo individuo, amargado y con deseos de evadirse del ejército, puede lograr que lo admitan en el hospital militar, donde el descubrimiento de que no posee en reali-

1 T. Parker y R. Allerton, *The Courage of His Convictions*, Londres: Hutchinson & Co., 1962, pág. 109.

dad una enfermedad aguda puede hundirlo en el oprobio.[2] Un estigma es, pues, realmente, una clase especial de relación entre atributo y estereotipo. Sin embargo, propongo modificar este concepto, en parte porque existen importantes atributos que resultan desacreditadores en casi toda nuestra sociedad.

El término estigma y sus sinónimos ocultan una doble perspectiva: el individuo estigmatizado, ¿supone que su calidad de diferente ya es conocida o resulta evidente en el acto, o que, por el contrario, esta no es conocida por quienes lo rodean ni inmediatamente perceptible para ellos? En el primer caso estamos frente a la situación del *desacreditado*, en el segundo frente a la del *desacreditable*. Esta es una diferencia importante, aunque es probable que un individuo estigmatizado en particular haya experimentado ambas situaciones. Comenzaré con la situación del desacreditado para continuar con la del desacreditable, pero sin establecer siempre una separación entre ambos.

Se pueden mencionar tres tipos de estigmas, notoriamente diferentes. En primer lugar, las abominaciones del cuerpo —las distintas deformidades físicas—. Luego, los defectos del carácter del individuo que se perciben como falta de voluntad, pasiones tiránicas o antinaturales, creencias rígidas y falsas, deshonestidad. Todos ellos se infieren de conocidos informes sobre, por ejemplo, perturbaciones mentales, reclusiones, adicciones a las drogas, alcoholismo, homosexualidad, desempleo, intentos de suicidio y conductas políticas extremistas. Por último, existen los estigmas tribales de la raza, la nación y la religión, susceptibles de ser transmitidos por herencia y contaminar por igual a todos los miembros de una familia.[3] Sin embargo, en todos estos diversos ejemplos de estigma, incluyendo aquellos que tenían en cuenta los

2 En relación con esto véase el artículo de M. Melwer, «Countermanipulation through Malingering», en el libro editado por A. Biderman y H. Zimmer, *The Manipulation of Human Behavior*, Nueva York: John Wiley & Sons, 1961, págs. 277-304.

3 En la historia moderna, especialmente en Gran Bretaña, el status de clase baja funcionaba como un importante estigma tribal: los pecados de los padres, o al menos su ambiente, eran pagados por el niño si este crecía inadecuadamente por encima de su condición social inicial. El manejo del estigma de clase es, naturalmente, un tema central en la novela inglesa.

griegos, se encuentran los mismos rasgos sociológicos: un individuo que podía haber sido fácilmente aceptado en un intercambio social corriente posee un rasgo que puede imponerse por la fuerza a nuestra atención y que nos lleva a alejarnos de él cuando lo encontramos, anulando el llamado que nos hacen sus restantes atributos. Posee un estigma, una indeseable diferencia que no habíamos previsto. Daré el nombre de *normales* a todos aquellos que no se apartan negativamente de las expectativas particulares que están en discusión.

Son bien conocidas las actitudes que nosotros, los normales, adoptamos hacia una persona que posee un estigma, y las medidas que tomamos respecto de ella, ya que son precisamente estas respuestas las que la benevolente acción social intenta suavizar y mejorar. Creemos, por definición, desde luego, que la persona que tiene un estigma no es totalmente humana. Valiéndonos de este supuesto practicamos diversos tipos de discriminación, mediante la cual reducimos en la práctica, aunque a menudo sin pensarlo, sus posibilidades de vida. Construimos una teoría del estigma, una ideología para explicar su inferioridad y dar cuenta del peligro que representa esa persona, racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias, como, por ejemplo, la de clase social.[4] En nuestro discurso cotidiano utilizamos como fuente de metáforas e imágenes términos específicamente referidos al estigma, tales como inválido, bastardo y tarado, sin acordarnos, por lo general, de su significado real.[5] Basándonos en el defecto original, tendemos a atribuirle un elevado número de imperfecciones[6] y, al mismo tiempo, algunos atributos deseables, pero no deseados por el interesado, a menudo de índole sobrenatu-

4 D. Riesman, «Some Observations Concerning Marginality», en *Philon*, segundo trimestre, 1951, pág. 122.

5 En un artículo de próxima aparición, T. J. Scheff presenta el caso con relación a los enfermos mentales.

6 Con referencia al ciego, véase E. Henrich y L. Kriegel, eds. *Experiments in Survival*, Nueva York: Association for the Aid of Crippled Children (Asociación para la Ayuda de los Niños Inválidos), 1961, págs. 152 y 186; y H. Chevigny, *My Eyes Have a Cold Nose*, New Haven, Conn.: Yale University Press, en rústica, 1962, pág. 201.

ral, como, por ejemplo, el «sexto sentido», o la percepción de la naturaleza interior de las cosas:[7]

Algunos vacilan en tocar o guiar a los ciegos, mientras que otros generalizan la deficiencia advertida como incapacidad total, gritándoles a los ciegos como si fueran sordos o intentando ayudarlos a incorporarse como si fueran inválidos. Quienes se enfrentan con ciegos pueden tener un gran número de creencias aferradas al estereotipo. Pueden pensar, por ejemplo, que están sujetos a un tipo único de discernimiento, suponiendo que el individuo ciego utiliza canales especiales de información, inaccesibles a los demás.[8]

Además, podemos percibir su respuesta defensiva a esta situación como una expresión directa de su defecto, y considerar entonces que tanto el defecto como la respuesta son el justo castigo de algo que él, sus padres o su tribu han hecho, y que justifica, por lo tanto, la manera como lo tratamos.[9]

Dejemos ahora al individuo normal y ocupémonos de la persona con respecto a la cual este resulta normal. Por lo general, parece cierto que los miembros de una categoría social sustentan sólidamente un modelo de opinión que, según su parecer y el de otros sujetos, no les es directamente aplicable. Así, un hombre de negocios puede exigir una conducta femenina de las mujeres o una conducta ascética de los monjes y no concebirse a sí mismo como alguien que debe llevar a cabo cualquiera de estos dos estilos de conducta. La diferencia está entre llevar a cabo una norma, y simplemente sustentarla. El problema del estigma no surge aquí sino tan solo donde existe una expectativa difundida de que quienes pertenecen a una categoría dada deben no solo apoyar una norma particular sino también llevarla a cabo. También es posible que un individuo no consiga vivir de

7 Con las palabras de una mujer ciega: «Me llamaron para avalar un perfume, presumiblemente porque siendo ciega mi sentido del olfato era superdiscriminativo». Véase T. Keitlen (con N. Lobsenz), *Farewell to Fear*, Nueva York: Avon, 1962, pág. 10.
8 A. G. Gowman, *The War Blind in American Social Structure*, Nueva York: American Foundation for the Blind, 1957, pág. 198.
9 Para ejemplos, véase Macgregor y colab., *op. cit., passim.*

acuerdo con lo que efectivamente exigimos de él, y a pesar de ello permanezca relativamente indiferente a su fracaso; aislado por su alienación, protegido por creencias propias sobre su identidad, siente que es un ser humano perfectamente maduro y normal, y que, por el contrario, nosotros no somos del todo humanos. Lleva un estigma, pero no parece impresionado ni compungido por ello. Esta posibilidad es celebrada en relatos ejemplares sobre los menonitas, los gitanos, los pícaros desvergonzados y los judíos muy ortodoxos.

Con todo, actualmente en Estados Unidos los códigos de honor separados parecen encontrarse en decadencia. El individuo estigmatizado tiende a sostener las mismas creencias sobre la identidad que nosotros; este es un hecho fundamental. La sensación de ser una «persona normal», un ser humano como cualquier otro, un individuo que, por consiguiente, merece una oportunidad justa para iniciarse en alguna actividad, puede ser uno de sus más profundos sentimientos acerca de su identidad.[10] (En realidad, cualquiera sea su manera de expresarlos, sus reclamos se basan, no en lo que él piensa que se merece *todo el mundo*, sino solamente aquellos que pertenecen a una selecta categoría social, dentro de la cual, sin duda, él encaja; por ejemplo, toda persona de su misma edad, sexo, profesión, etc.) Con todo, es posible que perciba, por lo general con bastante corrección, que cualesquiera que sean las declaraciones de los otros, estos no lo «aceptan» realmente ni están dispuestos a establecer un contacto con él en «igualdad de condiciones».[11] Además, las pautas que ha incorporado de la socie-

10 La noción de «ser humano normal» puede tener su origen en el enfoque médico de la humanidad o en la tendencia de las organizaciones burocráticas de gran escala, tales como el estado nacional, a tratar a todos los miembros, en ciertos aspectos, como iguales. Cualquiera que sea su origen, parece suministrar la imaginería básica a través de la cual los legos crean generalmente una concepción de sí mismos. Es interesante señalar que parece haber surgido una convención en la literatura popular de tipo biográfico en la que una persona dudosa proclama su derecho a la normalidad citando como prueba el hecho de tener una esposa e hijos y, curiosamente, declarando que ha pasado con ellos los días de Navidad y de Acción de Gracias.
11 Parker y Allerton, *op. cit.*, págs. 110-111, presentan la opinión de un criminal sobre este rechazo.

dad más amplia lo habilitan para mantenerse íntimamente alerta frente a lo que los demás consideran como su defecto, hecho que lo lleva de modo inevitable, aunque solo sea esporádicamente, a aceptar que, por cierto, está muy lejos de ser como en realidad debería. La vergüenza se convierte en una posibilidad central, que se origina cuando el individuo percibe uno de sus atributos como una posesión impura de la que fácilmente puede imaginarse exento.
Es probable que la presencia inmediata de los normales refuerce esta disociación entre las autodemandas y el yo, pero, de hecho, el individuo también puede llegar a odiarse y denigrarse a sí mismo cuando está solo frente a un espejo:

Cuando por fin me levanté (...) y aprendí a caminar nuevamente, tomé un día un espejo de mano y me dirigí hacia un espejo más grande para observarme; fui solo. No quería que nadie (...) se enterara de cómo me sentía al verme por primera vez. Pero no hubo ningún ruido, ningún alboroto; al contemplarme, no grité de rabia. Me sentía simplemente paralizado. Yo *no podía* ser esa persona reflejada en el espejo. En mi interior me sentía una persona saludable, corriente y afortunada; ¡oh, no como la del espejo! Pero cuando volví mi rostro hacia el espejo, eran mis propios ojos los que me miraban ardientes de vergüenza (...) como no lloré ni emití el menor sonido, me resultó imposible hablar de esto con alguien; a partir de entonces la confusión y el pánico provocados por mi descubrimiento quedaron encerrados en mí, e iba a tener que enfrentarlos solo durante mucho tiempo.[12]
Una y otra vez olvidé lo que había visto en el espejo. Aquello no podía penetrar dentro de mi mente y convertirse en parte integral de mi persona. Yo me sentía como si eso no tuviera nada que ver conmigo; era tan solo un disfraz. Pero no era el tipo de disfraz que se pone una persona voluntariamente y con el cual intenta confundir a los demás respecto de su identidad. Como en los cuentos de hadas, me habían puesto el disfraz sin mi aprobación ni mi conocimiento, y era yo mismo quien resultaba confundido respecto

12 K. B. Hathaway, *The Little Locksmith*, Nueva York: Coward-McCann, 1943, pág. 41, en Wright, *op. cit.*, pág. 157.

de mi propia identidad. Me miraba en el espejo y me sobrecogía de horror al no reconocerme. En el lugar donde me encontraba, con ese persistente júbilo romántico que había en mí, como si fuera una persona favorecida por la suerte para quien todo era posible, veía a un extraño, una figura pequeña, lastimosa, deforme y un rostro que se llenaba de dolor y sonrojaba de vergüenza cuando clavaba la vista en él. Era solo un disfraz, pero lo llevaría puesto eternamente. Allí estaba, allí estaba, era verdadero. Cada uno de estos encuentros era como un golpe en la cabeza. Siempre me dejaba aturdido, mudo e insensible, hasta que lenta y tercamente volvía a invadirme mi persistente y robusta ilusión de bienestar y belleza personal; olvidaba la irrelevante realidad y estaba desprovisto y vulnerable otra vez.[18]

Podemos ya señalar el rasgo central que caracteriza la situación vital del individuo estigmatizado. Está referido a lo que a menudo, aunque vagamente, se denomina «aceptación». Las personas que tienen trato con él no logran brindarle el respeto y la consideración que los aspectos no contaminados de su identidad social habían hecho prever y que él había previsto recibir; se hace eco del rechazo cuando descubre que algunos de sus atributos lo justifica.
¿De qué modo la persona estigmatizada responde a esta situación? En ciertos casos, le será posible intentar corregir directamente lo que considera el fundamento objetivo de su deficiencia; es el caso de la persona físicamente deformada que se somete a la cirugía plástica, del ciego que recurre al tratamiento ocular, del analfabeto que intenta una educación reparadora, del homosexual que ingresa en psicoterapia. (Cuando dicha reparación es posible, a menudo el resultado consiste, no en la adquisición de un status plenamente normal, sino en la transformación del yo: alguien que tenía

13 *Ibid.*, págs. 46-47. Para tratamientos generales de los sentimientos de autoaversión, véase K. Lewin, *Resolving Social Conflicts*, parte III, Nueva York: Harper & Row, 1948; A. Kardiner y L. Ovesey, *The Mark of Oppression: A Psychosocial Study of the American Negro*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 1951; y E. H. Erikson, *Childhood and Society*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 1950 (*Infancia y sociedad*, Buenos Aires: Paidós, 2a. ed., 1966).

un defecto particular se convierte en alguien que cuenta en su haber con el *record* de haber corregido un defecto particular.) Aquí debe mencionarse la tendencia a la «victimización», resultante del peligro que para la persona estigmatizada significa caer en manos de servidores fraudulentos que le venden los medios para corregir la elocución, aclarar el color de la piel, estirar el cuerpo, devolver la juventud (como el caso del tratamiento a base de yema de huevo fertilizado), curar mediante la fe y obtener aplomo en la conversación. Ya sea que se trate de una técnica práctica o de un fraude, la pesquisa, a menudo secreta, que da por resultado, revela hasta qué extremos están dispuestas a llegar las personas estigmatizadas y, por consiguiente, lo doloroso de la situación que las conduce a tales extremos. Se puede citar un ejemplo:

La señorita Peck [una asistente social de Nueva York, pionera en los trabajos referentes a personas con dificultades auditivas] decía que en los primeros tiempos los curanderos y charlatanes que querían enriquecerse rápidamente veían en la Liga [para los duros de oído] un fructífero campo de caza, ideal para la promoción de cascos magnéticos, milagrosas máquinas vibratorias, tímpanos artificiales, sopladores, inhaladores, masajeadores, aceites mágicos, bálsamos y otros curalotodos garantizados a prueba de incendios, positivos y permanentes para sorderas incurables. Los anuncios de tales farsas (hasta alrededor de la década de 1920, en que la Asociación Médica Norteamericana puso en marcha una campaña de investigación) acosaban desde las páginas de los periódicos, incluso de publicaciones prestigiosas, a quienes tenían dificultades de audición.[14]

El individuo estigmatizado puede también intentar corregir su condición en forma indirecta, dedicando un enorme esfuerzo personal al manejo de áreas de actividad que por razones físicas o incidentales se consideran, por lo común, inaccesibles para quien posea su defecto. Esto aparece ejemplificado en el lisiado que aprende o re-aprende a nadar, a

14 F. Warfield, *Keep Listening*, Nueva York: The Viking Press, 1957, pág. 76. Véase también H. von Hentig, *The Criminal and his Victim*, New Haven, Conn.: Yale University Press, 1948, pág. 101.

cabalgar, a jugar al tenis o a pilotear un avión, o en el ciego que se convierte en un experto esquiador o escalador de montañas.[15] El aprendizaje distorsionado se puede asociar, desde luego, con la ejecución distorsionada de lo que se aprende: tal el caso de un individuo confinado a una silla de ruedas que se las ingenia para bailar con una muchacha en un salón recurriendo a cierto tipo de mímica de la danza.[16] Por último, la persona que presenta una diferencia bochornosa puede romper con lo que se denomina realidad e intentar obstinadamente emplear una interpretación no convencional acerca del carácter de su identidad social.

Es probable que el individuo estigmatizado utilice su estigma para obtener «beneficios secundarios», como una excusa por la falta de éxito que padece a causa de otras razones:

Durante muchos años la cicatriz, el labio leporino o la nariz deforme fueron considerados como una desventaja, y su importancia en la adaptación social y emocional abarca inconscientemente todo. Es el «gancho» en el cual el paciente ha colgado todas las inadecuaciones, todas las insatisfacciones, todas las demoras y todos los deberes desagradables de la vida social, y del cual ha terminado por depender utilizándolo no solo como un medio razonable para evadirse de la competencia sino como una forma de protegerse de la responsabilidad social.

Cuando la cirugía elimina este factor, el paciente pierde la protección emocional más o menos aceptable que le ofrecía, y no tarda en descubrir, con sorpresa y desaliento, que la vida no es solo un suave navegar, incluso para aquellos que tienen caras «corrientes», sin mácula. No está preparado para enfrentar esta situación sin la ayuda de una «desventaja», y puede recurrir a la protección de las pautas de conducta menos sencillas, aunque similares, propias de la neurastenia, la histeria de conversión, la hipocondría o los estados agudos de ansiedad.[17]

15 Keitlen, *op. cit.*, capítulo 12, págs. 117-129 y capítulo 14, págs. 137-149. Véase también Chevigny, *op. cit.*, págs. 85-86.
16 Henrich y Kriegel, *op. cit.*, pág. 49.
17 W. Y. Baker y L. H. Smith, «Facial Disfigurement and Personality», en *Journal of the American Medical Association*, CXII, 1939,

También puede pensar que las desgracias que ha sufrido son una secreta bendición, especialmente por aquello tan difundido de que el sufrimiento deja enseñanzas sobre la vida y las personas:

Pero ahora, lejos ya de la experiencia del hospital, puedo evaluar lo que aprendí [escribe una madre postrada permanentemente por la poliomielitis]. Porque no era solamente sufrir: también era aprender por medio del sufrimiento. Sé que mi conocimiento de la gente aumentó y se profundizó, que quienes me rodean pueden contar para sus problemas con toda mi mente, mi corazón y mi atención. *Eso* no hubiera podido aprenderlo corriendo en una cancha de tenis.[18]

Análogamente, puede llegar a una nueva evaluación de las limitaciones de los normales, tal como lo sugiere un esclerótico múltiple:

Tanto las mentes como los cuerpos sanos pueden sufrir de invalidez. El hecho de que la gente «normal» pueda moverse, ver y oír no significa que realmente vean y oigan. Pueden estar muy ciegos ante las cosas que deterioran su felicidad, muy sordos ante el pedido de afecto de los demás; cuando pienso en ellos no me siento ni más inválido ni más incapacitado. Tal vez pueda, en cierta medida, abrirles los ojos a las bellezas que nos rodean: un cálido apretón de manos, una voz ansiosa de consuelo, una brisa primaveral, una música, un saludo amistoso. Esta gente me importa, y me agrada sentir que puedo hacer algo por ellos.[19]

Y un escritor ciego:

Eso llevaría inmediatamente a la idea de que existe una gran cantidad de acontecimientos que pueden reducir el placer de vivir de modo mucho más efectivo que la ceguera; adoptar esta manera de pensar puede ser enteramente sana. Desde este punto de vista podemos percibir, por ejemplo,

pág. 303. Macgregor y colab., *op. cit.*, pág. 57 y sigs., dan el ejemplo de un hombre que usaba de muletilla su gran nariz roja.
18 Henrich y Kriegel, *op. cit.*, pág. 19.
19 *Ibid.*, pág. 35.

que una deficiencia como la incapacidad de aceptar el amor humano, que, de hecho, disminuye el placer de vivir casi al punto de hacerlo desaparecer, es una tragedia mucho más grave que la ceguera. Pero, por lo general, quien padece de un mal así ni siquiera lo advierte, y no puede, en consecuencia, sentir compasión por sí mismo.[20]

Y un inválido:

A medida que la vida continuaba, aprendí que existen muchísimos tipos diferentes de desventajas, no solo físicas, y empecé a darme cuenta de que las palabras de la niña inválida del párrafo anterior [palabras de amargura] también podrían haber sido dichas por jóvenes mujeres que nunca necesitaron muletas, mujeres que se sienten inferiores y diferentes por su fealdad, su incapacidad para tener hijos, su impotencia para relacionarse con la gente y muchos otros motivos.[21]

Las reacciones de las personas normales y de las estigmatizadas que hasta aquí hemos considerado son aquellas que pueden aparecer durante períodos de tiempo prolongados y cuando no existe entre ellas un contacto corriente.[22] Este libro, sin embargo, se interesa específicamente por el problema de los «contactos mixtos», o sea en los momentos en que estigmatizados y normales se hallan en una misma «situación social», vale decir, cuando existe una presencia física inmediata de ambos, ya sea en el transcurso de una conversación o en la simple copresencia de una reunión informal.
La misma previsión de tales contactos puede, naturalmente, llevar a normales y estigmatizados a organizar su vida de modo tal de evitarlos. Es probable que esto tenga consecuencias mucho mayores para el estigmatizado, por ser él quien, por lo general, debe realizar el mayor esfuerzo de adaptación:

20 Chevigny, *op. cit.*, pág. 154.
21 F. Carling, *And Yet We Are Human*, Londres: Chatto & Windus, 1962, págs. 23-24.
22 Para una reseña véase G. W. Allport, *The Nature of Prejudice*, Nueva York: Anchor Books, 1958 (*La naturaleza del prejuicio*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.)

Antes de su desfiguración [la amputación de la porción distal de su nariz] la señora Dover, que vivía con una de sus dos hijas casadas, era una mujer independiente, cálida y amistosa, a quien le gustaba viajar, salir de compras y visitar a sus numerosos familiares. Su desfiguración, sin embargo, provocó una definida alteración de su modo de vida. Durante los dos o tres primeros años rara vez salía de la casa de su hija, y prefería permanecer en su habitación o sentarse en el patio trasero. «Estaba desconsolada —dijo—; no quedaban horizontes en mi vida».[23]

Carente de la saludable realimentación (*feed-back*) del intercambio social cotidiano con los demás, la persona que se aísla puede volverse desconfiada, depresiva, hostil, ansiosa y aturdida. Podemos citar la interpretación de Sullivan:

Tener conciencia de la inferioridad significa que uno no puede dejar de formularse conscientemente cierto sentimiento crónico del peor tipo de inseguridad, y eso trae como consecuencia ansiedad y, tal vez, algo aún más grave, si consideramos que los celos son realmente más graves que la ansiedad. El temor a que los demás puedan faltarle el respeto a una persona por algo que esta exhibe significa que se sentirá siempre insegura en su contacto con otra gente; y esta inseguridad proviene no de fuentes misteriosas y en cierta medida desconocidas, como sucede con la mayor parte de nuestra ansiedad, sino de algo que ese individuo sabe que no puede arreglar. Ahora bien, esto representa una deficiencia casi fatal en el sistema del yo, ya que este no puede ocultar ni excluir una formulación definida: «Soy inferior. Por lo tanto, la gente me tendrá aversión y yo no me sentiré seguro con ellos».[24]

Cuando normales y estigmatizados se encuentran frente a frente, especialmente cuando tratan de mantener un encuentro para dialogar juntos, tiene lugar una de las escenas primordiales de la sociología, pues, en muchos casos, son

23 Macgregor y colab., *op. cit.*, págs. 91-92.
24 Tomado de *Clinical Studies in Psychiatry*, H. S. Perry, M. L. Gawel y M. Gibbon, eds., Nueva York: W. W. Norton & Company, 1956, pág. 145.

estos los momentos en que ambas partes deberán enfrentar directamente las causas y los efectos del estigma.
El individuo estigmatizado puede descubrir que se siente inseguro acerca del modo en que nosotros, los normales, vamos a identificarlo y a recibirlo.[25] Podemos citar un ejemplo de un estudioso de la incapacidad física:

Para la persona estigmatizada, la inseguridad relativa al status, sumada a la inseguridad laboral, prevalece sobre una gran variedad de interacciones sociales. Hasta que el contacto no ha sido realizado, el ciego, el enfermo, el sordo, el tullido no pueden estar nunca seguros si la actitud de la persona que acaban de conocer será de rechazo o de aceptación. Esta es exactamente la posición del adolescente, del negro de piel clara, de la segunda generación de inmigrantes, de la persona con movilidad social y de la mujer que ingresa a un trabajo predominantemente masculino.[26]

La incertidumbre del estigmatizado surge no solo porque ignora en qué categoría será ubicado, sino también, si la ubicación lo favorece, porque sabe que en su fuero interno los demás pueden definirlo en función de su estigma:

Y siempre siento lo mismo con la gente honrada: aunque sean buenos y agradables conmigo, en el fondo ven en mí nada más que a un criminal. Ya es demasiado tarde para cambiar, pero aún siento profundamente que esa es la única forma que tienen de aproximarse, y que son totalmente incapaces de aceptarme de otra manera.[27]

De este modo, aparece en el estigmatizado la sensación de no saber qué es lo que los demás piensan «realmente» de él.

25 En «The Social Psychology of Physical Disability», en *Journal of Social Issues*, IV, 1948, pág. 34, R. Barker sugiere que las personas estigmatizadas «viven en una frontera social y psicológica», enfrentando de continuo situaciones nuevas. Véase también Macgregor y colab., *op. cit.*, pág. 87, donde se señala que quienes están más groseramente deformados necesitan saber con menos ambigüedad cómo van a ser recibidos en la interacción que quienes padecen una deformación menos visible.
26 Barker, *op. cit.*, pág. 33.
27 Parker y Allerton, *op. cit.*, pág. 111.

Además, es probable que durante los contactos mixtos el individuo estigmatizado se sienta «en exhibición»,[28] debiendo llevar entonces su autoconciencia y su control sobre la impresión que produce hasta extremos y áreas de conducta que supone que los demás no alcanzan.
Puede también percibir que se ha debilitado el habitual esquema que permite interpretar los acontecimientos cotidianos. Siente que sus logros menos importantes son considerados como signos de sus admirables y extraordinarias aptitudes. Un criminal profesional nos da un ejemplo:

Me sorprende realmente que usted lea libros como esos; no puedo creerlo. Pensaba más bien que leía historias espeluznantes, libros baratos con tapas sensacionalistas, cosas por el estilo. ¡Y resulta que está leyendo a Claud Cockburn, Hugh Klare, Simone de Beauvoir y Lawrence Durrell!
El no pensaba en lo más mínimo que esto fuera una observación insultante; en realidad, creo que consideraba que había sido honesto al decirme cuán equivocado estaba. Y esa es exactamente la clase de condescendencia que usted recibe de la gente honrada cuando es un criminal. «¡Qué notable! —dicen—. En algunos aspectos usted es exactamente igual a un ser humano». No estoy bromeando; esto me da ganas de estrangularlos.[29]

Una persona ciega suministra otro ejemplo:

Los que antes eran sus actos más corrientes —caminar despreocupadamente por la calle, poner los guisantes en el plato, encender un cigarrillo— son ahora inusitados. El ciego se convierte en una persona excepcional. Si lleva a cabo estos actos con tacto y seguridad despierta el mismo asombro que un mago que extrae conejos de su sombrero.[30]

Al mismo tiempo, siente que un desliz sin importancia o una impropiedad accidental pueden ser interpretados como

28 Este tipo especial de conciencia de sí mismo es analizado por S. Messinger y colab. en «Life as Theater: Some Notes on the Dramaturgic Approach to Social Reality», en *Sociometry*, XXV, 1962, págs. 98-110.
29 Parker y Allerton, *op. cit.*, pág. 111.
30 Chevigny, *op. cit.*, pág. 140.

expresión directa de su estigmatizada calidad de individuo diferente. Los que fueron enfermos mentales temen a veces verse envueltos en una acalorada discusión con la esposa o el empleador por temor a que estos interpreten erróneamente cualquier signo de emoción. Los deficientes mentales se enfrentan con una situación parecida:

Sucede también que si una persona de bajo nivel intelectual se mete en algún aprieto, la dificultad se atribuye, más o menos automáticamente, a un «defecto mental», mientras que si una persona de «inteligencia normal» se encuentra en una dificultad parecida el hecho no se considera sintomático de nada en particular.[31]

Una muchacha con una pierna amputada, al recordar su experiencia en los deportes, nos brinda otros ejemplos:

Cada vez que me caía se me acercaba una multitud de mujeres que cloqueaban y se lamentaban como un montón de gallinas desoladas. Era muy generoso de su parte, y a la distancia les agradezco sus cuidados, pero en esos momentos me sentía agraviada y sumamente molesta por su intervención. Daban por sentado que ninguno de los riesgos habituales propios del patinar —un palo, una piedra— se habían interpuesto entre las ruedas de mi patín. La conclusión era inevitable: yo me tenía que caer porque era una pobre e impotente inválida.[32]
Ni uno solo de ellos gritó con rabia «¡La tiró ese peligroso potro salvaje!» —cosa que, Dios lo perdone, había hecho en realidad—. Era como si los viejos días del patinaje sobre ruedas me hicieran una horrible visita fantasmagórica. Toda la buena gente se lamentaba a coro: «¡Esa pobrecita se cayó!» [33]

31 L. A. Dexter, «A Social Theory of Mental Deficiency», en *American Journal of Mental Deficiency*, LXII, 1958, pág. 923. Para otro estudio de los deficientes mentales en tanto personas estigmatizadas consúltese S. E. Perry, «Some Theoretical Problems of Mental Deficiency and Their Action Implications», en *Psychiatry*, XVII, 1954, págs. 45-73.
32 Baker, *Out on a Limb*, Nueva York: McGraw-Hill Book Company, sin fecha, pág. 22.
33 *Ibid.*, pág. 73.

Cuando fijamos nuestra atención (por lo general nuestra vista) en el defecto de la persona estigmatizada —cuando, en suma, no se trata de una persona desacreditable sino desacreditada—, es posible que esta sienta que el estar presente entre los normales la expone, sin resguardo alguno, a ver invadida su intimidad,[34] situación vivida con mayor agudeza, quizá, cuando los niños le clavan simplemente la mirada.[35] Esta desagradable sensación de sentirse expuesto puede agravarse con las conversaciones que los extraños se sienten autorizados a entablar con él, y a través de las cuales expresan lo que él juzga una curiosidad morbosa sobre su condición, o le ofrecen una ayuda que no necesita ni desea.[36] Podemos agregar que existen ciertas fórmulas clásicas para entablar estos tipos de conversación: «Mi estimada niña, ¿cómo consiguió su audífono?»; «Un tío abuelo mío tenía un audífono, por eso creo que conozco bien su problema»; «Yo siempre he dicho que los audífonos son excelentes y solícitos amigos»; «Dígame, ¿cómo se las arregla para bañarse con el audífono?». Lo que se infiere de estos preámbulos es que un individuo estigmatizado es una persona a la cual los extraños pueden abordar a voluntad con tal de que sean sensibles a situaciones de esta clase.

Sabiendo lo que es posible que enfrente al participar de una situación social mixta, el individuo estigmatizado puede responder anticipadamente con un retraimiento defensivo. Esto puede ser ejemplificado con las palabras de un albañil de 43 años, tomadas de un antiguo estudio sobre la desocupación alemana durante la Depresión:

Qué difícil y humillante es pertenecer a la categoría de los desocupados. Cuando salgo, bajo los ojos porque me siento inferior. Cuando camino por la calle me parece que no puedo ser comparado con un ciudadano corriente, que todo el mundo me señala con el dedo. Instintivamente evito encontrarme con la gente. Los antiguos conocidos y amigos de

34 Este tema está bien tratado en R. K. White, B. A. Wright y T. Dembo, «Studies in Adjustment to Visible Injuries: Evaluation of Curiosity by the Injured», en *Journal of Abnormal and Social Psychology*, XLIII, 1948, págs. 13-28.
35 Para ejemplos véase Henrich y Kriegel, *op. cit.*, pág. 184.
36 Ver Wright, *op. cit.*, «The Problem of Sympathy», págs. 233-237.

tiempos mejores han dejado de ser cordiales conmigo. Cuando nos encontramos, me saludan con indiferencia. Ya no me ofrecen un cigarrillo y sus ojos parecen decir: «No te lo mereces, porque no trabajas».[37]

Una niña tullida ofrece un análisis ilustrativo:

Cuando (...) comencé a caminar sola por las calles de nuestro pueblo (...) advertí que toda vez que pasaba junto a un grupo de dos o tres chicos, estos me gritaban (...) A veces, incluso, llegaban a perseguirme con gritos y burlas. No podía soportarlo pero tampoco sabía cómo enfrentar la situación (...)
Durante algún tiempo estos encuentros callejeros me llenaron de un terror frío frente a todos los niños que no conocía (...)
Un día, advertí de pronto que había llegado a tener tanta conciencia de mí misma y tanto miedo de todos los niños extraños que, al igual que los animales, estos sabían que yo estaba asustada, y hasta los más suaves y afables se disponían automáticamente a burlarse de mi retraimiento y mi temor.[38]

En lugar de retraerse defensivamente, el individuo estigmatizado puede intentar establecer contactos mixtos mediante baladronadas agresivas, pero esto puede provocar en los demás una serie de respuestas impertinentes. Se puede agregar que el individuo estigmatizado vacila a veces entre el retraimiento y la bravata, saltando de uno a otra, y poniendo así de manifiesto una modalidad fundamental, en la cual la interacción cara a cara puede volverse muy violenta.

Considero entonces que los individuos estigmatizados —al menos aquellos «visiblemente» estigmatizados— deben tener razones especiales para sentir que las situaciones sociales mixtas tienden a una interacción incontrolablemente an-

37 S. Zawadski y P. Lazarsfeld, «The Psychological Consequences of Unemployment», en *Journal of Social Psychology*, VI, 1935, pág. 239.
38 Hathaway, *op. cit.*, págs. 155-157, en S. Richardson, «The Social Psychological Consequences of Handicapping», trabajo inédito presentado ante la Convención de la Asociación Sociológica Americana, celebrada en Washington en 1962, págs. 7-8.

siosa. De ser así, habrá entonces que sospechar que también para nosotros, los normales, estas resultan molestas. Sentiremos que el individuo estigmatizado es demasiado agresivo o demasiado tímido, y, en cualquiera de los dos casos, demasiado propenso a leer en nuestras acciones significados que no intentábamos darles. Por nuestra parte, podemos sentir que si manifestamos un interés sensible y directo por su condición, nos estamos extralimitando, y que, sin embargo, si olvidamos verdaderamente su defecto podemos llegar a tener con él exigencias imposibles o despreciar, sin pensarlo, a sus compañeros de sufrimiento. Sentimos que el individuo estigmatizado percibe cada fuente potencial de malestar originada en la interacción, que sabe que también nosotros lo percibimos e incluso que sabemos que él lo sabe. Ya están dadas, pues, las condiciones para el eterno retorno de la consideración mutua, que la psicología social de Mead nos enseña cómo iniciar pero no cómo terminar.

Dado lo que el individuo estigmatizado y nosotros, los normales, introducimos en las situaciones sociales mixtas, resulta fácil comprender que no todo marche sobre ruedas. Es probable que intentemos continuar como si en realidad ese individuo correspondiera por entero a una de las clases de personas que nos son naturalmente accesibles en la situación, ya sea que eso signifique tratarlo como a alguien mejor de lo que creemos que es o como a alguien peor de lo que pensamos que es. Si ninguna de estas conductas es posible, entonces podemos tratar de actuar como si fuera una «no-persona», y no existiera como individuo digno de una atención ritual. Ese individuo, a su vez, probablemente continúe con estas estrategias, al menos al principio.

Por consiguiente, la atención se aleja en forma furtiva de sus blancos obligatorios, y aparece la conciencia del yo y «la conciencia del otro», expresada en la patología de la interacción.[39] Así se la describe en el caso de los físicamente disminuidos:

Sea que se reaccione abiertamente y sin tacto ante la desventaja como tal o, lo que es más común, que no se la mencione en forma explícita, la condición básica de intensificar y acotar la conciencia que de ella se tiene hace que la interacción se articule demasiado exclusivamente en función de ella. Esto, tal como lo describen mis informantes, va por lo general acompañado por uno o más de los habituales síntomas propios de la incomodidad y la falta de soltura: las referencias cautelosas, las palabras corrientes de la vida cotidiana repentinamente convertidas en tabú, la mirada que se clava en otra parte, la ligereza artificial, la locuacidad compulsiva, la solemnidad torpe.[40]

Es probable que en las situaciones sociales en las que interviene un individuo cuyo estigma conocemos o percibimos, empleemos categorizaciones inadecuadas, y que tanto nosotros como él nos sintamos molestos. Existen, por supuesto, frecuentes cambios significativos a partir de esta situación inicial. Y, como la persona estigmatizada tiene más oportunidades que nosotros de enfrentarse con estas situaciones, es probable que las maneje con mayor pericia.

El igual y el sabio

Se sugirió al comienzo que podía existir una discrepancia entre la identidad virtual y la real de un individuo. Cuando es conocida o manifiesta, esta discrepancia daña su identidad social; lo aísla de la sociedad y de sí mismo, de modo que pasa por ser una persona desacreditada frente a un mundo que no lo acepta. En ciertos casos, como en el del individuo que nació sin nariz, puede descubrir a lo largo de su vida que es el único de su especie, y que todo el mundo está en contra de él. Casi siempre, sin embargo, advertirá que existe gente sensible dispuesta a adoptar su punto de vista en el mundo y a compartir con él el sentimiento de que es humano y «esencialmente» normal, a pesar de las apariencias y de sus propias dudas. Hay que considerar, en este último caso, dos categorías.

39 Para un enfoque general, véase E. Goffman, «Alienation from Interaction», en *Human Relations*, X, 1957, págs. 47-60.

40 F. Davis, «Deviance Disavowal: The Management of Strained Interaction by the Visibly Han dicp ped», en *Social Problems*, IX, 1961, pág. 123. Véase también White, Wright y Dembo, *op. cit.*, págs. 26-27.

El primer grupo de personas benévolas es, por supuesto, el que comparte su estigma. Conocedoras por experiencia propia de lo que se siente al poseer ese estigma en particular, algunas de esas personas pueden enseñarle las mañas del oficio y ofrecerle un círculo de lamentos en el cual refugiarse en busca del apoyo moral o del placer de sentirse en su elemento, a sus anchas, aceptado como alguien que es realmente igual a cualquier otra persona normal. Se puede citar un ejemplo extraído de un estudio sobre analfabetos:

La existencia de un sistema de valores distinto vigente entre estas personas se pone de manifiesto en el carácter comunitario de la conducta de los analfabetos cuando actúan entre sí. No solo dejan de ser entonces individuos inexpresivos y confundidos (como frecuentemente ocurre en la sociedad global), para convertirse en personas expresivas e inteligentes dentro de su propio grupo, sino que, además, se expresan a sí mismos en términos institucionales. Comparten un universo de respuestas; dan forma y reconocen símbolos de prestigio y de deshonra; evalúan las situaciones relevantes en función de sus propias normas y en su propio idioma, y en sus interrelaciones mutuas renuncian a la máscara del ajuste exigido por las circunstancias.[41]

Otro ejemplo de quienes tienen dificultades en la audición:

Recuerdo qué tranquilizador era en la escuela Nitchie estar con gente que admitía la existencia de deficiencias auditivas. Ahora quiero conocer gente que acepte la existencia de audífonos. ¡Cuánto me gustaría poder ajustar el control del volumen de mi transmisor sin tener que preocuparme porque alguien me está mirando! Poder dejar de pensar durante un rato si se ve el cordón detrás de mi cuello. Qué lujo sería decirle a alguien, a los gritos, «¡Santo Dios, mi batería está descargada!».[42]

Entre sus iguales, el individuo estigmatizado puede utilizar su desventaja como base para organizar su vida, pero para

41 H. Freeman y G. Kasenbaum, «The Illiterate in America», en *Social Forces*, XXXIV, 1956, pág. 374.
42 Warfield, *op. cit.*, pág. 60.

lograrlo deberá resignarse a vivir en un mundo incompleto. En él podrá exponer en toda su plenitud el triste relato que da cuenta de la posesión del estigma. Las explicaciones que dan los deficientes mentales acerca de su ingreso a la institución correspondiente proporcionan un ejemplo:

1) Me enredé con una pandilla. Una noche estábamos robando en una estación de servicio y la policía me agarró. Yo no pertenezco a este lugar. 2) Mire, yo no debería estar aquí. Soy epiléptico, no tengo nada que ver con esta gente. 3) Mis padres me odian y me encerraron aquí. 4) Dicen que estoy loco. No estoy loco, pero aunque lo estuviera mi lugar no está aquí, con estos infradotados.[43]

Por otra parte, puede descubrir que los relatos de sus compañeros de infortunio lo aburren, y que todo lo que implique centrarse en la descripción de atrocidades, en la superioridad del grupo, en historias de embusteros, en síntesis, en el «problema», es uno de los mayores castigos por tener un estigma. Por detrás de esta focalización del problema hay, por cierto, una perspectiva no demasiado diferente de la de los normales, por cuanto está especializada en un sector:

Todos parecemos propensos a identificar a las personas cuyas características nos resultan importantes o consideramos de importancia general. Si se le pregunta a alguien quién era Franklin D. Roosevelt, responderá probablemente que fue el trigésimo segundo presidente de Estados Unidos, y no un hombre atacado por la poliomielitis, aunque, por cierto, muchos mencionarán su enfermedad como una información suplementaria, juzgando interesante el hecho de que se las hubiera arreglado para abrirse camino hasta la Casa Blanca a pesar de su desventaja. El inválido, sin embargo, pensa-

43 R. Edgerton y G. Sabagh, «From Mortification to Aggrandizement: Changing Self-Concepts in the Careers of the Mentally Retarded», en *Psychiatry*, XXV, 1962, pág. 268. Para comentarios adicionales sobre relatos tristes véase E. Goffman, «The Moral Career of the Mental Patient», en *Psychiatry*, XXII, 1959, págs. 133-134 («La carrera moral del paciente mental», en *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1970, págs. 133-172).

rá probablemente en la poliomielitis del señor Roosevelt apenas oiga mencionar su nombre.[44]

En el estudio sociológico de las personas estigmatizadas, el interés se centra, por lo general, en el tipo de vida colectiva, cuando esta existe, que llevan aquellos que pertenecen a una categoría particular. Es evidente que en ellos se encuentra un catálogo bastante completo de tipos de formaciones y funciones grupales. Hay personas que poseen defectos del lenguaje cuya peculiaridad desalienta aparentemente cualquier intento de formación grupal.[45] En el límite del deseo de unirse están los que fueron enfermos mentales —solo un número relativamente escaso de ellos está, por lo general, dispuesto a apoyar a los clubes de salud mental, a pesar de los rótulos inocuos que permiten que sus miembros se agrupen bajo una envoltura común—.[46] Existen también clubes de ayuda mutua para los divorciados, los viejos, los obesos, los físicamente impedidos,[47] los que padecieron una ileostomía o una colostomía.[48] Hay clubes residenciales para ex alcohólicos y ex adictos subvencionados por contribuciones voluntarias de diverso grado. Existen asociaciones nacionales, tal como la AA (Alcohólicos Anónimos), que proveen a sus miembros de una doctrina completa y hasta de un modo de vida. A menudo, estas asociaciones son la culminación de años de esfuerzos llevados a cabo por personas y grupos situados en diversas posiciones, y constituyen objetos de estudio ejemplares en tanto movimientos sociales.[49] Existen redes de ayuda mutua formadas por ex presidiarios de un mismo reformatorio o de una misma cárcel, tal como la sociedad tácita de evadidos del establecimiento penal francés de la Guayana Francesa, que se supone existe en América del Sur;[50] existen también organizaciones más tradicionales: redes de individuos que se conocen (o que están indirectamente relacionados), a las cuales parecen pertenecer algunos criminales y homosexuales. Hay también medios urbanos que poseen un núcleo de instituciones auxiliares que proporcionan una base territorial a prostitutas, drogadictos, homosexuales, alcohólicos y otros grupos ignominiosos. Estos establecimientos son, según los casos, compartidos por diferentes clases de proscriptos. Por último, en la ciudad existen comunidades residenciales cabalmente desarrolladas —étnicas, raciales o religiosas— que cuentan con una elevada concentración de personas tribalmente estigmatizadas (a diferencia de muchas otras formaciones grupales existentes entre los estigmatizados), en las cuales la unidad básica de organización es la familia, no el individuo.

Aquí existe, por supuesto, una confusión conceptual muy común. El término «categoría» es perfectamente abstracto y puede ser aplicado a cualquier conjunto, en este caso a personas que poseen un estigma particular. Gran parte de los que se incluyen dentro de una determinada categoría de estigma bien pueden referirse a la totalidad de los miembros con el término «grupo» o un equivalente, tal como «nosotros» o «nuestra gente». Del mismo modo, quienes

44 Carling, *op. cit.*, págs. 18-19.
45 E. Lemert, *Social Pathology*, Nueva York: McGraw-Hill Book Company, 1951, pág. 151.
46 Un examen general lo proporciona H. Wechsler, «The Expatient Organization: A Survey», en *Journal of Social Issues*, XVI, 1960, págs. 47-53. Algunos de los rótulos son: Recuperación Inc., Búsqueda, Club 103, Fundación Casa de la Fuente, Club de la Confraternidad San Francisco, Club del Centro. Para el estudio de uno de dichos clubes véase D. Landy y S. Singer, «The Social Organization and Culture of a Club for Former Mental Patients», en *Human Relations*, XIV, 1961, págs. 31-41. Véase también M. B. Palmer, «Social Rehabilitation for Mental Patients», en *Mental Hygiene*, XLII, 1958, págs. 24-28.
47 Véase Barker, *op. cit.*, págs. 158-159.
48 D. R. White, «Yo tengo una ileostomía (...) desearía no tenerla. Pero he aprendido a aceptarla y a llevar una vida normal y plena», en *American Journal of Nursing*, LXI, 1961, págs. 52: «En este momento existen clubes de ileostomizados y colostomizados en dieciséis estados y en el distrito de Columbia, así como también en Australia, Canadá, Inglaterra y Africa del Sur».

49 Warfield, *op. cit.*, en las págs. 135-136 describe una celebración llevada a cabo en el año 1950 en Nueva York por el movimiento de las personas con dificultades auditivas, en la cual estaban presentes todas las sucesivas generaciones de dirigentes así como también los representantes de cada una de las organizaciones originalmente separadas. De este modo se pudo obtener una recapitulación completa de la historia del movimiento. Para comentarios sobre la historia internacional del mismo, véase K. W. Hodgson, *The Deaf and their Problems*, Nueva York: Philosophical Library, 1954, pág. 352.
50 Dato comunicado por F. Poli, *Gentlemen Convicts*, Londres: Rupert Hart-Davis, 1960.

están afuera de la categoría pueden designar a los que están dentro de ella en términos grupales. Sin embargo, es muy común en esos casos que el conjunto de todos los miembros no constituya un único grupo en el sentido estricto, ya que no poseen ni una capacidad para la acción colectiva ni una pauta estable y totalizadora de interacción mutua. Lo que sí sabemos es que los integrantes de una categoría particular de estigma tienden a reunirse en pequeños grupos sociales, cuyos miembros derivan de la misma categoría; estos grupos están, a su vez, sujetos a organizaciones que los engloban en mayor o menor medida. También se observa que cuando un miembro de una determinada categoría entra en contacto con otro, ambos pueden estar dispuestos a modificar su trato mutuo por creer que tanto el uno como el otro pertenecen al mismo «grupo». Además, en tanto miembro de una categoría, un individuo puede tener una mayor probabilidad de entrar en contacto con cualquier otro miembro e, incluso, como resultado de ello, de establecer una relación con él.

De esto se desprende que una categoría puede funcionar para favorecer entre sus miembros el establecimiento de relaciones y formaciones grupales, lo cual no significa, sin embargo, que la totalidad de sus integrantes constituya un grupo —sutileza conceptual que, en lo sucesivo, no siempre observaremos en este ensayo—.

Sea que las personas que poseen un estigma particular formen o no la base de reclutamiento para una comunidad que está ecológicamente consolidada de cierto modo, es probable que subvencionen agentes y agencias que las representen. (Es interesante señalar que no tenemos una palabra para designar con exactitud a los componentes, adherentes, partidarios, entusiastas, subordinados o defensores de dichos representantes.)

Los miembros de una categoría pueden disponer, por ejemplo, de una oficina o de una antecámara desde la cual promueven sus casos ante el gobierno o ante la prensa; la diferencia la establece el individuo que ponen al frente de la misma: una persona igual a ellos, un «nativo» que está realmente al tanto de las cosas —como ocurre en el caso de los sordos, los ciegos, los alcohólicos y los judíos—, o bien alguien que pertenece al otro bando, como hacen los ex

presidiarios o los deficientes mentales.[51] (Los grupos de acción que están al servicio de una misma categoría de personas estigmatizadas pueden a veces discrepar ligeramente entre sí; esta discrepancia refleja a menudo la diferencia que existe entre una dirección a cargo de nativos y otra en manos de normales.) Una labor característica de estos representantes es la de convencer al público para que aplique un rótulo social más flexible a la categoría en cuestión:

> Obrando de acuerdo con esta creencia, la plana mayor de la Liga [Liga Neoyorquina para Personas con Dificultades de Audición] convino en utilizar únicamente expresiones tales como persona con dificultades de audición, con audición disminuida o con pérdida de la audición, y en eliminar la palabra sordo de sus conversaciones, de su correspondencia y otros escritos, de sus enseñanzas y de sus discursos en público. El procedimiento dio resultado. Nueva York, en general, empezó gradualmente a utilizar el nuevo vocabulario. Una apreciación objetiva se iba abriendo camino.[52]

Otra de sus tareas habituales es la de aparecer como «oradores» ante diversas audiencias de normales y estigmatizados; presentan el caso en nombre de los estigmatizados y, cuando son ellos mismos nativos de ese grupo, se ofrecen como modelo vívido de una realización plenamente normal; son héroes de la adaptación, merecedores de recompensas públicas por haber demostrado que un individuo de esa especie puede ser una buena persona.

Muchas veces, quienes tienen un estigma particular patrocinan algún tipo de publicación que expresa sentimientos compartidos, consolidando y estabilizando en el lector la sensación de la existencia real de «su» grupo y de su vinculación con él. En estas publicaciones se formula la ideología de los miembros —sus quejas, sus aspiraciones, su política—. Se publican los nombres de los amigos y enemigos que el «grupo» conoce y se adjunta la información que confirma la bondad o la maldad de estas personas. Se editan

51 Por ejemplo, en Chevigny, *op. cit.*, capítulo 5, se presenta la situación referente a los ciegos.
52 Warfield, *op. cit.*, pág. 78.

historias que reseñan los triunfos de los héroes de la asimilación que lograron penetrar en nuevas áreas con la aceptación de los normales. Se publican antiguos y modernos cuentos de horror que relatan hasta qué extremos pueden llegar los abusos cometidos por los normales. Bajo la forma de biografías y autobiografías se publican historias de moral ejemplar, que ilustran el código de conducta que debe observar un estigmatizado. La publicación funciona también como un tribunal donde se presentan ciertas opiniones divergentes sobre la manera más adecuada de manejar la situación de la persona estigmatizada. Si el defecto del individuo requiere equipos especiales, es aquí donde se los publicita y analiza. Los lectores de estas publicaciones constituyen un mercado para libros y folletos que siguen una línea similar. Es importante subrayar que, al menos en Estados Unidos, por muy pequeña y maltrecha que sea una categoría particular de estigmatizados, el punto de vista de sus miembros gozará probablemente de algún tipo de representación pública. Se puede decir entonces que, por incultos que sean, los norteamericanos estigmatizados tienden a vivir en un mundo definido literariamente; si no leen los libros referentes a las personas que se encuentran en su misma situación, por lo menos leen revistas y van al cine; y, en caso de no poder hacerlo, escuchan, entonces, a los miembros del grupo, voceros del problema, pertenecientes a su localidad. Así, la mayoría de los estigmatizados tiene acceso a una versión intelectualmente elaborada de sus puntos de vista. Es necesario aquí una explicación acerca de aquellos que actúan como representantes de una categoría de estigmatizados. Se trata de personas estigmatizadas que tienen, para empezar, mayores oportunidades de expresar su parecer, son un poco más conocidas o están más relacionadas que el resto de sus compañeros de infortunio y que, al cabo de un tiempo, descubren que el «movimiento» les absorbe el día entero y que se han convertido en profesionales. Una persona con dificultades en la audición ejemplifica la culminación de este proceso:

En 1942 estaba casi todos los días en la Liga. Los lunes cosía con la unidad de la Cruz Roja Los martes trabajaba en la oficina escribiendo a máquina, llevando el archivo y

manejando el conmutador en caso necesario. Los miércoles por la tarde ayudaba al médico en la clínica de la Liga para la prevención de la sordera, que funcionaba en el Hospital de Ojos y Oídos de Manhattan, en una tarea que me agradaba particularmente: se trataba de confeccionar las historias de los niños que a causa de resfríos, otitis, infecciones y enfermedades infantiles —cuyos efectos posteriores eran potencialmente perjudiciales para la audición— obtenían el beneficio de los nuevos conocimientos, de las drogas de reciente aparición y de las modernas técnicas otológicas, todo lo cual probablemente les permitiría crecer sin algodones en los oídos. Los jueves por la tarde asistía a las clases para adultos, donde se les enseñaba a interpretar el movimiento de los labios, y después tomábamos juntos el té y jugábamos a las cartas. Los viernes me ocupaba del *Boletín*. Los sábados preparaba cocoa y sandwiches de ensalada de huevos. Una vez por mes concurría a la reunión de Damas Auxiliares, un grupo de voluntarias organizado en 1921 por la señora Wendell Phillips y otras esposas de otólogos, interesadas en recaudar fondos, aumentar el número de socios y representar a la Liga socialmente. Para los chicos de seis años organizaba la fiesta de Todos los Santos y ayudaba a servir la cena del día de Acción de Gracias de los veteranos. Para Navidad redactaba el pedido de contribuciones, ayudaba a escribir la dirección en los sobres y a pegar las estampillas. Colgaba las cortinas nuevas y arreglaba la mesa de ping-pong; acompañaba a los jóvenes al baile de San Valentín y me encargaba de un puesto de venta en la Feria de Pascua.[53]

Se podría agregar que cuando una persona con un estigma particular alcanza una posición ocupacional, política o financiera elevada —su importancia depende del grupo estigmatizado en cuestión— es posible que se le confíe una nueva carrera: la de representar a su categoría. Advierte que es demasiado importante como para evitar que sus pares lo presenten como ejemplo de todos ellos. (La debilidad de

53 Warfield, *op. cit.*, págs. 73-74; véase también el capítulo 9, págs. 129-158, donde aparece una especie de confesión relativa a la vida profesional. La vida de un profesional amputado está descripta en H. Russell, *Victory in My Hands*, Nueva York: Creative Age Press, 1949.

un estigma puede entonces ser medida por la forma en que un miembro de esta categoría, por más importante que sea, consiga evitar estas presiones.)

Sobre este tipo de profesionalización se suelen formular dos observaciones. En primer lugar, convertir su estigma en una profesión; los líderes nativos están obligados a tratar con representantes de otras categorías, descubriendo de ese modo que rompen con el círculo cerrado de sus iguales. En lugar de apoyarse en sus muletas, las utilizan para jugar al golf, y dejan de ser, en términos de participación social, representativos de las personas que representan.[54]

En segundo lugar, aquellos que presentan profesionalmente el punto de vista de su categoría pueden introducir ciertas parcialidades sistemáticas en su exposición, por el simple motivo de que están demasiado implicados en el problema como para escribir sobre él. Aunque cualquier categoría particular de estigma puede tener profesionales que adopten líneas diferentes e, incluso, subvencionar publicaciones que abogan por programas distintos, existe un tácito acuerdo uniforme de que la situación del individuo que posee ese estigma peculiar es digna de atención. Sea que se ocupe seriamente del estigma o que le reste importancia, un escritor deberá definirlo como algo sobre lo cual vale la pena escribir. Este acuerdo mínimo, aun cuando no haya otros, ayuda a consolidar la creencia en el estigma como base para el autoconocimiento. En este caso, una vez más, los representantes no son representativos, pues es difícil que la representación pueda provenir de quienes no prestan atención a su estigma o son relativamente analfabetos.

No pretendo sugerir con esto que los profesionales son el único recurso que tienen los estigmatizados para lograr que se advierta públicamente su situación vital; existen otros. Cada vez que alguien con un estigma particular alcanza notoriedad, ya sea porque infringe una ley, gana un premio o llega a ser el primero de su categoría, es posible que el hecho llegue a formar parte de la chismografía de

54 Desde el comienzo, esos líderes pueden ser reclutados entre los miembros de la categoría que aspiran a dejar de vivir como sus pares y que son relativamente capaces de hacerlo, dando lugar a lo que Lewin (*op. cit.*, págs. 195-196) denomina «liderazgo desde la periferia».

una comunidad local; estos acontecimientos pueden, incluso, ser noticia en los medios de comunicación de la sociedad más amplia. Sea como fuere, aquellos que comparten el estigma de la persona célebre se vuelven repentinamente accesibles para los normales que los rodean en forma más inmediata y son objeto de una ligera transferencia de crédito o descrédito. De este modo, su situación los lleva fácilmente a vivir en un mundo donde se publicita como héroes y villanos a los que pertenecen a su misma categoría, ya que las personas que los rodean, tanto normales como estigmatizadas, son quienes subrayan las relaciones que mantienen con ese mundo, trayéndoles la noticia de que alguno de sus pares lo está pasando bien o mal.

He considerado un conjunto de individuos de quienes la persona estigmatizada puede esperar cierto apoyo: aquellos que comparten su estigma, en virtud de lo cual son definidos y se definen a sí mismos como sus iguales. El segundo grupo es —tomando en préstamo un término que alguna vez fuera utilizado por los homosexuales— el de los «sabios», es decir, personas normales cuya situación especial las lleva a estar íntimamente informadas acerca de la vida secreta de los individuos estigmatizados y a simpatizar con ellos, y que gozan, al mismo tiempo, de cierto grado de aceptación y de cortés pertenencia al clan. Las personas sabias son los hombres marginales ante quienes el individuo que tiene un defecto no necesita avergonzarse ni ejercer un autocontrol, porque sabe que a pesar de su imperfección será considerado como una persona corriente. Se puede citar un ejemplo tomado del mundo de las prostitutas:

Aunque se burle despectivamente de la respetabilidad, la prostituta, en especial la *call-girl*, es sumamente sensible en la sociedad bien educada y busca refugiarse, en sus horas libres, en compañía de artistas, escritores, actores y seudointelectuales bohemios. Allí se la acepta como una personalidad marginada y no como una curiosidad.[55]

Antes de adoptar el punto de vista de quienes tienen un estigma particular, la persona normal que se convertirá en

55 J. Stearn, *Sisters of the Night*, Nueva York: Popular Library, 1961, pág. 181.

sabia deberá pasar primero por una experiencia personal de arrepentimiento, de la cual existen numerosos testimonios literarios.[56] Y después que el simpatizante normal se pone a disposición de los estigmatizados, a menudo debe aguardar a que estos legalicen su condición de miembro aceptado. La persona no solo debe ofrecerse; tiene, también, que ser aceptada. A veces, por supuesto, la iniciativa para dar el último paso parece tomarla el normal; lo siguiente es un ejemplo de esto.

No sé si podré o no hacerlo, pero permítame relatar un incidente. En una oportunidad fui admitido en un grupo de muchachos negros de aproximadamente mi misma edad, con quienes solía ir a pescar. Cuando comencé a salir con ellos, en mi presencia utilizaban con cuidado el término «negro». Gradualmente, a medida que nuestras excursiones se hacían más frecuentes, empezaron a bromear entre ellos en mi presencia, y a llamarse unos a otros «motudo».* El verdadero cambio residía en el empleo de la palabra «motudo» cuando bromeaban, palabra que anteriormente no podían mencionar siquiera.
Un día, mientras estábamos nadando, uno de los muchachos me empujó con fingida violencia y entonces le dije: «Así tratan los motudos». «Bastardo», me contestó con una gran sonrisa. A partir de ese momento todos podíamos usar la palabra «motudo», pero las viejas categorías habían cambiado totalmente. Jamás olvidaré, mientras viva, la sensación que experimenté en el estómago después de haber utilizado la palabra «motudo» sin restricción alguna.[57]

56 N. Mailer, «The Homosexual Villain», en *Advertisements for Myself*, Nueva York: Signet Books, 1960, págs. 200-205, presenta un modelo de confesión detallando el ciclo básico de intolerancia, experiencia esclarecedora y, finalmente, retractación del prejuicio a través de la aceptación pública. Véase también la introducción de Angus Wilson a Carling, *op. cit.*, para una historia confesional de la redefinición de los inválidos según Wilson.
* El autor emplea aquí *nigger*, que, a diferencia de *negro*, tiene un carácter despreciativo e insultante. (*N. del E.*)
57 Ray Birdwhistell en B. Schaffner, ed., *Group Processes*, Transactions of the Second (1955) Conference, Nueva York: Josiah Macy Jr. Foundation, 1956, pág. 171.

Un tipo de persona sabia es aquella cuya sabiduría proviene de sus actividades en un establecimiento, que satisface tanto las necesidades de quienes tienen un estigma particular como las medidas que la sociedad adopta respecto de estas personas. Por ejemplo, las enfermeras y los terapeutas pueden ser sabios: pueden llegar a tener más conocimientos sobre una determinada clase de equipo de prótesis que el paciente que debe aprender a usarlo para minimizar su deformación. Los atentos empleados de las tiendas que venden manjares delicados son, a menudo, sabios; también lo son los correctos cantineros de los bares frecuentados por homosexuales y las mucamas de las prostitutas de Mayfair.[58] El agente de policía, debido a su trato constante con criminales, se puede convertir en sabio, tal como lo sugieren las palabras de un profesional: «...en realidad, dejando a un lado a los otros criminales, los policías son los únicos que lo aceptan a usted tal como es».[59]
Un segundo tipo de persona sabia es aquella que se relaciona con un individuo estigmatizado a través de la estructura social; esta relación hace que en algunos aspectos el resto de la sociedad más amplia considere a ambos como una sola persona. Por lo tanto, la esposa fiel del enfermo mental, la hija del ex presidiario, el padre del inválido, el amigo del ciego, la familia del verdugo,[60] están obligados a compartir parte del descrédito de la persona estigmatizada con la cual los une una relación. Una respuesta a este destino es abrazarlo y vivir dentro del mundo del familiar o amigo estigmatizado. Debe agregarse que las personas que de este modo adquieren un grado de estigma pueden, a su vez, estar relacionadas con otras que contraen algo de la enfermedad en forma indirecta. Los problemas que enfrentan las personas estigmatizadas se expanden en oleadas de intensidad decreciente. Veamos aquí un ejemplo:

Estimada Ann Landers:
Soy una niña de 12 años a quien se excluye de toda activi-

58 C. H. Rolph, ed., *Women of the Streets*, Londres: Secker and Warburg, 1955, págs. 78-79.
59 Parker y Allerton, *op. cit.*, pág. 150.
60 J. Atholl, *The Reluctant Hangman*, Londres: John Long, Ltd., 1956, pág. 61.

dad social porque mi padre es un ex presidiario. Trato de ser amable y simpática con todo el mundo, pero es inútil. Mis compañeras de la escuela me han dicho que sus madres no quieren que se junten conmigo porque eso dañaría su reputación. A mi padre los diarios le hicieron mala fama, y, a pesar de que ha cumplido su condena, eso nadie lo olvidará.

¿Qué puedo hacer? Me siento muy triste porque a nadie le gusta estar sola todo el tiempo. Mi madre trata de que la acompañe en sus salidas pero yo quiero estar con chicos de mi edad. Por favor, déme algún consejo.

Una proscripta.[61]

En general, la tendencia del estigma a difundirse desde el individuo estigmatizado hacia sus relaciones más cercanas explica por qué dichas relaciones tienden a evitarse o, en caso de existir, a no perdurar.

Las personas que tienen un estigma aceptado suministran un modelo de «normalización»,[62] mostrando hasta dónde pueden llegar los normales cuando tratan a un individuo estigmatizado como si no lo fuera. (La normalización es distinta de la «normificación», o sea, el esfuerzo que realiza el individuo estigmatizado para presentarse a sí mismo como una persona corriente, aunque no oculte necesariamente su defecto.) Por otra parte, puede aparecer un culto al estigmatizado cuando la respuesta estigmófila del sabio contraataca la respuesta fóbica del normal. La persona que tiene un estigma aceptado puede, en realidad, colocar tanto al estigmatizado como al normal en una situación incómoda: al estar siempre dispuestos a cargar un peso que no es «realmente suyo» pueden arrostrar a los demás con una excesiva moralidad; al tratar el estigma como una entidad neutral que debe ser considerada de un modo directo y sin cumplidos, exponen a sí mismos y a los estigmatizados a una interpretación errónea, ya que los normales pueden vivir esa conducta como agresiva.[63]

61 *Berkeley Daily Gazette*, 12 de abril de 1961.
62 La idea proviene de C. G. Schwartz, «Perspectives en Deviance—Wives' Definitions of Their Husbands' Mental Illness», en *Psychiatry*, XX, 1957, págs. 275-291.
63 Para un ejemplo relativo a los ciegos véase A. Gowman, «Blindness and the Role of the Companion», en *Social Problems*, IV, 1956, págs. 68-75.

La relación entre el estigmatizado y su aliado puede ser difícil. La persona que tiene un defecto puede sentir que en cualquier momento es posible un retorno al estado anterior, especialmente cuando las defensas disminuyen y la dependencia aumenta. Lo muestran las palabras de una prostituta:

Bueno, yo quería ver qué pasaba si me adelantaba a los acontecimientos. Le expliqué a él que si estábamos casados y teníamos una pelea me podía abandonar. Me contestó que no, pero los hombres son así.[64]

Por otra parte, el individuo con un estigma aceptado puede descubrir que debe soportar muchas de las privaciones típicas del grupo que lo admite y que, aun así, no puede gozar de la exaltación de sí mismo, que es la defensa corriente frente a dicho tratamiento. Además, de una manera muy semejante a lo que le ocurre al estigmatizado con respecto a él, le resulta dudoso que en último análisis su grupo de admisión lo «acepte» realmente.[65]

La carrera moral

Las personas que tienen un estigma particular tienden a pasar por las mismas experiencias de aprendizaje relativas a su condición y por las mismas modificaciones en la concepción del yo —una «carrera moral» similar que es, a la vez, causa y efecto del compromiso con una secuencia semejante de ajustes personales—. (La historia natural de una categoría de personas estigmatizadas debe distinguirse claramente de la historia natural del estigma mismo —la historia de los orígenes, difusión y decadencia de la capaci-

64 Stearn, *op. cit.*, pág. 99.
65 El número de posibilidades fue cuidadosamente explorado por C. Brossard, «Plaint of a Gentile Intellectual», en Brossard, ed., *The Scene Before You*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1955, págs. 87-91.

dad de un atributo para servir como estigma en una sociedad particular—; por ejemplo, el divorcio en la sociedad norteamericana de clase media alta.) Una fase de este proceso de socialización es aquella en la cual la persona estigmatizada aprende a incorporar el punto de vista de los normales, adquiriendo así las creencias relativas a la identidad propias del resto de la sociedad mayor, y una idea general de lo que significa poseer un estigma particular. Otra fase es aquella en la cual aprende que posee un estigma particular y —esta vez en detalle— las consecuencias de poseerlo. La sincronización e interjuego de estas dos fases iniciales de la carrera moral crean pautas importantes, estableciendo la base del desarrollo ulterior y proporcionando un medio para distinguir entre las carreras morales accesibles a los estigmatizados. Se pueden mencionar cuatro de dichas pautas. Una de las pautas involucra a los que poseen un estigma innato y son socializados dentro de su desventajosa situación al mismo tiempo que aprenden e incorporan los estándares ante los cuales fracasan.[66] Por ejemplo, un huérfano aprende que los niños tienen, natural y normalmente, padres y, a la vez, también lo que significa no tenerlos. Después de haber pasado los primeros dieciséis años de su vida en la institución, aún puede sentir, en un momento posterior, que él, naturalmente, sabe cómo ser un padre para su hijo.

Una segunda pauta deriva de la capacidad de una familia, y en menor grado de una comunidad local, de constituirse en cápsula de su joven miembro. Un niño con un estigma congénito puede ser cuidadosamente protegido dentro de dicha cápsula mediante el control de la información. No se permite su entrada en el círculo encantado de definiciones que lo disminuyan, mientras que otras concepciones sostenidas por la sociedad mayor tienen un acceso fácil: son aquellas que llevan a que el niño encapsulado se vea a sí mismo como un ser humano corriente, enteramente calificado, con una identidad normal en función de aspectos tan básicos como la edad y el sexo.

El momento crítico en la vida del individuo protegido, cuando el círculo familiar ya no puede seguir cobijándolo, variará según la clase social, el lugar de residencia y el tipo de estigma, pero, en cada uno de estos casos, su aparición dará lugar a una experiencia moral. De este modo, a menudo se señala el ingreso a la escuela como la ocasión para el aprendizaje del estigma, experiencia que muchas veces se produce muy precipitadamente el primer día de clase y que se manifiesta mediante insultos, burlas, ostracismo y peleas.[67] Es interesante advertir que, cuanto mayores son las «desventajas» del niño, mayores son las probabilidades de que sea enviado a una escuela especial para personas de su misma clase, y de que se enfrente abruptamente con los conceptos que el público en general tiene de él. Le dirán que dentro de su «propio» mundo se sentirá mejor; aprenderá así que lo que consideraba como su mundo no es tal y que, en cambio, lo realmente suyo es ese universo más pequeño. Debe añadirse que, cuando el estigmatizado desde la infancia logra conservar algunas ilusiones a lo largo de los primeros años escolares, la búsqueda de trabajo o el comienzo de las relaciones de pareja lo enfrentarán, a menudo, con el momento de la verdad. En algunos casos entrañará tan solo la creciente probabilidad de una revelación incidental.

Creo que la primera aprehensión verdadera de mi situación y el primer dolor profundo que ello me causó se produjo de manera enteramente casual durante un día de playa con el grupo al que pertenecía en mi temprana adolescencia. Estaba acostada en la arena, y creo que los otros pensaban que dormía. Uno de los muchachos dijo: «Doménica me gusta mucho, pero jamás saldría con una chica ciega». No conozco ningún prejuicio que produzca tanto rechazo.[68]

En otros casos, implica algo parecido a una sistemática exposición al peligro, tal como lo sugiere una víctima de parálisis cerebral:

66 Para un examen de esta pauta véase A. R. Lindesmith y A. L. Strauss, *Social Psychology*, ed. rev., Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1956, págs. 180-183.

67 Un ejemplo tomado de la experiencia de una persona ciega puede encontrarse en R. Criddle, *Love is Not Blind*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 1953, pág. 21; la experiencia de una persona enana está descripta en H. Viscardi (h.), *A Man's Stature*, Nueva York: The John Day Company, 1952, págs. 13-14.

68 Henrich y Kriegel, *op. cit.*, pág. 186.

Salvo una excepción extremadamente dolorosa, mientras estuve bajo el cuidado protector de la vida familiar y de los programas de la escuela superior, y viví sin poner en práctica mis derechos de ciudadano adulto, las fuerzas de la sociedad fueron cordiales y benévolas. Fue después de haber concluido la escuela superior y la escuela de comercio, y de haber realizado innumerables esfuerzos como trabajador voluntario en programas comunitarios, cuando me sumergí en los prejuicios y supersticiones medievales del mundo de los negocios. Buscar trabajo era como pararse ante un pelotón de fusilamiento. A los patrones les disgustaba que tuviera el descaro de solicitar un empleo.[69]

Los que en un momento tardío de la vida son víctimas de un estigma, o advierten que han sido siempre personas desacreditables —el primer caso no implica una reorganización radical de la visión de su pasado; el segundo sí—, ejemplifican una tercera pauta de socialización. Son individuos que han realizado un concienzudo aprendizaje de lo normal y lo estigmatizado mucho tiempo antes de tener que considerarse a sí mismos como personas deficientes. Es probable que tengan un problema especial en re-identificarse consigo mismos, y una especial facilidad para la autocensura:

Antes de la colostomía, cada vez que percibía un olor en el ómnibus o en el subterráneo me solía sentir sumamente molesto. Pensaba que la gente era horrible, que no se bañaba o que debería ir al baño antes de viajar. Acostumbraba pensar que los alimentos que ingerían eran los causantes de sus olores. Me sentía terriblemente fastidiado; para mí eran personas inmundas, sucias. Por supuesto, en la primera oportunidad que se me presentaba cambiaba de asiento, y en caso de no poder hacerlo mostraba la repugnancia que sentía. Por eso creo, naturalmente, que la gente joven siente con mis olores lo mismo que yo sentía antes con los demás.[70]

Aun cuando indudablemente hay muchos individuos que descubren recién en su vida adulta que pertenecen a un

69 *Ibid.*, pág. 156.
70 Orbach y colab., *op. cit.*, pág. 165.

grupo tribal de estigmatizados o que sus padres poseen un defecto moral contagioso, el caso más habitual es el de los impedimentos físicos que «irrumpen» tardíamente en la vida:

Pero, de pronto, me desperté una mañana y descubrí que no podía mantenerme de pie. Tenía polio; la poliomielitis era simplemente eso. Me sentía como un niño muy pequeño a quien se arroja a un enorme pozo negro; de lo único que estaba seguro era de que no iba a poder salir de él sin ayuda. Aparentemente, la educación, las clases y las enseñanzas de mis padres, que recibí durante veinticuatro años, no hicieron de mí una persona capaz de ayudarse a sí misma. Yo era un ser como cualquier otro —normal, peleador, alegre, lleno de proyectos—, y, de golpe, pasó algo. Pasó algo, y me convertí en un extraño. Un extraño, más ante mí mismo que ante los demás. Ni siquiera mis sueños me conocían. No sabían lo que podían dejarme hacer —y cuando soñaba que iba a bailes o a fiestas había, sin cesar, una extraña condición o limitación, siempre la misma, de la cual no se hablaba ni se la mencionaba—. Tuve de pronto el enorme conflicto mental y emocional de una mujer que lleva una doble vida. Era algo irreal que me llenaba de confusión, pero no podía dejar de prestarle atención.[71]

En estos casos, los médicos son los más indicados para informar en particular al enfermo sobre su situación futura.
Una cuarta parte está representada por aquellas personas socializadas inicialmente en una comunidad alienada, ya sea dentro o fuera de los límites geográficos de la sociedad normal, que deben luego aprender una segunda manera de ser: aquella que quienes las rodean sienten como la única real y válida.
Debemos agregar que cuando un individuo adquiere tardíamente un yo nuevo, estigmatizado, las dificultades que experimenta para entablar nuevas relaciones pueden extenderse en forma lenta a sus vínculos anteriores. Aquellos con los que se vincula después de adquirir el estigma pueden verlo simplemente como una persona que tiene un de-

71 N. Linduska, *My Polio Past*, Chicago: Pellegrini and Cudahy, 1947, pág. 177.

fecto; quienes lo conocen desde antes están ligados a una concepción de lo que fue alguna vez, y pueden, por consiguiente, sentirse incapaces de brindarle, sea un trato natural, sea una total aceptación familiar:

Mi tarea [como un escritor ciego que entrevista a futuros clientes de su producción literaria] consistía en hacer que los hombres a quienes iba a ver se sintieran a sus anchas —lo opuesto a la situación habitual—. Curiosamente, me resultaba más fácil hacerlo con hombres que no había conocido antes. Eso se debía, tal vez, a que con los extraños no había una cantidad de recuerdos que ocultar antes de pasar a los negocios; no se producía, entonces, la dolorosa comparación con el presente.[72]

Prescindiendo de la pauta general ilustrada por la carrera moral del individuo estigmatizado, es especialmente interesante abordar la fase de experiencia durante la cual aprende que es portador de un estigma, porque es probable que en ese momento establezca una nueva relación con otros estigmatizados.
En algunos casos, el único contacto que el individuo tiene con sus pares es fugaz, pero lo suficientemente significativo como para mostrarle que existen otros iguales a él:

Cuando Tommy llegó por primera vez a la clínica había allí otros dos muchachitos, a cada uno de los cuales le faltaba congénitamente una oreja. Al verlos, Tommy llevó en forma lenta la mano derecha hacia su propia oreja defectuosa y, con los ojos muy abiertos, dirigiéndose a su padre le dijo: «Hay otro chico con una oreja igual a la mía».[73]

En el caso de un individuo cuya desventaja física data de poco tiempo atrás, sus compañeros de infortunio, más expertos que él en el manejo del defecto, suelen hacerle una serie especial de visitas para darle la bienvenida al club e instruirlo sobre la manera de arreglárselas física y psíquicamente:

72 Chevigny, *op. cit.*, pág. 136.
73 Macgregor y colab., *op. cit.*, págs. 19-20.

En realidad, la primera vez que tomé conciencia de la existencia de mecanismos de adaptación fue al comparar a dos compañeros míos, pacientes también del Hospital de Ojos y Oídos. Tenían por costumbre visitarme cuando yo estaba en la cama, y llegué a conocerlos bastante bien. Hacía siete años que los dos eran ciegos. Tenían aproximadamente la misma edad —un poco más de treinta años— y ambos habían estudiado en la universidad.[74]

En los múltiples casos en que la estigmatización del individuo se asocia con su ingreso a una institución de vigilancia, ya sea una cárcel, un sanatorio o un asilo para huérfanos, gran parte de lo que aprende acerca de su estigma le será transmitido a lo largo de estrechos y prolongados contactos con aquellos que se encuentran en el proceso de transformarse en sus compañeros de infortunio.
Como ya se sugirió, cuando el individuo comprende por primera vez a quiénes debe ahora aceptar como sus iguales suele sentir, cuando menos, cierta ambivalencia: esos otros no solo son portadores manifiestos de un estigma, distintos, por consiguiente, de la persona normal que él cree ser, sino que también pueden tener otros atributos con los que le resulta difícil asociar su caso. Lo que puede terminar como una masonería, bien puede empezar con un ademán de rechazo. Una muchacha ciega desde hace poco tiempo, al dejar el hospital realiza directamente una visita a la Casa de la Luz:

Mis preguntas relativas a un perro lazarillo fueron cortésmente dejadas de lado. Otro trabajador, que no era ciego, se encargó de mostrarme el lugar. Visitamos la biblioteca Braille, las aulas, los salones del club donde se reunían los miembros ciegos de los grupos de música y teatro; la sala de recreación donde durante las fiestas los ciegos bailaban con las ciegas; el restaurante donde todos se reunían para comer; las canchas de bolos donde jugaban juntos; el inmenso taller en el cual ganaban un sueldo para mantenerse, haciendo trapos de piso y escobas, tejiendo alfombras y esterillando sillas. A medida que pasábamos de una habitación a

74 Chevigny, *op. cit.*, pág. 35.

otra podía oír el ruido de los pies que se arrastraban, las voces acalladas, el golpeteo de los bastones. Aquí estaba el mundo seguro y segregado de los que no veían: un mundo completamente diferente —me afirmaba la asistente social— del que yo acababa de dejar...
Esperaban que yo integrara este mundo. Que abandonara mi profesión y me ganara la vida haciendo trapos de piso. La Casa de la Luz se iba a sentir muy feliz de enseñarme a hacer ese trabajo. Estaba destinada a pasar el resto de mi vida haciendo trapos de piso con otros ciegos, comiendo con otros ciegos y bailando con otros ciegos. A medida que esta imagen crecía en mi mente, el miedo me producía náuseas. Jamás me había encontrado con una segregación tan destructiva.[75]

Dada la ambivalencia que crea en el individuo la pertenencia a su categoría estigmatizada, es lógico que aparezcan oscilaciones en el apoyo, en las identificaciones y en la participación que tiene entre sus pares. Existen «ciclos de afiliación» mediante los cuales llega a aceptar las oportunidades especiales para una participación endogrupal, o rechazarlas después de haberlas aceptado previamente.[76] Sus creencias sobre la naturaleza de su grupo de pertenencia y la naturaleza de los normales sufrirán oscilaciones correspondientes. Por ejemplo, la adolescencia (y el grupo de pares de la escuela secundaria) puede traer una marcada declinación de la identificación con el grupo de pertenencia y un notorio aumento de la identificación con los normales.[77] Las fases posteriores de la carrera moral del individuo

75 Keitlen, *op. cit.*, págs. 37-38. Linduska, *op. cit.*, págs. 159-165, describe las primeras vicisitudes de la identificación con los otros lisiados de un paciente poliomielítico hospitalizado. J. W. Johnson, *The Autobiography of an Ex-Coloured Man*, ed. rev., Nueva York, Hill and Wang, American Century Series, 1960, págs. 22-23, ofrece el relato novelesco de una reidentificación racial.
76 Se puede hallar un enunciado general en dos artículos de E. C. Hughes, «Social Change and Status Protest», en *Phylon*, primer trimestre, 1949, págs. 58-65, y «Cycles and Turning Points», en *Men and Their Work*, Nueva York, Free Press of Glencoe, 1958.
77 M. Yarrow, «Personality Development and Minority Group Membership», en M. Sklare, *The Jews*, Nueva York: Free Press of Glencoe, 1960, págs. 468-470.

habrán de encontrarse en estos cambios de participación y creencia.
Las relaciones del individuo estigmatizado con la comunidad informal y con las organizaciones formales a las que pertenece por su estigma son, pues, decisivas. Estas relaciones señalarán, por ejemplo, una gran distancia entre aquellos cuya diferencia apenas los provee de un nuevo «nosotros» y aquellos que, como los miembros de un grupo minoritario, se encuentran formando parte de una comunidad bien organizada con una tradición establecida: una comunidad que formula apreciables reclamos de lealtad e ingresos, definiendo al miembro como a alguien que debe enorgullecerse de su enfermedad y no buscar una mejoría. En cualquier caso, trátese o no de un grupo estigmatizado establecido, es en gran parte con relación a este grupo de pertenencia que es posible examinar la historia natural y la carrera moral del individuo.
Al revisar su propia carrera moral, el individuo estigmatizado puede escoger y elaborar retrospectivamente las experiencias que le permiten explicar el origen de las creencias y de las prácticas que ahora tiene con respecto a sus iguales y a los normales. Un acontecimiento vital puede, así, tener un doble significado en la carrera moral, primero como causa objetiva inmediata de una crisis verdadera, y luego (esto es más fácil de demostrar) como medio para explicar una posición corrientemente adoptada. Para este último propósito a menudo se elige la experiencia del individuo recientemente estigmatizado que comprende que los miembros veteranos del grupo se parecen bastante a los seres humanos corrientes:

[Habla una muchacha joven que se estaba dando a una vida inmoral y que debía encontrarse por primera vez con su madama.] Cuando di vuelta la esquina de la calle Cuatro mis fuerzas volvieron a traicionarme; estaba a punto de batirme en retirada, cuando salió Mamie de un restaurante de enfrente y me saludó afectuosamente. El portero, que vino a abrirnos al oír nuestro llamado, dijo que la señorita Laura estaba en su cuarto, y nos indicó el camino. Me encontré ante una mujer bien parecida y de mediana edad que nada tenía que ver con la horrible criatura que había

imaginado. Me dio la bienvenida con voz suave y educada. Todo en ella hablaba con tanta elocuencia de sus potencialidades para la maternidad que instintivamente busqué a los niños que hubieran debido estar prendidos de sus polleras.[78]

Otro ejemplo lo proporciona un homosexual refiriéndose a su cambio:

Me encontré con un hombre que había sido compañero mío en la escuela (...) Era, desde luego, homosexual, y dio por supuesto que yo también lo era. Me sentía sorprendido y bastante impresionado. No coincidía en lo más mínimo con la idea popular que se tiene de un homosexual; era un individuo bien plantado, viril y pulcramente vestido. Esto era algo nuevo para mí. Aunque estaba perfectamente preparado para admitir la existencia del amor entre hombres, siempre sentí una ligera repugnancia por los homosexuales manifiestos que había conocido, a causa de su vanidad, sus maneras afectadas y su cháchara interminable. Comprendí entonces que ellos constituían solo una pequeña parte del mundo de los homosexuales, si bien la más notoria (...) [79]

Un lisiado suministra una afirmación semejante:

Si yo tuviera que elegir el conjunto de experiencias que me convencieran finalmente de la importancia de este problema (el de la imagen de sí mismo) y de que debía librar mis propias batallas de identificación, haría referencia a los acontecimientos que me llevaron a comprender profundamente que a los lisiados se los puede identificar con otras características que no coinciden con su desventaja física. Me di cuenta que los lisiados podían ser, al igual que el resto de la gente, bien parecidos, encantadores, perversos, amorosos, estúpidos y brillantes, y descubrí que podía odiarlos o amarlos a pesar de su deficiencia.[80]

78 *Madeleine, An Autobiography*, Nueva York: Pyramid Books, 1961, págs. 36-37.
79 P. Wildeblood, *Against the Law*, Nueva York: Julian Messner, 1959, págs. 23-24.
80 Carling, *op. cit.*, pág. 21.

Se puede agregar que al reflexionar sobre el momento en que descubre que los que poseen su estigma son seres humanos como los demás, el estigmatizado puede llegar a tolerar que los amigos que tenía antes del estigma consideren inhumanos a los que para ese entonces él aprendió a ver como personas tan cabales como él mismo. Así es cómo una joven, al repasar su experiencia en un circo, advierte, en primer lugar, que aprendió que sus compañeros de trabajo no son monstruos y, en segundo lugar, que los amigos que tenía antes de ingresar al circo temían que viajara en un ómnibus junto con otros miembros de la compañía.[81]

Otro momento crítico —retrospectiva, si no originalmente considerado— es la experiencia de aislamiento e inhabilitación, que coincide a menudo con un período de hospitalización, que se revela posteriormente como el momento en que el individuo tenía la posibilidad de pensar en su problema, de aprender acerca de sí mismo, de adaptarse a su situación y de llegar a una nueva comprensión de lo que es importante y merece buscarse en la vida.

Hay que agregar que no solo las experiencias personales son las únicas en ser consideradas retrospectivamente como momentos decisivos, sino que también pueden utilizarse en este sentido algunas de segunda mano. Por ejemplo, la lectura de la literatura relacionada con el grupo puede proporcionar por sí misma una experiencia sentida como reorganizadora:

No pienso que sea demasiado presuntuoso decir que *La cabaña del tío Tom* muestra un panorama perfecto y verídico de la esclavitud; como quiera que sea, me abrió los ojos sobre qué y quién era yo y cómo me veían en mi país; me dio, de hecho, una orientación.[82]

81 C. Clausen, *I Love You Honey But the Season's Over*, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1961, pág. 217.
82 Johnson, *op. cit.*, pág. 42. La novela de Johnson, como otras de su clase, ejemplifica cabalmente la creación de un mito al organizar en forma literaria muchas de las cruciales experiencias morales y de las crisis a las que están sujetos, retrospectivamente, los que pertenecen a una categoría de estigmatizados.

2. Control de la información e identidad personal

El desacreditado y el desacreditable

Es posible que nosotros, los normales, conozcamos la contradicción existente entre la identidad social real y la virtual de un individuo antes de entrar en contacto con él, o que este hecho se ponga de manifiesto en el momento en que dicha persona se presenta ante nosotros. Se trata de un individuo desacreditado, y de él, fundamentalmente, me he ocupado hasta ahora. Tal como se sugirió, es probable que no reconozcamos abiertamente aquello que lo desacredita, y mientras se lleva a cabo este trabajo de cuidadosa indiferencia la situación puede volverse tensa, incierta y ambigua para todos los participantes y, en especial, para el estigmatizado.

Una posibilidad fundamental en la vida de la persona estigmatizada es la colaboración que presta a los normales al actuar como si su diferencia manifiesta careciera de importancia y no fuera motivo de una atención especial. Sin embargo, la segunda posibilidad importante en la vida de una persona estigmatizada aparece cuando su diferencia no se revela de modo inmediato, y no se tiene de ella un conocimiento previo (o, por lo menos, él no sabe que los demás la conocen), es decir, cuando no se trata en realidad de una persona desacreditada, sino desacreditable. El problema no consiste en manejar la tensión que se genera durante los contactos sociales, sino más bien en manejar la información que se posee acerca de su deficiencia. Exhibirla u ocultarla; expresarla o guardar silencio; revelarla o disimularla; mentir o decir la verdad; y, en cada caso, ante quién, cómo, dónde y cuándo. Por ejemplo, mientras el enfermo mental está internado, o cuando se encuentra con los miembros adultos de su propia familia, se lo trata con mucho tacto, como si estuviera cuerdo, cuando en realidad se sabe que hay ciertas dudas al respecto, aun cuando él pueda no tener ninguna; o bien se lo trata como a un insano, cuando él sabe que eso no es justo. Pero para el ex enfermo mental el problema puede ser bastante diferente: no se trata de hacer frente a un prejuicio dirigido contra su persona, sino, por el contrario, a la aceptación inconsciente de individuos llenos de prejuicios contra las personas de la misma clase a la que él puede revelar pertenecer. Dondequiera que vaya, su conducta confirmará falsamente a los demás que están en compañía de lo que reclaman —una persona mentalmente sana—, pero que, según pueden descubrir, no consiguieron. En forma deliberada o no, el ex enfermo mental oculta información sobre su identidad social real, recibiendo y aceptando un trato basado en suposiciones falsas respecto de su persona. El manejo de la información oculta que desacredita al yo, en una palabra, el «encubrimiento», es el segundo problema general que me interesa enfocar en estas notas. También existe, por supuesto, el ocultamiento de hechos positivos —encubrimiento inverso—, problema que no viene al caso aquí.[1]

La información social

En el estudio del estigma, la información más relevante tiene determinadas propiedades. Es información acerca de un individuo. Está referida a sus características más o menos permanentes, contrapuestas a los sentimientos, estados de ánimo e intenciones que el individuo puede tener en un

1 Para un ejemplo de encubrimiento inverso véase «H. E. R. Cules», «Ghost-Writer and Failure», en P. Toynbee, ed., *Underdogs*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1961, cap. 2, págs. 30-39. Hay muchos otros ejemplos. Conocí a una médica que evitaba emplear símbolos exteriores de su status, tales como la licencia de conductor; su profesión estaba consignada únicamente en la cédula de identidad que llevaba en la cartera. Cuando se encontraba frente a un accidente callejero en el cual la víctima ya había recibido auxilio médico o cuando la ayuda ya era inútil, optaba, después de observar al herido a cierta distancia desde el círculo de personas que la rodeaban, por seguir tranquilamente su camino sin dar a conocer su condición. En estas situaciones era lo que podría llamarse una «personificadora». (Véase la nota 12 del capítulo 3.)

momento particular.[2] La información, al igual que el signo que la transmite, es reflexiva y corporizada: es transmitida por la misma persona a la cual se refiere, y ello ocurre a través de la expresión corporal, en presencia de aquellos que reciben la expresión. Denominaré «social» a la información que reúne todas estas propiedades. Algunos signos portadores de información social pueden ser accesibles en forma frecuente y regular, y buscados y recibidos rutinariamente; estos signos pueden recibir el nombre de «símbolos».

La información social transmitida por cualquier símbolo particular puede confirmarnos simplemente lo que otros signos nos dicen del individuo, completando la imagen que tenemos de él de manera redundante y segura. Ejemplos de esto son los distintivos en la solapa que atestiguan la pertenencia a un club social y, en determinados contextos, la alianza que lleva un hombre en su mano. Sin embargo, la información social transmitida por un símbolo puede constituir un reclamo especial de prestigio, honor o posición de clase deseada —reclamo que en caso de buscar otra forma de presentación no encontraría un consentimiento automático—. Un signo de tales características recibe popularmente el nombre de «símbolo de status», aunque el término «símbolo de prestigio» sería más exacto, ya que es preferible emplear la primera denominación cuando el referente es una determinada posición social bien organizada. Los símbolos de prestigio pueden contraponerse a los *símbolos de estigma,* es decir, a aquellos signos especialmente efectivos para llamar la atención sobre una degradante incongruencia de la identidad, y capaces de quebrar lo que de otro modo sería una imagen totalmente coherente, disminuyendo de tal suerte nuestra valorización del individuo. La cabeza rapada de las colaboracionistas durante la Segunda Guerra Mundial es un ejemplo; también lo son ciertos solecismos frecuentes, en virtud de los cuales una persona que pretende imitar los modales y la vestimenta de la clase media emplea o pronuncia mal una palabra repetidas veces. Además de los símbolos de prestigio y de estigma se puede hallar otra posibilidad, es decir, un signo que tiende —real o ilusoriamente— a quebrar una imagen, de otro modo coherente, pero en este caso en una dirección positiva deseada por el actor, y que no busca tanto formular un nuevo reclamo como suscitar profundas dudas sobre la validez de la imagen virtual. Me referiré aquí a los *desidentificadores.* Un ejemplo es el «correcto inglés» de un educado negro norteño que visita el sur;[3] otro, es el turbante y los bigotes usados por algunos negros de clase baja urbana.[4] Un estudio sobre los analfabetos nos brinda otro ejemplo más:

Por consiguiente, cuando las metas tienen una orientación pronunciada o imperativa, y existe una gran probabilidad de que el ser definido como analfabeto constituya un obstáculo para el logro de tales fines, es posible que el analfabeto intente hacerse «pasar» por una persona que sabe leer y escribir (...) En el grupo estudiado, la popularidad de los lentes con gruesos armazones de carey (los llamados «anteojos *bebop*») puede ser considerada como un intento de emular el estereotipo del hombre de negocios, del profesor, del joven intelectual, y especialmente del músico de jazz de elevado status.[5]

Un especialista neoyorkino de las artes de la vagancia nos trae todavía otro ejemplo:

Para poder leer un libro después de las siete y media de la tarde en el Grand Central o en la Penn Station, una persona tiene que llevar lentes con armazón de carey o, de lo contrario, aparentar ser excepcionalmente próspera. De no ser así, se expone a que la vigilen. Por otra parte, los lectores de periódicos no parecen llamar la atención nunca,

2 La diferencia entre la información relativa a los estados de ánimo y otros tipos de información es estudiada por G. Stone, «Appearance and the Self», en A. Rose, *Human Behavior and Social Processes*, Boston: Houghton Mifflin, 1962, págs. 86-118. Véase también E. Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life*, Nueva York: Doubleday & Co., Anchor Books, 1959, págs. 24-25. (*La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1971.)

3 G. J. Fleming, «My Most Humiliating Jim Crow Experience», en *Negro Digest*, junio de 1954, págs. 67-68.
4 B. Wolfe, «Ecstatic in Blackface», en *Modern Review*, III, 1950, pág. 204.
5 Freeman y Kasenbaum, *op. cit.*, pág. 372.

y hasta el vagabundo más desaliñado se puede sentar en el Grand Central toda la noche sin que lo molesten si se queda leyendo un diario.[6]

Nótese que al examinar los símbolos de prestigio, los símbolos de estigma y los desidentificadores, hemos considerado los signos que transmiten rutinariamente información social. Es necesario diferenciar estos símbolos de los signos fugaces que no han sido institucionalizados como canales de información. Cuando dichos signos son demandas de prestigio se los puede denominar «puntos»; en caso de que desacrediten reclamos tácitos, se los puede llamar «errores».
Algunos signos portadores de información social, cuya presencia se debe, ante todo, a otras razones, cumplen solo superficialmente una función informativa. Hay símbolos de estigma ilustrativos: las marcas en la muñeca, que revelan un intento de suicidio; el brazo picado de viruela de los drogadictos; las manos esposadas de los presidiarios en tránsito;[7] o bien el hecho de que las mujeres aparezcan en público con los ojos amoratados, tal como lo sugiere un escritor que se ocupa de la prostitución:

Fuera de aquí [la cárcel en la que se encuentra actualmente] me he visto en apuros. ¡Bueno!, usted sabe cómo son las cosas: la policía ve a una chica con un ojo en compota y se imagina que anda en algo turbio, que quizá se dio a la mala vida. El paso siguiente consiste en seguirle la pista, y entonces, ¡zas!, terminan por reventarla.[8]

Otros signos, como en el caso de las insignias militares, son ideados por el hombre con el único propósito de transmitir información social. Debe agregarse que el significado subyacente de un signo se puede reducir a lo largo del tiempo transformándose, finalmente, en un mero vestigio, aun cuando la función informativa de la actividad permanezca

6 E. Love, *Subways Are for Sleeping*, Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1957, pág. 28.
7 A. Heckstall-Smith, *Eighteen Months*, Londres: Allan Wingate, 1954, pág. 43.
8 T. Rubin, *In the Life*, Nueva York: The Macmillan Company, 1961, pág. 69.

constante o aumente en importancia. Además, un signo que parece estar presente por razones ajenas a la información puede ser, a veces, fabricado con premeditación tan solo a causa de su función informativa, como en el caso de las cicatrices de un duelo, cuidadosamente planeadas e infligidas. Los signos que transmiten información social varían según sean o no congénitos y, en caso de que no lo sean, según que, una vez empleados, se conviertan o no en una parte permanente de la persona. (El color de la piel es congénito; la marca de una quemadura o una mutilación son permanentes pero no congénitas; la cabeza rapada de un presidiario no es ni congénita ni permanente.) Más importante aún es señalar que los signos no permanentes empleados solo para transmitir una información social pueden o no utilizarse contra la voluntad del informante; en caso afirmativo, tienden a ser símbolos de estigma.[9] Más adelante será necesario considerar los símbolos de estigma empleados voluntariamente.
Es posible que haya signos cuyo significado varíe de un grupo a otro, ya que se designa una misma categoría con diferente caracterización. Por ejemplo, los parches usados en los hombros, que los oficiales de la prisión exigen a los prisioneros con tendencia a escaparse,[10] pueden llegar a

9 En sus *American Notes*, escritas a raíz de su viaje en 1842, Dickens transcribe en el capítulo dedicado a la esclavitud algunas citas provenientes de periódicos locales en las cuales se daba a conocer la nómina de los esclavos perdidos y encontrados. Las filiaciones contenidas en estos anuncios suministran una gran cantidad de signos identificadores. En primer lugar, hay rasgos relativamente fijos en el cuerpo que en el contexto pueden proporcionar en forma concomitante una identificación parcial o total: la edad, el sexo y las cicatrices (resultantes de heridas de bala o de cuchillo, de accidentes y de azotes). También se da el nombre reconocido por el interesado, aunque por lo general solo aparece el nombre de pila. Por último se citan con frecuencia símbolos de estigma, en especial las iniciales grabadas a fuego y la falta de orejas. Estos signos comunican la identidad social del esclavo pero, a diferencia de los grillos de hierro alrededor del cuello o de la pierna, informan también sobre algo más limitativo que eso, es decir, su pertenencia a un amo. Por consiguiente, cuando aprehendían a un negro tenían dos problemas: primero, si era o no un esclavo fugitivo, y segundo, en caso de serlo, quién era su dueño.
10 Véase G. Dendrickson y F. Thomas, *The Truth About Dartmoor*, Londres: Victor Gollancz, 1954, pág. 55, y F. Norman, *Bang to Rights*, Londres: Secker and Warburg, 1958, pág. 125. El uso de este

tener para los guardias un significado, por lo general negativo, y ser para el portador una señal de orgullo frente a sus compañeros de presidio. Para algunos oficiales el uniforme puede ser motivo de orgullo, digno de ser usado en toda ocasión; para otros, los fines de semana pueden representar el momento de poner en práctica sus preferencias y llevar ropas de civil, haciéndose pasar por ciudadanos corrientes. Análogamente, mientras algunos muchachos considerarán como un privilegio la obligación de usar la gorra de la escuela cuando están en la ciudad, al igual que para algunos soldados lo será la obligación de llevar un uniforme cuando están de licencia, habrá, sin embargo, quienes sentirán que la información social que con ello transmiten es un recurso que se les impone con el fin de asegurar el control y la disciplina cuando están fuera de servicio o fuera de la escuela.[11] Así también, durante el siglo XIX, en California la falta de trenza en un chino significaba para los occidentales un cierto grado de aculturación, y para los chinos una duda acerca de la respetabilidad de ese individuo, específicamente referida a su posible estadía en la cárcel, donde el corte de la trenza era obligatorio; durante un tiempo, pues, la falta de trenza fue algo sumamente resistido.[12]

Los signos que transmiten una información social varían, desde luego, en cuanto a su confiabilidad. Los vasos capilares dilatados en las mejillas y en la nariz, llamados a veces

tipo de símbolo está bien presentado por E. Kogon, *The Theory and Practice of Hell*, Nueva York: Berkley Publishing Corp., s. f., págs. 41-42, donde el autor especifica las marcas utilizadas en los campos de concentración para identificar, de manera distinta, a los prisioneros políticos, a los delincuentes menores, a los criminales, a los Testigos de Jehová, a los «elementos inútiles», a los gitanos, a los judíos, a los «profanadores de la raza», a los extranjeros (según la nación), a los débiles mentales, etc. En el mercado de esclavos de Roma, muchas veces se marcaba a los esclavos según su nacionalidad; véase M. Gordon, «The Nationality of Slaves Under the Early Roman Empire», en M. I. Finley, ed., *Slavery in Classical Antiquity*, Cambridge: Heffer, 1960, pág. 171.

11 T. H. Pear, *Personality, Appearance and Speech*, Londres: George Allen and Unwin, 1957, pág. 58.

12 A. McLeod, *Pigtails and Gold Dust*, Caldwell, Idaho: Caxton Printers, 1947, pág. 28. A veces, el uso de la trenza tenía un significado histórico-religioso; véase *ibid.*, pág. 204.

«estigmas venosos», con más propiedad de lo que se cree, pueden ser tomados, y efectivamente lo son, como indicadores de excesos alcohólicos. No obstante, los abstemios también pueden exhibir el mismo símbolo por otras razones fisiológicas, dando así lugar a sospechas injustificadas que, de todos modos, deberán enfrentar.

Debemos presentar un último punto referente a la información social, emparentado con el carácter informativo que tiene el relacionarse «con» alguien en nuestra sociedad. Estar «con» alguna persona significa llegar en su compañía a una coyuntura social, caminar con ella por la calle, participar de su fiesta en un restaurante, etc. El problema es que en determinadas circunstancias se puede utilizar la identidad social de las personas que están con el individuo como fuente de información sobre la identidad social de ese sujeto en particular, basándose en el supuesto de que él es lo que los otros son. El caso extremo es, tal vez, la situación en los círculos criminales: una persona con orden de arresto puede contaminar legalmente a todos aquellos que sean vistos en su compañía, exponiéndolos a ser detenidos como sospechosos. De una persona sobre la cual pende una orden de arresto se dice que tiene «viruela», y a su enfermedad criminal se la considera «contagiosa».[13] Sea como fuere, un análisis del modo en que las personas manejan la información que transmiten sobre sí mismas deberá tener en cuenta la forma en que enfrentan la eventualidad de ser vistas «con» otras en particular.

La visibilidad

Tradicionalmente, la cuestión del encubrimiento ha originado el problema de la «visibilidad» de un estigma particular, es decir, en qué medida ese estigma sirve para comunicar que el individuo lo posee. Por ejemplo, tanto los ex enfermos mentales como los padres solteros que esperan un hijo comparten una falla que no es fácilmente visible;

13 Véase D. Maurer, *The Big Con*, Nueva York: Pocket Books, 1949, pág. 298.

los ciegos ilustran el caso contrario. La visibilidad constituye, naturalmente, un factor decisivo. Lo que dicen acerca de la identidad social de un individuo aquellos que lo rodean, en todo momento de su diario vivir, tiene para él enorme importancia. Una presentación en público hecha por la fuerza tendrá escasas consecuencias en lo referente a contactos particulares, pero en cada contacto se producirán algunas consecuencias que, tomadas en conjunto, pueden ser enormes. Además, cuando el individuo decide llevar a cabo un plan de acción relativo al estigma que posee, deberá tomar como punto de partida la información que habitualmente se transmite acerca de él. Así, todo cambio en la manera en que siempre y en todo lugar debe presentarse tendrá, por estas razones, consecuencias fatales; esto fue, posiblemente, lo que originó entre los griegos la noción de estigma.

Tal vez el término visibilidad sea el menos descaminado, ya que merced a nuestro sentido de la vista es que con mayor frecuencia percibimos el estigma ajeno. En realidad, sería más exacto hablar de «perceptibilidad», que es un término más general; y con mayor precisión aún, de «evidenciabilidad». Después de todo, el tartamudeo es un defecto sumamente «visible», pero impacta al oído, no a los ojos. Sin embargo, antes de utilizar el concepto de visibilidad sin correr riesgos, incluso en esta versión corregida, tenemos que diferenciarlo de otras tres nociones con las que a menudo se lo confunde.

En primer lugar, hay que distinguir la visibilidad de un estigma de su «conocimiento». Cuando un individuo posee un estigma muy visible, el simple contacto con los demás dará a conocer dicho estigma. Pero el conocimiento que los demás tienen de él dependerá de otro factor además del de la visibilidad corriente: a saber, de que conozcan o no previamente al estigmatizado, conocimiento que puede basarse en rumores o en un contacto anterior durante el cual su estigma era visible.

En segundo lugar, la visibilidad debe distinguirse de uno de los elementos que le sirven de base; me refiero a su imposición por la fuerza. Cuando un estigma es inmediatamente perceptible sigue en pie el problema de determinar hasta qué punto interfiere con el fluir de la interacción. Por

ejemplo, nadie que participe de una reunión de negocios sentado en una silla de ruedas pasará, por cierto, inadvertido; sin embargo, alrededor de la mesa de conferencias su defecto puede ser relativamente fácil de ignorar. En cambio, un participante con dificultades en el habla (desventaja mucho menor, en numerosos aspectos, que la anterior), difícilmente podrá abrir la boca sin destruir la indiferencia que puede haber suscitado su defecto, y toda vez que lo haga producirá un malestar en los demás. Los propios mecanismos de los encuentros verbales vuelven a dirigir constantemente la atención hacia el defecto, en una continua demanda de mensajes claros y rápidos que quedan siempre sin satisfacer. Se puede agregar que el mismo defecto puede tener diferentes expresiones, es decir, que la fuerza con la que cada una de ellas se impone tiene distinto grado de intensidad. Por ejemplo, una persona ciega con un bastón blanco ofrece una prueba absolutamente visible de su ceguera; pero una vez percibido, este símbolo de estigma puede, a veces, ignorarse junto con lo que significa. Pero la imposibilidad que tiene el ciego de dirigir su rostro hacia los ojos de sus copartícipes es un hecho que, repetidamente, viola la etiqueta establecida para la comunicación y, además, desorganiza los mecanismos realimentadores de la interacción verbal.

En tercer lugar, es necesario separar la visibilidad de un estigma (así como también la fuerza con la que se impone) de ciertas posibilidades de lo que podría denominarse su «foco de percepción». Nosotros, los normales, elaboramos concepciones, fundamentadas o no en forma objetiva, referidas a la esfera de la actividad vital, debido a las cuales un estigma particular descalifica primariamente a un individuo. La fealdad, por ejemplo, tiene su efecto primero y principal en situaciones sociales, amenazando el placer que, de lo contrario, podríamos sentir en campañía de quien posee ese atributo. Percibimos, sin embargo, que esta característica no debe tener ningún efecto sobre su idoneidad para realizar tareas solitarias, aunque, claro está, establecemos esta discriminación en perjuicio de dicho individuo simplemente por los sentimientos que nos produce mirarlo. La fealdad, pues, es un estigma que se centra en situaciones sociales. Hay otros estigmas, tales como el ser dia-

bético,[14] que parecen no tener ningún efecto inicial sobre las calificaciones del individuo para la interacción cara a cara; nos llevan, en primer lugar, a discriminar en asuntos tales como la asignación de empleos, e influyen en la interacción social inmediata solo porque, por ejemplo, el individuo estigmatizado pudo haber intentado mantener en secreto su condición y se siente inseguro de su habilidad para hacerlo, o porque los que están presentes conocen su situación y realizan penosos esfuerzos para no mencionarla. Muchos otros estigmas se hallan entre estos dos extremos situados respecto del foco, y se los percibe como teniendo un amplio efecto inicial en numerosas áreas vitales diferentes. Por ejemplo, no solo se considera molesta la comunicación cara a cara con una persona que sufre de parálisis cerebral, sino que también puede causar la sensación de que es dudosa la efectividad de su acción en tareas solitarias.
Al hablar de la visibilidad hay que distinguirla, entonces, de otros problemas: el conocimiento del atributo, la fuerza con la que se impone y su foco de percepción. Esto deja aún sin considerar el supuesto tácito de que, de un modo u otro, el público en general estará comprometido en lo que observa. Pero, como lo veremos más adelante, también los especialistas en revelar identidades pueden estar implicados y su entrenamiento les permitirá descubrir de inmediato algo invisible para los legos. Un médico que se encuentra en la calle con un hombre que presenta manchas de un rojo apagado en la córnea y dientes mellados, está frente a alguien que exhibe manifiestamente dos de los signos de Hutchinson, y que probablemente sufra de sífilis. Sin embargo, otros observadores, médicamente ciegos, no verán nada malo en el individuo. Por consiguiente, y en términos generales, antes de hablar del grado de visibilidad hay que especificar la capacidad descodificadora de la audiencia.

14 «A Reluctant Pensioner», «Unemployed Diabetic», en Toynbee, *op. cit.*, cap. 9, págs. 132-146.

La identidad personal

Para poder considerar sistemáticamente la situación de la persona desacreditable y su problema de ocultamiento y revelación tuvimos que examinar, en primer término, el carácter de la información social y de la visibilidad. Antes de proseguir será necesario considerar extensamente otro factor más: la identificación; en sentido criminológico, no psicológico.
Hasta ahora, el análisis de la interacción social entre el estigmatizado y el normal no exigió que quienes están implicados en el contacto mixto se conozcan «personalmente» antes del comienzo de la interacción. Esto parece razonable. El manejo del estigma es un vástago de algo básico en la sociedad: la estereotipia o el «recorte» de nuestras expectativas normativas referentes a la conducta y al carácter; la estereotipia está clásicamente reservada para los parroquianos, los orientales y los automovilistas, es decir, para aquellas personas que caen dentro de categorías sumamente amplias y que pueden ser extrañas para nosotros.
Existe una noción popular según la cual, si bien los contactos impersonales entre extraños están particularmente sujetos a respuestas estereotípicas, a medida que las personas se relacionan en forma más íntima ese acercamiento categórico va retrocediendo, y gradualmente la simpatía, la comprensión y la evaluación realista de las cualidades personales ocupan su lugar.[15] Mientras que un defecto como la desfiguración facial puede alejar a un extraño, es probable que no ocurra lo mismo con los íntimos. El área de manejo de un estigma puede entonces considerarse como algo que pertenece fundamentalmente a la vida pública, al contacto entre extraños o simples conocidos, al extremo de un continuo cuyo polo opuesto es la intimidad.
Es indudable que la idea de un continuo de tales características tiene cierta validez. Se ha demostrado, por ejemplo, que además de las técnicas que utilizan para manejar a extraños, los físicamente impedidos pueden desarrollar técnicas especiales para eliminar la distancia y el cauteloso trato

15 Una presentación tradicional de este tema puede encontrarse en N. S. Shaler, *The Neighbor*, Boston: Houghton Mifflin, 1904.

inicial que son susceptibles de recibir; pueden intentar llegar a un plano más «personal» donde, de hecho, el defecto que padecen dejará de ser un factor decisivo —arduo proceso que Fred Davis llama «abrirse camino»—.[16] Además, los que poseen un estigma corporal informan que, dentro de ciertos límites, las personas normales con las que tienen un trato frecuente llegarán, con el tiempo, a sentir menos rechazo por la incapacidad, de modo que es posible esperar la formación de algo parecido a una rutina diaria de normalización. Se puede citar el ejemplo de la vida cotidiana de una persona ciega:

Actualmente hay peluquerías donde se me recibe con la misma tranquilidad de antaño, y hoteles, restaurantes y edificios públicos en los que puedo entrar sin provocar la sensación de que algo está por suceder; ahora, algunos conductores de ómnibus me dan simplemente los buenos días cuando subo con mi perro, y algunos mozos que conozco me sirven con su tradicional indiferencia. Naturalmente, hace ya mucho tiempo que el círculo inmediato de mi familia dejó de preocuparse innecesariamente por mí, y lo mismo ocurrió con mis amigos más íntimos. Hasta ese punto he abierto una grieta en la educación del mundo.[17]

Es probable que categorías enteras de estigmatizados hallen una protección semejante: los comercios que se encuentran algunas veces en las cercanías de hospitales mentales pueden convertirse en sitios en los que se toleran ampliamente las conductas psicóticas; el vecindario que rodea a algunos hospitales desarrolla una capacidad para tratar con serenidad a las personas facialmente desfiguradas que son sometidas a injertos cutáneos; los habitantes de un pueblo que tiene una escuela de adiestramiento para ciegos aprenden a observar con mirada aprobatoria a los estudiantes que sostienen el arnés atado a un instructor mientras le dirigen las voces de estímulo que suelen emplearse con los perros.[18]

A pesar de esta prueba relativa a las creencias corrientes

16 Davis, *op. cit.*, págs. 127-128.
17 Chevigny, *op. cit.*, págs. 75-76.
18 Keitlen, *op. cit.*, pág. 85.

acerca del estigma y la familiaridad, es necesario señalar que la familiaridad no siempre reduce el menosprecio.[19] Por ejemplo, las personas normales que viven cerca de colonias constituidas por grupos tribalmente estigmatizados a menudo se las arreglan, con bastante habilidad, para mantener sus prejuicios. Sin embargo, es más importante observar aquí que las diversas consecuencias de un ordenamiento completo de los supuestos virtuales referidos a un individuo están claramente presentes en nuestro trato con quienes mantuvimos una relación duradera, íntima y exclusiva. En nuestra sociedad, referirse a una mujer en tanto es esposa de alguien es colocarla en una categoría que no tiene más que un miembro; sin embargo, hay toda una categoría implicada de la cual ella es simplemente un miembro. Hay rasgos originales, imbricados históricamente, que tiñen las márgenes de nuestra relación con esta persona; a pesar de ello, existe en el centro un ordenamiento completo de las expectativas socialmente estandarizadas que tenemos respecto de su conducta y su naturaleza como modelo de la categoría «esposa»: por ejemplo, que cuidará del hogar, que agasajará a nuestros amigos y que dará a luz hijos. Será una buena o mala esposa con relación a las expectativas estandarizadas que los otros maridos de nuestro grupo tienen respecto de sus esposas. (Es indudable que resulta escandaloso hablar del matrimonio como una relación particularizada.) Por consiguiente, sea que interactuemos con extraños o con amigos íntimos, descubriremos que las huellas de la sociedad quedan claramente impresas en estos contactos, poniéndonos, aun en este caso, en el lugar que nos corresponde.

Hallaremos, sin duda, el caso de personas que, por no estar obligadas a compartir un estigma o a pasar largo tiempo prodigando cuidados y un trato cauteloso, encuentran que es más fácil aceptarlo, a diferencia de aquellas que deben tener un contacto permanente con el estigmatizado.

Cuando dejamos de considerar a las personas desacreditadas para reflexionar sobre las desacreditables, encontramos mu-

19 Una prueba de que los niños normales de un campamento de vacaciones no aceptan, con el tiempo, más fácilmente a sus compañeros físicamente incapacitados aparece en Richardson, *op. cit.*, pág. 7.

chas más pruebas de que tanto los que tienen una relación íntima con el individuo como los extraños se apartarán de él a causa de su estigma. Entre otras cosas, es precisamente a sus allegados a quienes el individuo puede querer ocultar con más celo algo vergonzoso; la situación de los homosexuales sirve de ejemplo:

Si bien es habitual que un homosexual declare que su desviación no es una enfermedad, llama la atención que, cuando decide consultar con alguien, elige casi siempre a un médico. Pero, con toda seguridad, no se trata del médico que atiende a su familia. La mayoría de los pacientes desean ardientemente ocultar a su familia su condición de homosexuales. Aun aquel cuya conducta en público es abiertamente homosexual evita con cuidado provocar sospechas dentro de su círculo familiar.[20]

Por otra parte, cuando en una familia uno de los padres puede compartir un penoso secreto relativo al otro, se considera que los niños de la casa no solo son receptáculos peligrosos de la información, sino también que enterarlos del secreto puede afectar su tierna naturaleza. El caso de padres hospitalizados por enfermedades mentales es un ejemplo:

Cuando tienen que comunicar a los niños pequeños la enfermedad del padre, casi todas las madres suelen adoptar una conducta encubridora. O bien le dicen al niño que su padre está en un hospital (sin mayores explicaciones), o que está allí porque padece una dolencia física (un dolor de muelas, un problema en las piernas, molestias estomacales o dolor de cabeza).[21]

[La mujer de un enfermo mental] «Vivía presa del terror —un genuino terror— pensando que cualquiera podía contarle la verdad a Jim (el hijo) . . . »[22]

20 G. Westwood, *A Minority*, Londres: Longmans, Green & Company, 1960, pág. 40.
21 M. R. Yarrow, J. A. Clausen y P. R. Robbins, «The Social Meaning of Mental Illness», en *Journal of Social Issues*, XI 1955, págs. 40-41. Este artículo suministra un útil y copioso material sobre el manejo del estigma.
22 *Ibid.*, pág. 34.

Se puede agregar que ciertos estigmas son tan fáciles de ocultar que cuentan muy poco en la relación del individuo con extraños o simples conocidos, en tanto que su efecto se hace sentir principalmente entre los más allegados; buenos ejemplos de esto son la frigidez, la impotencia y la esterilidad. Así, al tratar de explicar que el alcoholismo no parece ser un factor que descalifica a un hombre para contraer matrimonio, un estudioso sugiere lo siguiente:

También es posible que las circunstancias del noviazgo o las pautas sobre la bebida disminuyan hasta tal punto la visibilidad del alcoholismo que este no sea un factor que pese en la selección de la pareja. La interacción más íntima que se da en el matrimonio puede entonces poner de manifiesto el problema de una manera inconfundible para la esposa del alcohólico.[23]

Por otra parte, los íntimos pueden llegar a desempeñar un papel especial en el manejo de las situaciones sociales de la persona desacreditable, de modo que aun allí donde su estigma no influye en la aceptación que le prodigan, sí lo hace en las obligaciones que tienen con esa persona.
Por consiguiente, en lugar de pensar en un continuo de relaciones donde ubicaríamos en un extremo un tratamiento categórico y encubridor, y en el otro un tratamiento franco y adaptado a las circunstancias, será más conveniente pensar en una variedad de estructuras en las cuales los contactos se producen y se estabilizan —las calles y sus extraños, las relaciones superficiales, el lugar de trabajo, el vecindario, el ámbito doméstico—, y ver que en cada caso suelen aparecer discrepancias características entre la identidad virtual y la identidad social real, y que se realizan esfuerzos, también característicos, para manejar la situación.
Y, sin embargo, en todo el problema del manejo del estigma influye el hecho de que conozcamos o no personalmente al individuo estigmatizado. Para tratar de describir con precisión en qué consiste esa influencia es indispensable

23 E. Lemert, «The Ocurrence and Sequence of Events in the Adjustment of Families to Alcoholism», en *Quarterly Journal of Studies on Alcohol*, XXI, 1960, pág. 683.

formular claramente el concepto de *identidad personal*.[24] Es sabido que, dentro de los círculos sociales pequeños y de larga data, cada uno de los miembros llega a ser conocido por los demás como una persona «única». El término «único» está sometido a presiones provenientes de los científicos sociales noveles, que desearían darle un contenido emocional y creativo que no le hiciera correr el riesgo de ser demolido, al menos por los sociólogos; no obstante, el término en sí entraña algunas ideas de importancia.

Una idea implicada en la noción de «unicidad» es la de una «marca positiva» o «soporte de la identidad», como por ejemplo la imagen fotográfica que tienen los demás de un individuo, o el conocimiento de su ubicación especial dentro de una determinada red de parentesco. Un caso comparativo de interés es el de los tuareg del Africa occidental, entre quienes los hombres se cubren la cara dejando solo un pequeño resquicio para poder ver; aquí, evidentemente, el soporte de la identificación personal no es el rostro, sino el aspecto corporal y el estilo físico.[25] Solo una persona a la vez puede encajar dentro de la imagen que estoy examinando, y aquella que llenó los requisitos en el pasado es la misma que los llena en el presente y los llenará en el futuro. Hay que advertir que ítems tales como las impresiones digitales, que son los recursos más efectivos para diferenciar a los individuos mediante la identificación, son también ítems en función de los cuales esos mismos individuos son esencialmente similares.

24 Una distinción entre identidad personal e identidad de rol claramente presentada aparece en R. Sommer, H. Osmond y L. Pancyr, «Problems of Recognition and Identity», en *International Journal of Parapsychology*, II, 1960, págs. 99-119, donde se plantea el problema de cómo se establece o refuta una u otra. Véase también Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life, op. cit.*, pág. 60. También utilizan la idea de identidad personal C. Rolph, *Personal Identity*, Londres: Michael Joseph, 1957 y E. Schachtel, «On Alienated Concepts of Identity», en *American Journal of Psychoanalyisis*, XXI, 1961, págs. 120-121, bajo el rótulo de «identidad de papel». El concepto de identidad legal o jurídica se corresponde íntimamente con el de identidad personal salvo (como me ha informado Harvey Sacks) en ciertas situaciones, como la adopción, que permiten cambiar la identidad legal de un individuo.

25 Agradezco a Robert Murphy estos datos contenidos en un artículo no publicado: «On Social Distance and the Veil».

La segunda idea implicada en la noción de unicidad es que, si bien la mayoría de los hechos particulares relativos a un individuo también pueden aplicarse a otros, advertimos que en ninguna otra persona en el mundo se encuentran, combinados, la totalidad de los hechos que se dan en aquella que conocemos íntimamente; este es un recurso más que permite distinguirla positivamente de cualquier otra. A veces, este complejo de información está ligado con el nombre de la persona, como en el caso de un historial policial; otras, con el cuerpo, como cuando llegamos a conocer la pauta de conducta de alguien cuya cara conocemos pero cuyo nombre ignoramos; muchas veces, la información está ligada con ambas cosas, con el nombre y con el cuerpo.

Según una tercera idea, lo que distingue a un individuo de todos los demás es la esencia de su ser, un aspecto general y central de su persona que lo hace enteramente diferente —y no solo en cuanto a su identificación— de quienes más se le asemejan.

Entiendo por *identidad personal* solamente las dos primeras ideas: las marcas positivas o soportes de la identidad, y la combinación única de los ítems de la historia vital, adherida al individuo por medio de esos soportes de su identidad. La identidad personal se relaciona, entonces, con el supuesto de que el individuo puede diferenciarse de todos los demás, y que alrededor de este medio de diferenciación se adhieren y entrelazan, como en los copos de azúcar, los hechos sociales de una única historia continua, que se convertirá luego en la melosa sustancia a la cual pueden adherirse aún otros hechos biográficos. Lo que resulta difícil apreciar es que la identidad personal puede desempeñar, y de hecho desempeña, un rol estructurado, rutinario y estandarizado en la organización social, precisamente a causa de su unicidad.

Si se toma como punto de referencia no un grupo pequeño, sino una extensa organización impersonal, como por ejemplo el gobierno de un estado, se puede observar claramente cómo funciona el proceso de la identificación personal. En la actualidad ya es una costumbre organizativa estandarizada registrar en forma oficial los elementos que sirven para identificar positivamente a cada una de las personas, es decir, que se utiliza un conjunto de marcas que diferencian a

quien las posee de todas las demás. Como ya se sugirió, la elección de la marca está, en sí, bastante estandarizada: atributos biológicos inmodificables, tales como la escritura o la apariencia atestiguada fotográficamente; ítems que se registran en forma permanente, como, por ejemplo, la partida de nacimiento, el nombre y el número de cédula. En los últimos tiempos, el uso del análisis de las computadoras permitió progresar experimentalmente al utilizar las cualidades del lenguaje y de la escritura como soportes de la identidad, explotando, de ese modo, un aspecto de la conducta de expresividad secundaria, a la manera de los especialistas en «autentificación» de cuadros. Más aún, en Estados Unidos, el Acta de Seguridad Social de 1935 garantiza prácticamente a todos los empleados un número de registro único, al cual se puede agregar una historia laboral completa, un esquema de identificación que ya lleva producidas considerables penalidades entre nuestras clases criminales. De todos modos, una vez que se cuenta con un soporte de la identidad se le puede añadir el material accesible; de esta manera, se va creando un historial que, por lo general, está contenido y archivado en hojas de papel manila. Se supone que el estado fomentará la identificación personal de los ciudadanos, así como el perfeccionamiento de los recursos destinados a que las personas autorizadas tengan un acceso más rápido a la historia de un individuo determinado; y que esta incluya la mayor cantidad posible de hechos sociales relativos a ese individuo, como, por ejemplo, los recibos del pago de dividendos.

Existe un interés popular bastante grande por los esfuerzos que realizan las personas acosadas para adquirir una identidad personal «distinta», o para desembarazarse de la que les pertenecía originalmente; tales, por ejemplo, los intentos de marcar con cicatrices la yema de los dedos o de destruir las partidas de nacimiento. En los casos corrientes se trata, por lo general, de cambiar el nombre propio, pues de todos los soportes de la identidad parece ser el que se emplea con mayor frecuencia y, al mismo tiempo, el que en cierto modo es el más fácil de alterar. La vía autorizada y deseable desde el punto de vista legal para cambiar de nombre es el empleo de un acta documentada, que queda archivada en un legajo público. De esta manera, se mantiene una continuidad única a pesar de la aparente diversidad.[26] Es el caso, por ejemplo, de la mujer que cambia de apellido al casarse. En el mundo del espectáculo es habitual que un actor cambie su nombre, pero también aquí es posible tener acceso al registro donde está consignado su nombre verdadero, que incluso puede ser ampliamente conocido, como ocurre en el caso de autores que utilizan un seudónimo. Entre las prostitutas, los criminales y los revolucionarios, el cambio de nombre no es registrado oficialmente, ya que no se trata de segregaciones «legítimas». Otro caso es el de las órdenes de religiosos católicos. Siempre que una ocupación lleve implícito un cambio de nombre, registrado o no, podemos estar seguros de que existe una importante fractura entre el individuo y su mundo anterior.

Es necesario señalar que algunos cambios de nombre, tales como los empleados por los desertores del servicio militar y los huéspedes de los moteles, se orientan específicamente hacia los aspectos legales de la identificación personal, mientras que otros tipos de cambio, tales como los que se realizan por razones étnicas, se orientan hacia el problema de la identidad personal. Hartman señala que cierto tipo de artistas se caracteriza por encontrarse en ambas situaciones:

> La corista corriente cambia de nombre casi con la misma frecuencia que de peinado para estar a tono con la popularidad teatral vigente, las supersticiones del mundo del espectáculo o, a veces, para evitar el pago de impuestos.[27]

Debo agregar que los criminales profesionales emplean dos tipos especiales de nombres falsos: los alias, utilizados solo transitoriamente —aunque en muchos casos vuelven a recurrir a ellos para evitar la identificación personal—, y los «apodos», o sea, los sobrenombres que les asigna la comunidad criminal y conservan toda la vida, que son para uso exclusivo de los miembros de la comunidad o de los «sabios». En consecuencia, un nombre es un medio muy habitual, pero no demasiado seguro, de determinar la identidad. Cuando

26 Véase Rolph, *Personal Identity, op. cit.*, págs. 14-16.
27 A. Hartman, «Criminal Aliases: A Psychological Study», en *Journal of Psychology*, XXXII, 1951, pág. 53.

un tribunal de justicia se encuentra frente a una persona que, por muchos motivos, disfraza su identidad, es lógico que busque otras marcas positivas. Se puede citar el ejemplo inglés:

(...) en los tribunales de justicia, la identidad personal se prueba no por la referencia a los nombres, ni siquiera por el testimonio directo, sino «presuntivamente» por la evidencia de semejanzas y diferencias en las características personales.[28]

Tenemos que volver a considerar ahora la cuestión de la información social. Los signos corporizados a los que nos hemos referido anteriormente, ya sean de prestigio o de estigma, pertenecen a la identidad social. Es evidente que todo esto debe distinguirse de la *documentación* que los individuos llevan consigo con el objeto de establecer su identidad personal. Estos documentos han llegado a tener un uso muy difundido en Gran Bretaña y en Estados Unidos, tanto en el caso de nativos como en el de extranjeros. Se consideran necesarias las tarjetas de empadronamiento y permisos para manejar automóviles (en los cuales figuran las impresiones digitales, la firma y, muchas veces, una fotografía).[29] Junto con estos elementos de identificación, el individuo puede llevar documentos que consignen su edad (en el caso de jóvenes que deseen frecuentar lugares de juego o locales donde se sirven bebidas alcohólicas), una licencia para emplearse en actividades protegidas o peligrosas, un permiso para estar fuera del cuartel, etcétera. Muchas veces, a esta información se le añaden retratos familiares, pruebas de haber cumplido el servicio militar, e incluso copias fotostáticas de certificados escolares. Ultimamente también apareció un documento que informa sobre el estado de salud del portador; las autoridades abogan por su utilización general:

28 Rolph, *Personal Identity*, *op. cit.*, pág. 18.
29 En Gran Bretaña, actualmente, excepto los extranjeros y los conductores de automóviles, los ciudadanos no están obligados a llevar documentos de identidad; asimismo, en determinadas circunstancias, pueden negarse a revelar su identidad a los policías. Véase *ibid.*, págs. 12-13.

El Ministerio de Salud Pública está considerando la utilización de tarjetas de identidad médica. Se recomienda a la población llevarla siempre consigo.
En la tarjeta se consignarán datos tales como vacunaciones, grupo sanguíneo del portador y enfermedades que, como la hemofilia, deben ser tenidas en cuenta en caso de accidente.
Uno de los objetivos es facilitar un tratamiento rápido en una emergencia, y evitar los peligros de inyectar a las personas vacunas a las cuales pueden ser alérgicas.[30]

Además, cada vez parece ser mayor el número de establecimientos que exigen que sus empleados lleven a la vista la tarjeta de identificación laboral con una fotografía o, en caso contrario, que la tengan siempre a mano.
Estos diversos recursos de identificación se caracterizan, como es natural, por evitar cualquier inocente equivocación o ambigüedad, transformando lo que sería simplemente una utilización dudosa de símbolos de información social en falsificaciones evidentes o posesiones ilegales; por consiguiente, el término documento de identidad sería más exacto que símbolo de identidad. (Compárese, por ejemplo, la relativa indefinición de los fundamentos para señalar la identidad del judío por medio de su aspecto, sus gestos y su voz).[31]
Incidentalmente, esta documentación y los hechos sociales ligados a ella se presentan a menudo solo en situaciones especiales, y ante quienes están particularmente autorizados para controlar una identidad, a diferencia de los símbolos de prestigio y de estigma, que están al alcance del público en general.
Puesto que a menudo la información sobre la identidad personal puede ser estrictamente documentada, es posible recurrir a ella para protegerse contra falsificaciones potenciales de la identidad social. Así, se puede exigir que el personal del ejército lleve documentos de identidad que convaliden su uniforme y su insignia, potencialmente falsos. La tarjeta de identificación personal del estudiante garantiza

30 Aparecido en *The San Francisco Chronicle* el 14 de abril de 1963 y atribuido a *The London Times*.
31 L. Savitz y R. Tomasson, «The Identifiability of Jews», en *American Journal of Sociology*, LXIV, págs. 468-475.

al bibliotecario que este tiene el derecho de tomar en préstamo libros de la biblioteca y de entrar en los salones de lectura, así como su licencia de conductor atestigua que tiene la edad legal para consumir bebidas alcohólicas en establecimientos comerciales. Asimismo, las tarjetas de crédito certifican superficialmente la identidad personal, lo que permite decidir en qué caso se debe otorgar o rechazar un pedido de crédito, pero atestiguan además que el individuo pertenece a una categoría social que garantiza el otorgamiento de dicho crédito. Un hombre demuestra que es el doctor Hiram Smith para probar que es médico, pero quizá rara vez dé pruebas de que es médico para demostrar que es Hiram Smith. Análogamente, individuos excluidos de determinados hoteles por su origen étnico pueden haber sido étnicamente identificados por sus nombres, de manera que aquí también se explota un ítem de la biografía personal por razones categóricas.

Por lo tanto, en general, la biografía vinculada con la identidad documentada establece limitaciones definidas en la forma que un individuo elige para presentarse; esta circunstancia puede ser ejemplificada por la situación de algunos ex enfermos mentales ingleses a quienes no se admite como aspirantes a tareas ordinarias en la Bolsa de Trabajo porque sus tarjetas de Seguridad Nacional tienen espacios sin sellar.[32] Puede agregarse que el acto mismo de ocultar la identidad personal tiene implicancias con respecto a la categoría social: los anteojos para sol que emplean las personas famosas para ocultar su identidad personal revelan probablemente, o así lo hicieron durante un tiempo, una categorización social de alguien que desea pasar inadvertido, y que, de otro modo, sería reconocido.

Una vez percibida la diferencia entre símbolos sociales y documentos de identidad podemos pasar a examinar la posición especial de los enunciados orales, que atestiguan, no solo expresiva sino también lingüísticamente, la identidad social y personal. Cuando un individuo carece de la documentación suficiente para obtener un puesto que desea, puede intentar reemplazarla por alegatos orales. Los grupos y

32 E. Mills, *Living with Mental Illness: A Study in East London*, Londres: Routledge & Kegan Paul Ltd., 1962, pág. 112.

las sociedades se diferencian, desde luego, por el monto de información sobre la identidad que consideran necesario en situaciones sociales aproximadamente equivalentes. Por eso, un escritor hindú señala:

En nuestra sociedad, un hombre es lo que su designación indica, razón por la cual somos muy puntillosos al otorgársela. En Delhi he visto que, en algunas reuniones, ciertas personas agregan ellas mismas su título cuando el encargado de presentarlas omite hacerlo. Un día, en la casa de un diplomático extranjero en Delhi, me presentaron a un hombre joven sin mencionar su posición oficial. De inmediato me saludó y agregó: «Del Ministerio X. Y usted, ¿a qué Departamento pertenece?». Cuando le respondí que a ninguno pareció sorprenderse tanto del hecho de que hubiera sido invitado a esa reunión como de que no tuviera ningún título.[33]

La biografía

Ya sea que el desarrollo de la biografía vital de un individuo viva en la mente de sus allegados o en los archivos de personal de una organización, o que lleve personalmente la documentación sobre su identidad personal o la guarde en sobres, ese individuo es una entidad alrededor de la cual es posible estructurar una historia: hay un cuaderno que lo está esperando listo para ser llenado. Se convierte indefectiblemente en objeto de una biografía.[34]

Mientras los científicos sociales utilizaron la biografía, especialmente bajo la forma de una historia del recorrido vital, se prestó escasa atención a las propiedades generales de ese concepto, excepto para advertir que las biografías están expuestas, en gran medida, a una construcción retrospectiva. El rol social, en tanto concepto y elemento formal de la

33 C. Chaudhuri, *A Passage to England*, Londres: Macmillan & Company, 1959, pág. 92.

34 Agradezco a Harold Garfinkel el haberme señalado el término «biografía» tal como se utiliza en este libro.

organización social, ha sido objeto de profundos exámenes, pero la biografía no corrió la misma suerte.

El primer punto a considerar acerca de las biografías es la costumbre de dar por supuesto que el individuo puede tener realmente solo una, hecho garantizado por las leyes de la física antes que por las de la sociedad. Se entiende que todo lo que un individuo ha hecho y puede, en realidad, hacer es incluible dentro de su biografía, como lo ejemplifican los temas relativos a Jekyll y Hyde, aun cuando tengamos que contratar a un especialista en biografías, a un detective privado, para completar los hechos que ignoramos o conectar los que nos resultan novedosos. Por muy canalla que sea un hombre, por muy falsa, clandestina, disociada y gobernada por pasiones, caprichos y contramarchas que sea su existencia, los hechos verdaderos de su actividad no pueden ser contradictorios ni inconexos entre sí. Hay que advertir que esta unicidad totalizadora de la línea vital está en marcado contraste con la multiplicidad de yoes que se descubren en el individuo cuando se lo observa desde la perspectiva del rol social, donde —si maneja adecuadamente la segregación de la audiencia y del rol— puede sustentar con bastante habilidad yoes diferentes, y, hasta cierto punto, pretender que ya no es más algo que ha sido.

Una vez presentados estos supuestos sobre la naturaleza de la identidad personal surge un factor que será de interés para este informe: el grado de «conexión informativa». Dados los hechos sociales importantes de la vida de un individuo —la clase de hechos que se reseña en sus exequias—, ¿cuál es el grado de proximidad o de alejamiento que existe entre dos hechos cualesquiera, medible por la frecuencia con la cual aquellos que conocen uno de ellos pueden conocer también el otro? En términos más generales, dado el cuerpo de hechos sociales importantes relativos a un individuo, ¿en qué medida quienes conocen algunos de ellos conocen muchos?

Las tergiversaciones sociales deben ser distinguidas de las tergiversaciones personales: un comerciante de clase media alta que se aleja un fin de semana de su lugar d. trabajo, vestido con ropas «de baja categoría», y elige para ello un lugar de veraneo barato, se presenta falsamente a sí mismo en sentido social; cuando se inscribe en un motel

con el nombre de Smith lo hace en sentido individual. Además, sea que se comprometa la identidad social o la personal, se puede distinguir la representación que tiene por objeto probar que uno es lo que no es, de la que tiene por objeto demostrar que uno no es lo que es.

En general, como se señaló anteriormente, las normas relativas a la identidad social pertenecen a las clases de repertorio de rol o perfiles que, según creemos, puede sustentar cualquier individuo; se trata de la «personalidad social», como solía decir Lloyd Warner.[35] No esperamos que un estafador sea una mujer ni un especialista en lenguas clásicas, pero no nos sorprende ni nos molesta el hecho de que sea un obrero italiano o un negro de clase urbana. Las normas relativas a la identidad *personal* no pertenecen, sin embargo, a la esfera de combinaciones lícitas de los atributos sociales, sino más bien al tipo de control de información que el individuo puede ejercer apropiadamente. Para el individuo, haber tenido lo que se denomina un pasado sombrío es un problema relativo a su identidad social; el modo como maneja la información relacionada con ese pasado es una cuestión de identificación personal. La posesión de un pasado extraño (no extraño en sí, por supuesto, sino extraño para alguien que pertenece a la identidad social presente del individuo) es una especie de incongruencia; para el poseedor, vivir hasta el fin de sus días junto a personas que ignoran su pasado y que carecen en ese sentido de toda información directa es una incongruencia de índole muy distinta: la primera se vincula con nuestras propias reglas relativas a la identidad social, la segunda, con las que se refieren a la identidad personal.

Aparentemente, en la actualidad, en los círculos de clase media, cuanto más se desvía un individuo en una dirección indeseable, y más se aleja de lo que se esperaba de él, tanto más está obligado a suministrar voluntariamente información sobre sí mismo, aun cuando el precio que debe pagar por su sinceridad aumente en forma proporcional. (Por otra parte, el ocultamiento de algo relativo a su persona que

[35] W. L. Warner, «The Society, the Individual, and His Mental Disorder, en *American Journal of Psychiatry*, XCIV, 1937, págs. 278-279.

mación. Los que no saben son aquellos para quienes el individuo es totalmente extraño, alguien de quien no han iniciado una biografía personal.

El individuo conocido por otros puede o no saber que lo conocen; los otros, a su vez, pueden estar enterados o no de que el individuo sabe o ignora que lo conocen. Además, aun cuando crea que los demás no saben nada de él, no puede nunca estar totalmente seguro de ello. Por otra parte, si sabe que los demás lo conocen deberá, al menos en cierta medida, conocerlos; pero, si ignora que lo conocen, puede o no conocerlos con relación a otros aspectos.

Dejando a un lado *cuánto* es lo que se sabe o lo que se ignora, todo esto tiene importancia, puesto que en un individuo el problema del manejo de su identidad personal y social variará considerablemente según el conocimiento o desconocimiento que de él tienen los presentes, y, en tal caso, según su propio conocimiento o desconocimiento de este hecho.

Cuando el individuo se halla entre personas para quienes resulta totalmente extraño, significativo solo en función de su identidad social inmediatamente aparente, la mayor eventualidad que deberá enfrentar se relaciona con el hecho de que esas personas comiencen o no a elaborar su identificación personal (por lo menos, un recuerdo de haberlo visto en el contexto actuando de una manera particular), o que se abstengan por completo de organizar y acumular lo que saben de él alrededor de una identificación personal; esto último es característico de la situación enteramente anónima. Hay que advertir que, aun cuando las calles de las grandes ciudades ofrecen situaciones anónimas para los que se comportan correctamente, este anonimato es biográfico; es difícil encontrar algo así como el anonimato completo aplicable a la identidad social. Se puede añadir que toda vez que un individuo ingresa a una organización o a una comunidad se produce un cambio notable en la estructura del conocimiento que se tiene de él —en su distribución y en su carácter— y, en consecuencia, un cambio en las eventualidades del control de la información.[40] Por ejemplo, todo

40 Para un estudio de un caso en el control de la información sobre el yo, véase J. Henry, «The Formal Structure of a Psychiatric Hospital», en *Psychiatry*, XVII, 1954, págs. 139-152, esp. 149-150.

ex enfermo mental enfrentará el hecho de tener que saludar socialmente, fuera del hospital, a quienes conoció durante su internación, dando pie a que un tercero le pregunte: «¿Quién era ese?». Más importante aún es, quizás, enfrentar su desconocimiento de lo que los demás conocen de él, o sea, encontrarse con personas que lo pueden identificar personalmente y que, sin que él lo sepa, están enteradas de que él es «verdaderamente» un ex enfermo mental.

Utilizaré el término *reconocimiento cognoscitivo* para referirme al acto perceptual de «ubicar» a un individuo, en tanto poseedor de una identidad social o personal particular. El reconocimiento de identidades sociales es la conocida función que, como porteros, cumplen muchos servidores. Menos conocido resulta el hecho de que en ciertas organizaciones el reconocimiento de identidades personales es una función formal. En los bancos, por ejemplo, se espera que los cobradores adquieran esa clase de capacidad con respecto a los clientes. En los círculos criminales ingleses existe, aparentemente, un individuo llamado «el hombre de la esquina», cuya tarea consiste en elegir un puesto en la calle próximo a la entrada de un comercio ilegal, y que, por conocer la identidad personal de casi todas las personas que pasan, puede advertir la presencia de algún sospechoso.[41]

Dentro del círculo de personas que poseen información biográfica sobre un individuo —aquellos que saben cosas acerca de él— encontraremos un círculo más reducido, constituido por quienes mantienen con él un vínculo «social», ya sea superficial o íntimo, y que lo consideran o no su igual. Decimos que no solo tienen vagas «referencias» del individuo, o que lo conocen «de oídas», sino que también lo conocen «personalmente». Tendrán el derecho y la obligación de intercambiar con él un apretón de manos, un saludo o una conversación cuando participen de una misma situación social: esto es lo que constituye el *reconocimiento social*. Desde luego, habrá ocasiones en las que un individuo extenderá el reconocimiento social a alguien que no conoce personalmente o que, a la inversa, lo recibirá de él. De todos mo-

41 En J. Phelan, *The Underworld*, Londres: George G. Harrap & Company, 1953, cap. 16, págs. 175-186, se puede hallar una descripción de las funciones del «hombre de la esquina».

dos, debe quedar claro que el reconocimiento cognoscitivo es simplemente un acto de percepción, mientras que el reconocimiento social es el papel asignado a un individuo en una ceremonia de comunicación.

La relación social o el conocimiento personal son necesariamente recíprocos, aunque, claro está, es posible que una de las dos personas —o incluso ambas— olvide momentáneamente que se conocen, así como ser consciente de ese conocimiento pero haber olvidado, por un lapso, casi todo lo que se refiere a la identidad personal de la otra.[42]

En el caso de un individuo que lleva una existencia propia de un ámbito rural, ya sea en un pueblo o en una ciudad, serán muy pocas las personas que tan solo lo conocen «de oídas»; es probable que aquellos que están enterados de su existencia también lo conozcan personalmente. Por el contrario, con el término «fama» nos referimos más bien a la posibilidad de que el círculo de personas que está enterado de la existencia de un individuo determinado —en especial si este está relacionado con un logro o una posesión sumamente deseables— alcance vastas proporciones, y que, al mismo tiempo, sea mucho más extenso que el círculo de los que lo conocen personalmente.

El trato concedido a un individuo sobre la base de su identidad social se otorga frecuentemente a una persona famosa con más condescendencia e indulgencia a causa de su identidad personal. Al igual que el habitante de un pueblo chico, comprará siempre en los lugares donde lo conocen. El simple hecho de que personas extrañas lo reconozcan cognoscitivamente en sitios públicos puede ser también un motivo de satisfacción, tal como lo señala un joven actor:

Cuando mi nombre había comenzado a adquirir cierta notoriedad, y yo pasaba por algún momento de depresión, me decía a mí mismo: «Bueno, creo que lo mejor será ir a dar una vuelta y que me reconozcan».[43]

42 Más observaciones sobre las relaciones y tipos de reconocimiento se pueden encontrar en E. Goffman, *Behavior in Public Places*, Nueva York: Free Press of Glencoe, 1963, cap. 7, págs. 112-123.
43 Anthony Perkins, en L. Ross, «The Player-III», en *The New Yorker*, 4 de noviembre de 1961, pág. 88.

Es posible que esta clase de aplauso secundario y accidental explique por qué se busca la fama; también sugiere por qué, una vez lograda, a menudo se la oculta. El problema no consiste únicamente en la molestia que significa el ser perseguido por periodistas, cazadores de autógrafos y mirones, sino también en el hecho de que son cada vez más numerosos los actos que se asimilan a la biografía como acontecimientos dignos de atención. Para una persona famosa, «retirarse» a un sitio donde pueda «ser ella misma» significa, quizás, el hallazgo de una comunidad que desconoce su biografía; allí, su conducta, reflejada simplemente en su identidad social, puede no ser de interés para nadie. Inversamente, uno de los aspectos del estar «adentro» es actuar de una manera destinada a controlar las repercusiones de esa conducta en la biografía, pero haciéndolo en lo que son, por lo general, áreas de la vida no creadoras de biografía.

En la vida cotidiana de una persona común habrá largos períodos en los cuales protagonizará acontecimientos que no tienen interés para nadie, y que constituyen una parte técnica, aunque no activa, de su biografía. Durante estos períodos muertos, solo un accidente personal grave o el haber sido testigo de un crimen constituirán momentos dignos de figurar en las reseñas que el o los demás hagan de su pasado. (Una «coartada» es, en realidad, un trozo de biografía que, por lo general, de ninguna manera hubiera llegado a ser parte de la biografía activa de una persona.)

Por otro lado, las personas célebres, cuyas biografías han sido extensamente documentadas, y especialmente los miembros de la realeza, que en este sentido tienen un destino prefijado desde su nacimiento, descubrirán que a lo largo de su vida se les ha permitido experimentar pocos períodos muertos, es decir, inactivos, desde el punto de vista biográfico.

Al tiempo que consideramos la fama puede ser útil y conveniente reflexionar sobre la mala reputación o infamia que surge cuando hay un círculo de personas que tienen mal concepto de un individuo sin conocerlo personalmente. La función evidente de la mala reputación es el control social, del cual hay que señalar dos posibilidades distintas.

El control social formal es la primera. Existen funcionarios, y grupos de funcionarios, ocupados en estudiar distintas

clases de público, en busca de individuos identificables, cuyos antecedentes y reputación los convirtieron en sospechosos, e incluso en «buscados» por la justicia. Durante un estudio en un hospital psiquiátrico, por ejemplo, conocí a un paciente que estaba en libertad «bajo palabra», y entre cuyos antecedentes figuraba el de haber vejado a muchachas muy jóvenes. Toda vez que entraba en algún cine del lugar, el dueño lo detectaba y lo obligaba a retirarse. Tenía, en síntesis, una reputación demasiado mala como para ir a los cines de la localidad. Los rufianes muy conocidos tienen el mismo problema, pero de mayor magnitud que el que pueden causarles los dueños de los cines.

Es aquí donde se encuentran nuevos ejemplos de la ocupación, que consiste en hacer identificaciones personales. Los superintendentes de tiendas, por ejemplo, poseen a veces extensos informes sobre la apariencia de los rateros profesionales, junto con ese soporte de la identidad llamado *modus operandi*. De hecho, la revelación de la identificación personal puede tener una oportunidad social propia, como en el caso de las inspecciones policiales. Al describir la mezcla social de prisioneros y visitas de una cárcel londinense, Dickens suministra otro ejemplo, que se denomina «posando para el retrato», por el cual se obligaba a un nuevo presidiario a sentarse en una silla mientras los guardias se reunían y lo observaban para fijar en sus mentes la imagen del reo y poder después identificarlo.[44]

Los funcionarios cuya tarea consiste en controlar la posible presencia de personas de dudosa reputación pueden operar entre el público en general, en lugar de hacerlo en establecimientos sociales particulares, como es el caso de los detectives policiales repartidos por toda la ciudad, pero sin constituir, ellos mismos, parte de ese público. Esto nos lleva, por consiguiente, a considerar un segundo tipo de control social basado en la mala reputación, pero que tiene esta vez características informales e incluye al público en general; de este modo, tanto el que tiene mala reputación como el que no, se encuentran en una situación bastante parecida. Es posible que el círculo formado por quienes conocen a un individuo (pero que no son conocidos por él) incluya

44 *Pickwick Papers*, vol. III, cap. 2.

el público en general, y no solo a quienes se ocupan de hacer identificaciones. (De hecho, los términos «buena» y «mala fama» implican que la masa de los ciudadanos debe poseer una imagen del individuo.) Es indudable que los medios de comunicación de masas desempeñan aquí un papel fundamental haciendo posible que una persona «privada» se convierta en una figura «pública».

Ahora bien, parecería que la imagen pública de un individuo, es decir, la imagen que tienen de él quienes no lo conocen personalmente, será, sin lugar a dudas, algo distinta de la imagen que proyecta en sus contactos directos con quienes lo conocen personalmente. La imagen pública de un individuo parecería estar constituida por una reducida selección de acontecimientos verdaderos que se inflan hasta adquirir una apariencia dramática y llamativa, y que se utilizan entonces como descripción completa de su persona. Puede aparecer, por consiguiente, un tipo especial de estigmatización. Las demandas virtuales (favorables o desfavorables) creadas por esta imagen pública pueden empequeñecer y deteriorar la imagen que el individuo presenta en su vida diaria ante las personas con quienes tiene un contacto habitual. Esto parece ocurrir especialmente cuando el individuo deja de estar implicado en acontecimientos de gran trascendencia, y debe enfrentar, dondequiera que vaya, la situación de ser recibido como alguien que ya no es más lo que en algún momento fue; también suele ocurrir cuando la notoriedad se alcanza debido a un acontecimiento fugaz, accidental y atípico que expone al individuo a una identificación pública pero sin darle ningún derecho que compense los atributos deseados.[45]

Lo que se deduce de estos comentarios es que el famoso y el infame poseen más aspectos en común que los que cualquiera de ellos tienen con esos individuos que los mayordomos o los periodistas especializados en chismografía llaman «don nadie», ya que cuando una multitud desea mostrar amor u odio por una persona puede producirse una des-

45 Para la ley, los esfuerzos de un individuo por seguir siendo un ciudadano privado o por recuperar ese status ha llegado a formar parte del problema de la intimidad. Una reseña útil se puede encontrar en M. Ernst y A. Schwartz, *Privacy: The Right to Be Let Alone*, Nueva York: The Macmillan Company, 1962.

organización semejante en sus acciones habituales. (La falta de anonimato de esta contrasta con la que se basa en la identidad social, como en el caso en que un individuo con una deformidad física siente que lo observan constantemente.) Los verdugos infames y los actores famosos descubrieron la conveniencia de subir a un tren en una estación no prevista o de usar un disfraz;[46] hay individuos que para escapar de la atención pública hostil pueden incluso llegar a utilizar las mismas artimañas que usaban al comienzo de su historia para huir de la atención adulatoria. De todos modos, las biografías y autobiografías de personas famosas e infames suministran información fácilmente accesible sobre el manejo de la identidad personal.

Por consiguiente, se puede considerar que un individuo es el punto central en una distribución de personas que lo conocen «de oídas» o personalmente, y que poseen, en este sentido, un caudal de información algo diferente. Permítaseme repetir que, aun cuando el diario trajinar ponga rutinariamente al individuo en contacto con personas que lo conocen de manera diferente, esas diferencias no serán, por lo general, incompatibles; en realidad, se establecerá una suerte de estructura biográfica única. La relación de un hombre con su jefe y con su hijo puede ser muy diferente, de modo que mientras desempeña su papel de padre no puede desempeñar fácilmente su papel de empleado, pero si, caminando con su hijo, encuentra a su patrón, es posible que intercambien un saludo y una presentación sin que el hijo o el patrón reorganicen radicalmente su identificación personal del hombre —a pesar de conocer ambos la existencia y el rol del otro—. La arraigada costumbre de la «presentación de cortesía» supone, en realidad, que la persona con la cual tenemos una relación de rol tiene en forma adecuada otros tipos de relaciones con otros tipos de gente. Doy por sentado, pues, que los contactos aparentemente casuales de la vida cotidiana pueden, sin embargo, constituir una especie de estructura, que limita al individuo a una sola biografía a pesar de la multiplicidad de yoes permitidos por la segregación de audiencia y rol.

46 Ver J. Atholl, *op. cit.*, cap. 5, «The Public and the Press». Sobre los esfuerzos de personas famosas para evitar contactos véase J. Bainbridge, *Garbo*, Nueva York: Dell, 1961, en especial págs. 205-206. Sobre una técnica en boga —el uso de pelucas por estrellas de cine que tienen su propio cabello— véase L. Lieber, «Hollywood's Going Wig Wacky, en *This Week*, 18 de febrero de 1962.

El encubrimiento

Es evidente que si todos ignoran la existencia de un mal estigmatizante, incluyendo al individuo que lo posee, como en el caso de una lepra no diagnosticada o de ataques de *petit mal* no reconocidos, el sociólogo no se interesará por él, excepto en tanto recurso de control para el aprendizaje de las consecuencias «primarias»[47] u objetivas del estigma. Cuando el estigma es sutilmente invisible y conocido solo por la persona que lo posee, la cual mantiene el secreto ante los demás, el hecho presenta un interés secundario para el estudio del encubrimiento. El grado en que se dan estas dos dos posibilidades es, desde luego, difícil de determinar.

Análogamente, si todas y cada una de las personas con las que el individuo tiene contacto tuvieran siempre una percepción inmediata del estigma, es evidente que su estudio presentaría también un atractivo limitado, aunque revistiera cierto interés analizar los problemas relativos al grado de aislamiento que puede permitirse un individuo —y aun así funcionar libremente en sociedad—, a la conducta discreta y cautelosa, y su fracaso, y al autodesprecio.

Es evidente, sin embargo, que estos dos extremos —el conocimiento o la ignorancia totales del estigma— no abarcan un gran número de casos. En primer lugar, existen estigmas importantes, tales como la prostitución, el robo, la homosexualidad, la mendicidad y la adicción a las drogas, que el individuo debe ocultar cuidadosamente ante determinada clase de personas —la policía—, y exponer en forma sistemática ante otras: clientes, cómplices, enlaces, compradores de objetos robados.[48] Así, cualquiera que sea el rol que los vagabundos adopten en presencia de la policía, a me-

47 En el sentido introducido por Lemert, *Social Pathology*, *op. cit.*, pág. 75 y siguientes.

48 Ver T. Hirshi, «The Professional Prostitute», en *Berkeley Journal of Sociology*, VII, 1962, pág. 36.

nudo deben revelar su condición a las amas de casa, con el fin de obtener una comida gratis; gracias a ello serán reconocidos aun por los transeúntes, ya que se les sirve en las puertas traseras lo que ellos, con gran perspicacia, llaman «comidas de exhibición».[49]

En segundo lugar, aun en el caso de que un individuo pudiera mantener en secreto un estigma no manifiesto descubrirá que las relaciones íntimas con los demás, ratificadas en nuestra sociedad por la confesión mutua de defectos invisibles, lo llevan a confesar su situación a los más allegados o a sentirse culpable si no lo hace. De todos modos, casi todos los asuntos sumamente secretos son conocidos por alguien y pueden, por lo tanto, arrojar sombras sobre el individuo.

Análogamente, hay muchos casos en los que el estigma tendría que percibirse con claridad en todo momento, y no es eso precisamente lo que ocurre; si hacemos un examen hallamos que, en ciertas ocasiones, el individuo tendrá que optar por ocultar información decisiva sobre su persona. Por ejemplo, mientras a un muchacho rengo puede parecerle que se presenta siempre como tal, los extraños pueden suponer al principio que ha sufrido un accidente que lo incapacitó temporariamente;[50] una persona ciega que sube a un taxi oscuro puede descubrir que, por un momento, el conductor le ha atribuido la capacidad de ver,[51] o un recién llegado a un bar con poca iluminación puede tomar por vidente a un ciego que está allí y usa anteojos oscuros;[52] un amputado cuyas manos fueron reemplazadas por garfios, que está viendo una película, puede dar lugar a que la mujer sexualmente audaz sentada a su lado grite aterrorizada por lo que su mano encontró de repente.[53] De igual manera, los negros de piel muy oscura que nunca han pasado inadvertidos públicamente pueden encontrarse, sin

49 E. Kane, «The Jargon of the Underworld», en *Dialect Notes*, V 1927, pág. 445.
50 F. Davis, «Polio in the Family: A Study in Crisis and Family Process», tesis del Doctorado en Filosofía, Universidad de Chicago, 1958, pág. 236.
51 Davis, «Deviance Disavowal», en *op. cit.*, pág. 124.
52 S. Rigman, *Second Sight*, Nueva York: David McKay, 1959, pág. 101.
53 Russell, *op. cit.*, pág. 124.

embargo, con que por carta o por teléfono proyectan una imagen del yo sujeta a un descrédito posterior.

Dadas estas diversas posibilidades entre los extremos de un secreto o de una información completos, parecería que los problemas de quienes hacen un esfuerzo organizado y conjunto por pasar inadvertidos son los mismos que una gran cantidad de personas enfrentan en uno u otro momento. Ya que el hecho de ser considerado normal trae grandes gratificaciones, casi todas las personas que tienen algo que encubrir intentarán hacerlo en alguna ocasión. Además, el estigma del individuo puede estar relacionado con cuestiones que no es conveniente divulgar ante extraños. Un ex presidiario, por ejemplo, solo puede revelar ampliamente su estigma jactándose en forma indebida ante simples conocidos, comunicándoles hechos personales que van más allá de lo que la relación realmente justifica. El conflicto entre la sinceridad y el decoro se resolverá, muchas veces, en favor del último. Por fin, cuando el estigma se relaciona con partes del cuerpo que aun los normales deben ocultar en público, el encubrimiento, deseado o no, es inevitable. Una mujer que sufrió una mastectomía o un delincuente sexual noruego a quien se le impuso la pena de castración, están obligados a presentarse falsamente en casi todas las situaciones, callando sus secretos no convencionales porque los demás ocultan los convencionales.

Una vez logrado el encubrimiento, puede ser motivo de un descrédito aquello que en el individuo se vuelve manifiesto, incluso para quienes lo identifican socialmente a partir tan solo de lo que es perceptible para cualquier extraño que participa de la situación social. (Surge así una variedad de lo que se denomina «un incidente embarazoso».) Sin embargo, esta clase de amenaza a la identidad social virtual no es, por cierto, la única. Dejando a un lado el hecho de que las acciones habituales de un individuo pueden desacreditar sus pretensiones habituales, una eventualidad básica del encubrimiento consiste en ser descubierto por aquellos que pueden identificarlo personalmente, y que incluyen entre sus antecedentes biográficos hechos no manifiestos, incompatibles con sus pretensiones actuales. Es entonces cuando, incidentalmente, la identificación personal se relaciona de modo estrecho con la identidad social.

Este es, por supuesto, el fundamento de las diversas variedades de chantaje. Tenemos la «intriga», que consiste en manejar con astucia un acontecimiento actual para usarlo, poco después, como base del chantaje. (La intriga debe distinguirse de la «celada», arte practicado por los detectives para obligar a los criminales a revelar sus prácticas delictivas habituales y, con ello, su identidad criminal.) Hay un «prechantaje», en el cual se obliga a la víctima a continuar en un determinado curso de acción bajo la amenaza, por parte del chantajista, de que cualquier cambio lo llevará a revelar los hechos, con lo cual el cambio se vuelve imposible. W. I. Thomas cita el caso real de un policía que obliga a una prostituta a permanecer en su lucrativo oficio, desacreditando sistemáticamente sus intentos de obtener un empleo como muchacha de buena reputación.[54] Existe el «chantaje de autoconservación», tal vez el más importante, en el cual el chantajista intenta o logra efectivamente eludir el pago de una sanción merecida, porque obligarlo a ello tendría como resultado el descrédito del acreedor.

La «presunción de inocencia hasta que se demuestre la culpabilidad» brinda una protección mucho menor a la madre soltera que al padre no casado. La culpa de la madre se evidencia por su perfil protuberante, hecho difícil de ocultar. El padre no exhibe signos exteriores, y su rol accesorio debe ser probado. Pero para proporcionar una prueba de tal naturaleza, cuando el estado no asume la iniciativa de establecer la paternidad, la madre soltera debe revelar su identidad y su desliz sexual ante una audiencia numerosa. Su resistencia a hacerlo lleva a que su cómplice masculino mantenga fácilmente su anonimato y su pretendida inocencia, si así lo desea.[55]

Por último, tenemos el chantaje clásico o «puro», en el cual el chantajista obtiene los pagos con la amenaza de revelar hechos referidos al pasado o al presente del individuo, que

54 *The Unadjusted Girl*, Boston: Little, Brown & Company, 1923, págs. 144-145.
55 E. Clark, *Unmarried Mothers*, Nueva York: Free Press of Glencoe, 1961, pág. 4.

desacreditarían por completo la identidad que sustenta actualmente. Se puede señalar que todo chantaje puro incluye la variedad que llamamos de «autoconservación», pues además de obtener lo que se propuso, el chantajista afortunado también se libra del castigo impuesto a su actividad. Desde un punto de vista sociológico, el chantaje en sí puede no ser muy importante;[56] más importante es considerar las clases de relaciones que puede tener un individuo con aquellos que, si así lo desean, podrían chantajearlo. Es precisamente aquí donde observamos que una persona que intenta pasar inadvertida lleva una doble vida, y que la ilación informativa de la biografía deja lugar para diferentes modos de doble vida.

Cuando el acontecimiento que lo desacredita se produjo en el pasado, lo que más preocupa al individuo no son las fuentes originales de pruebas e información, sino las personas que pueden retransmitir lo que ya recogieron. Cuando el hecho que desacredita es parte de la vida actual, entonces tendrá que precaverse contra algo más que la información transmitida; tendrá que cuidarse de no ser atrapado con las manos en la masa, tal como es señalado, en su relato, por una prostituta:

Era posible exponerse sin peligro de arresto, pero la situación no dejaba de ser igualmente embarazosa. «Cuando voy a una fiesta siempre echo una ojeada por la habitación —decía la muchacha—. Nunca se sabe. Una vez me topé con dos de mis primos. Estaban con dos prostitutas, y ni siquiera me saludaron. Me di por enterada, deseando que estuvieran demasiado ocupados como para reparar en mí. Siempre me pregunto qué haría en caso de tropezarme con mi padre, ya que acostumbra rondar por esos lugares».[57]

56 Dada la abundancia de cosas que la gente oculta avergonzada, sorprende que el chantaje pleno no sea más frecuente. Como la sanción legal es, por supuesto, severa, el sistema no tiene muchos competidores; sin embargo, hay que explicar por qué la sanción es tan severa. Tal vez lo excepcional del acto y el enérgico castigo que se le impone sean, ambos, expresiones del disgusto que sentimos por el trabajo que nos obliga a enfrentar a los otros, contra su voluntad, con hechos que los desacreditan enormemente, y porque ese conocimiento ejerce luego presión contra sus intereses.
57 Stearn, *Sisters of the Night*, *op. cit.*, págs. 96-97.

Si hay algo que resulta desacreditable en el pasado o en el presente del individuo, la precariedad de su posición parece variar directamente con la cantidad de personas que están en el secreto; cuanto más numerosos sean los que conocen ese lado oscuro, tanto más traicionera resultará su situación. De ahí que para un cobrador de banco sea más seguro, ciertamente, pasar el rato con una amiga de su mujer que ir a las carreras de caballos.

Ya sea que el secreto esté compartido por muchos o por pocos, hay allí una doble vida simple, que abarca a quienes piensan que conocen íntegramente al hombre y a quienes «realmente» lo conocen. Esta posibilidad debe contraponerse a la situación del individuo que lleva una doble vida doble, moviéndose en dos círculos, cada uno de los cuales desconoce la existencia del otro y posee su propia biografía del individuo. Un hombre complicado en un amorío, conocido quizá por un reducido número de personas, que pueden incluso estar vinculadas con la pareja ilícita, lleva una doble vida simple. Sin embargo, si la pareja empieza a hacerse de amigos que ignoran que, en realidad, ellos no son una pareja, comienza a surgir una doble vida doble. El peligro del primer tipo de doble vida es el chantaje o la revelación maliciosa; en el segundo, tal vez el mayor peligro sea la revelación accidental, ya que ninguno de los que conocen a la pareja sabrá mantener un secreto que ignoran como tal.

Hasta aquí consideré una existencia sin discontinuidades, amenazada por el conocimiento que otros tienen del pasado o de puntos oscuros del presente de un individuo. Ahora trataremos otra perspectiva de la doble vida.

Cuando un individuo abandona una comunidad después de residir en ella varios años, deja tras de sí una identificación personal, muchas veces junto con una acabada biografía que incluye supuestos referidos a cómo «terminará sus días». En su comunidad actual, el individuo también dará lugar a que los demás compongan una biografía, un retrato potencialmente completo, que incluye una versión de la clase de persona que fue en otro tiempo y del medio del cual proviene. Es evidente que pueden aparecer discrepancias entre estas dos series de conocimientos, ya que se desarrolla algo así como una doble biografía compuesta por quienes lo

conocieron y quienes lo acaban de conocer, cada uno de los cuales piensa conocer al hombre en su totalidad.

A menudo, el individuo salva esta discontinuidad biográfica suministrando una información exacta y adecuada sobre su pasado a los que componen su mundo actual, y actualizando, por medio de noticias y chismes referentes a su persona, las biografías que de él tienen los que pertenecen a su pasado. La superación de esta discontinuidad se simplifica cuando el individuo se ha convertido en alguien que no desacredita su vida anterior, y cuando su pasado no desacredita demasiado su vida actual, situación que, por supuesto, se da en la mayoría de los casos. En síntesis, en su biografía habrá discontinuidades que no serán desacreditadoras.

Ahora bien, mientras los estudiosos han prestado suficiente atención a los efectos que un pasado censurable produce en el presente de un individuo, no se han ocupado en igual medida de los efectos que un presente censurable origina en los primeros biógrafos. No se ha apreciado adecuadamente la importancia que tiene para un individuo que aquellos con quienes ya no vive conserven un buen recuerdo de él, aun cuando este hecho encaja sutilmente en lo que se denomina «teoría del grupo de referencia». El caso clásico es el de la prostituta que, a pesar de su adaptación al medio urbano y a los contactos que rutinariamente tiene en él, teme «toparse» con un hombre de su pueblo natal, quien, desde luego, estará en condiciones de percibir sus actuales atributos sociales y de transmitirlos a su regreso al hogar.[58] En este caso, el secreto de la prostituta es coextenso con su «radio de acción».

58 Véase, por ejemplo, *Street-Walker*, Nueva York: Dell, 1961, págs. 194-196. Aunque existe gran cantidad de literatura novelesca, e incluso historias de casos sobre las prostitutas, es muy escaso el material referente a los gigolós. (Pero véase, por ejemplo, C. MacInnes, *Mr. Love and Justice*, Londres: The New English Library, 1962, y J. Murtagh y S. Harris, *Cast the First Stone*, Nueva York: Pocket Books, 1958, caps. 8 y 9.) Es de lamentar, ya que, quizá, no haya otra ocupación masculina sobre la cual sus miembros sean tan esquivos. La rutina diaria del gigoló debe estar plagada de evasivas encubridoras aún no historiadas. Además, es sumamente difícil y exige mucha cautela poder decirle con franqueza al gigoló en qué consiste su ocupación. He aquí una buena oportunidad, entonces, para reunir material sobre la situación tanto del desacreditado como del desacreditable.

Esta relación sentimental con quienes ya no mantenemos un contacto efectivo impone uno de los castigos merecidos por adoptar una ocupación inmoral, ilustrado por Park al observar que son los holgazanes, y no los banqueros, quienes se niegan a que se publique su retrato en el periódico, pudor que se explica por el miedo a ser reconocido por alguien del lugar natal.

En la literatura existen algunas indicaciones referentes a un ciclo natural de encubrimiento.[59] El ciclo puede comenzar con un encubrimiento inconsciente, que el interesado puede no descubrir jamás; de allí se pasa a un encubrimiento involuntario, que el sujeto advierte, con sorpresa, en la mitad del proceso; luego, al encubrimiento «en broma»; al encubrimiento durante momentos no rutinarios de la vida social, tales como las vacaciones y los viajes; al encubrimiento en circunstancias rutinarias de la vida cotidiana, como en el trabajo o en instituciones públicas; por último, la «desaparición» —encubrimiento completo que abarca todas las áreas de vida; el secreto es conocido únicamente por la persona que lo oculta—.

Se puede señalar que, cuando se procura un encubrimiento relativamente total, el individuo organiza, a veces en forma consciente, su propio *rite de passage*: va a otra ciudad, se refugia en una habitación durante algunos días, con ropas y afeites seleccionados previamente, y después, como una mariposa, emerge para probar sus flamantes alas.[60] En cualquiera de las fases puede producirse, desde luego, una ruptura del ciclo y una vuelta al redil.

Si bien es cierto que aún no podemos hablar de dicho ciclo con toda seguridad y, si es necesario, sugerir que ciertos atributos desacreditables impiden el desarrollo de sus fases finales, al menos se pueden buscar diversos puntos de estabilidad en la penetración del encubrimiento; es posible observar, por cierto, que el grado de encubrimiento puede

59 Véase H. Cayton y S. Drake, «A Rose by Any Other Name», en *Black Metropolis*, Londres: Jonathan Cape, 1946, págs. 159-171. Agradezco a Gary Marx los datos provenientes de un artículo inédito.
60 Para el negro que se hace pasar por blanco, véase R. Lee, *I passed for White*, Nueva York: David McKay, 1955, págs. 89-92; para el blanco que se hace pasar por negro, J. H. Griffin, *Black Like Me*, Boston: Houghton Mifflin, 1960, págs. 6-13.

variar de momentáneo e involuntario hasta el tipo clásico de encubrimiento total y deliberado.

Más atrás se señalaron dos fases en el proceso de aprendizaje de la persona estigmatizada: conocer el punto de vista de los normales y saber que, según esto, está descalificado. Es probable que la fase siguiente consista en aprender a enfrentar el modo en que los demás tratan a la clase de persona que él puede demostrar ser. Peró ahora me interesa una fase todavía posterior: aprender a encubrirse. Cuando una diferencia es relativamente imperceptible, el individuo debe aprender que, en realidad, puede confiar en el secreto. El punto de vista de sus observadores tiene que ser registrado cuidadosamente, pero no sustentado con una ansiedad mayor que la de los mismos observadores. Si bien es cierto que empieza con la sensación de que los demás conocen todo lo relativo a su persona, elabora, a menudo, una apreciación realista de que no es así. Por ejemplo, ciertos informes señalan que los fumadores de marihuana aprenden lentamente que, en presencia de quienes los conocen bien, pueden actuar bajo los efectos de la droga sin que los demás adviertan nada raro, aprendizaje que aparentemente ayuda a transformar en adicto a un fumador ocasional.[61] Del mismo modo, existen informes sobre muchachas que, apenas pierden su virginidad, se examinan frente al espejo para descubrir señales exteriores de su estigma, y solo se convencen lentamente de que su apariencia actual no se diferencia de la que tenían antes.[62] Se puede citar un ejemplo paralelo de un hombre después de su primera experiencia homosexual manifiesta:

«¿Le trajo [su primera experiencia homosexual] algún trastorno posteriormente?», le pregunté.

«¡Oh, no! Lo único que me preocupaba es que alguien se enterara. Sentía miedo de lo que pudieran decir mi madre y mi padre al verme. Pero actuaron como de costumbre y empecé a sentirme confiado y seguro nuevamente.»[63]

61 H. Becker, «Marihuana Use and Social Control», en *Social Problems*, III, 1955, pág. 40.
62 H. M. Hughes, ed., *The Fantastic Lodge*, Boston: Houghton Mifflin, 1961, pág. 40.
63 Stearn, *The Sixth Man*, *op. cit.*, pág. 150.

Se puede indicar que, debido a la identidad social, el individuo que tiene una diferencia secreta se encontrará, durante la rutina diaria y semanal, en tres clases posibles de lugares. Habrá algunos prohibidos o inaccesibles, en los que el tipo de persona al que pertenece el individuo no puede entrar, y en los cuales la exposición significa expulsión, eventualidad con frecuencia tan desagradable para ambas partes que se establece a veces una cooperación tácita para evitarla: el intruso lleva un ligero disfraz y el que tiene derecho a estar presente lo acepta, aunque ambos estén enterados de la intromisión. Hay lugares donde esta clase de personas, una vez identificadas como tales, son tratadas cortés y a veces penosamente, como si no estuvieran descalificadas para la aceptación rutinaria, cuando, de hecho, en cierta medida lo están. Finalmente, hay lugares de retiro donde tales personas pueden exponerse y no necesitan ocultar su estigma ni preocuparse mayormente por restarle importancia.

En ciertos casos, esa libertad proviene del hecho de que se encuentra en la compañía de quienes tienen un estigma igual o parecido. Se dice, por ejemplo, que los carnavales suministran a los empleados físicamente disminuidos un mundo en el cual su estigma apenas constituye un problema.[64] En otros casos, el lugar de retiro puede ser el resultado involuntario de haber agrupado de manera administrativa a los individuos, contra sus deseos y sobre la base de un estigma compartido. Sea que el individuo ingrese voluntaria o involuntariamente al lugar de retiro, es posible que ese sitio le proporcione una atmósfera con sabor especial. Allí se sentirá cómodo entre sus compañeros, y descubrirá que personas conocidas, a quienes no consideraba sus iguales, en realidad lo son. Sin embargo, tal como lo señala la cita siguiente, correrá el riesgo de ser fácilmente desacreditado si penetra en dicho lugar una persona normal que ha conocido en otra parte.

El tribunal, considerándolo deficiente mental, envió al hospital [para retardados mentales] a un muchacho de 17 años

64 H. Viscardi (h.), *A Laughter in the Lonely Night*, Nueva York: Paul S. Eriksson, Inc., 1961, pág. 309.

de origen mexicano-norteamericano. El rechazó violentamente esta definición, sosteniendo que era injusta y que deseaba ir a un centro más «respetable» de delincuentes juveniles. Un domingo a la mañana, pocos días después de su llegada al hospital, fue llevado a la iglesia junto con otros pacientes. Por una circunstancia desgraciada, su novia estaba de visita en el hospital con una amiga cuyo hermano menor estaba internado allí, y caminaba en dirección a él. Cuando la vio, ella aún no había advertido su presencia, y el muchacho deseó que no lo hiciera. Dio media vuelta y se alejó corriendo a toda velocidad, hasta que los empleados le dieron alcance pensando que había enloquecido. Al interrogárselo sobre su conducta, explicó que su novia no sabía que estaba «en ese lugar para imbéciles» y que no podía soportar la humillación de que lo viera como paciente del hospital.[65]

La ronda de una prostituta constituye para ella una amenaza semejante:

«Al visitar las callejuelas de Hyde Park experimenté este aspecto de esta situación social [afirma una investigadora social]. Las veredas desiertas y la intención aparente de las mujeres que por allí caminaban no solo eran suficientes para anunciar mi propósito al público, sino que me obligaron también a darme cuenta de que esa zona estaba reservada a las prostitutas; era un lugar delimitado para ellas y que prestaba su estilo a cualquiera que decidiera entrar allí (...)»[66]

Esta división del mundo del individuo en lugares prohibidos, «corteses» y de retiro establece el precio que se paga por la revelación o por el ocultamiento, y el significado de que el estigma sea conocido o no, cualesquiera que sean las estrategias elegidas para informar.

La identidad personal y la social dividen espacialmente el mundo del individuo. Hay sitios donde este es conocido personalmente, ya sea por algunos de los presentes o por el

65 Edgerton y Sabagh, *op. cit.*, pág. 267.
66 Rolph, *Women of the Streets*, *op. cit.*, págs. 56-57.

individuo encargado del área (mozos, *maître*, tabernero, etc.); tanto unos como otros aseguran que su presencia en el lugar puede ser demostrada más tarde. En segundo término, hay sitios donde el estigmatizado no corre peligro de «toparse» con alguien que lo conozca personalmente, y —exceptuando las contingencias especiales que enfrentan los que tienen fama, buena o mala, a quienes muchos conocen «de oídas», pero no personalmente— puede permanecer en el anonimato, sin llamar la atención de nadie. Hasta qué punto resulta perturbador para su identidad personal encontrarse en un lugar donde, por casualidad, se lo conoce personalmente es un problema que varía, desde ya, según las circunstancias y la persona «con» la que interactúe. Dado que el mundo espacial del individuo se divide en regiones diferentes, de acuerdo con las contingencias contenidas en ellas, para el manejo de la identidad social y la personal consideraremos algunos de los problemas y consecuencias del encubrimiento. Esta consideración coincidirá en parte con la sabiduría popular; los relatos admonitorios sobre las contingencias del encubrimiento son parte de la moraleja dirigida a mantener a la gente en su lugar.

Aquel que se encubre tiene necesidades no previstas que lo obligan a suministrar una información que lo desacredita; tal el caso de la esposa de un enfermo mental que trata de cobrar el seguro por desempleo de su marido, o el de un homosexual «casado» que intenta asegurar su casa, y debe explicar su peculiar elección de beneficiario.[67] También siente que «se hunde» cada vez más, es decir, que se ve obligado a elaborar una mentira tras otra para evitar una revelación dada.[68] Sus técnicas adaptativas pueden, a su vez, herir los sentimientos ajenos y originar malos entendidos.[69] El esfuerzo que realiza para ocultar algunas incapacidades puede llevarlo a poner de manifiesto otras o a dar la impresión de hacerlo: descuido, en el caso de una

67 Señalado por Evelyn Hooker en una conversación.
68 Con respecto al ocultamiento de la internación de la esposa en un hospital psiquiátrico véase Yarrow, Clausen y Robbins, *op. cit.*, pág. 42.
69 Sobre la torpeza y la insolencia involuntarias del sordo véase R. G. Barker y colab., *Adjustment to Physical Handicap and Illness*, Nueva York: Social Science Research Council, Bulletin Nº 55, corregido, 1953, págs. 193-194.

persona casi ciega que finge ver, cuando tropieza con un banquillo o derrama la bebida sobre su camisa; distracción, terquedad, torpeza o frialdad, cuando una persona con dificultades auditivas deja de responder a una observación emitida por alguien que ignora su deficiencia; somnolencia, cuando un maestro percibe como «ausencia» momentánea un ataque epiléptico de *petit mal* en un alumno;[70] ebriedad, en el caso de un hombre afectado de parálisis cerebral que descubre que su manera de andar se interpreta siempre erróneamente.[71] Además, el individuo que se encubre tiene una gran receptividad para captar lo que los demás piensan «en realidad» de los que son como él, sea que ignoren que están en contacto con alguien así, o que inicien la relación sin saberlo y luego cambien en forma violenta de rumbo. El problema de no saber hasta qué punto se difundió la información se presenta toda vez que el patrón o el maestro están rigurosamente al tanto de su estigma, pero los otros no. Como ya se indicó, las personas que conocen su secreto y que no tienen buenas razones para guardar silencio pueden someterlo a diferentes clases de chantajes.

También puede sufrir la experiencia clásica y fundamental de tener que exponerse durante la interacción cara a cara y ser traicionado por los presentes, diversas circunstancias impersonales o la debilidad misma que trata de ocultar. La situación del tartamudo es un ejemplo:

> Nosotros, los tartamudos, hablamos solo cuando es necesario. Muchas veces ocultamos tan bien nuestro defecto que los íntimos se sorprenden cuando, en un momento de descuido, la lengua se nos enreda en una palabra y hablamos bruscamente, gritamos, gesticulamos y nos atoramos hasta que, por fin, el espasmo culmina y abrimos los ojos para observar el desastre.[72]

El epiléptico sujeto a accesos de *grand mal* proporciona un caso todavía más extremo: cuando recobra la conciencia, com-

70 S. Livingston, *Living with Epileptic Seizures*, Springfield: Charles C. Thomas, 1963, pág. 32.
71 Henrich y Kriegel, *op. cit.*, pág. 101; véase también pág. 157.
72 C. van Riper, *Do You Stutter?*, Nueva York: Harper & Row, 1939, pág. 601, en Von Hentig, *op. cit.*, pág. 100.

prueba que ha estado tirado en la vía pública, con incontinencia, gemidos y sacudidas convulsivas —un descrédito para la cordura, que se ve mitigado solo levemente por su falta de conciencia durante parte del episodio—.[73] Debo agregar que cada grupo de estigmatizados parece contar con su propia batería de relatos admonitorios relativos a situaciones embarazosas, y que la mayor parte de los miembros puede suministrar ejemplos de sus propias experiencias.
Por último, la persona que se encubre advierte que puede ser forzada a declarar públicamente su secreto ante quienes acaban de conocerlo y están por enfrentarla con su mentira. Esta posibilidad puede estar, incluso, instituida formalmente, como en las audiencias de un pleito por salud mental y en la siguiente:

Doreen, una chica de Mayfair, señala que las presentaciones ante la corte son «la peor parte de todo [por ejemplo, la prostitución]. Cuando se pasa esa puerta, todo el mundo está esperando y observa. Jamás levanto la cabeza ni miro para los costados. En seguida, ellos dicen esas horribles palabras: "Tratándose de una vulgar prostituta . . .", y una se siente muy mal, ignorando todo el tiempo quién la está observando desde la parte de atrás de la corte. Digo "culpable" y salgo lo más rápidamente posible».[74]

La presencia de compañeros de infortunio (o del «sabio») introduce una serie especial de contingencias relativas al encubrimiento, ya que las mismas técnicas utilizadas para disimular los estigmas pueden revelar la verdad a alguien familiarizado con las mañas del oficio; y, como lo supone el estigmatizado, basta una sola persona (o su círculo más allegado) para ser reconocido como tal:

«¿Por qué no prueba con un quiropráctico?», me preguntó [una mujer a quien conocí accidentalmente], mientras masticaba su chuleta, sin advertir que estaba a punto de arruinar mi mundo. «El doctor Fletcher me dijo que está curando de la sordera a uno de sus pacientes».
Mi corazón, aterrorizado, dio un golpe contra mis costillas. ¿Qué me quería decir?
«Mi padre es sordo —agregó—. Puedo distinguir a una persona sorda en cualquier parte. Esa voz tan suave que usted tiene. Y esa costumbre de dejar arrastrar sus frases sin terminarlas. Mi padre siempre lo hace».[75]

Estas eventualidades contribuyen a explicar la ya mencionada ambivalencia que puede sentir el individuo cuando debe enfrentarse con los que son como él. Según lo señala Wright,

(. . .) una persona que desea ocultar su incapacidad advertirá en otra los rasgos reveladores de una deficiencia. Además, es probable que se sienta agraviada por esos rasgos que denuncian la existencia de la incapacidad, pues no solo desea ocultar su defecto, sino que los demás también oculten los suyos. Es por eso que la persona que tiene dificultades para oír, y hace todo lo posible para disimularlo, se siente fastidiada ante la anciana que ahueca la mano detrás de la oreja. La ostentación de la incapacidad es vivida como amenaza porque moviliza la culpa de haber desdeñado su propia pertenencia al grupo, así como también la posibilidad de su propio desenmascaramiento. Puede preferir descubrir subrepticiamente el secreto de la otra persona, y mantener un acuerdo de caballeros en el sentido de que ambos desempeñarán sus roles fingidos, antes que el otro desafíe su simulación confiándole su propio secreto.[76]

El control de la información sobre la identidad tiene un valor especial en las relaciones. Para vincularse, las personas necesitan estar juntas durante un tiempo, y cuanto mayor sea el tiempo que un individuo pasa con otra persona, mayores serán las oportunidades de la segunda de adquirir la información que desacredita al primero. Por otra parte, como ya se señaló, toda relación obliga a las personas

73 Livingston, *op. cit.*, págs. 30 y siguientes.
74 Rolph, *Women of the Streets*, *op. cit.*, pág. 24. Para un planteo general véase H. Garfinkel, «Conditions of Successful Degradation Ceremonies», en *American Journal of Sociology*, LXI, 1956, págs. 420-424.

75 F. Warfield, *Cotton in My Ears*, Nueva York, The Viking Press, 1948, pág. 44, en Wright, *op. cit.*, pág. 215.
76 Wright, *op. cit.*, pág. 41.

implicadas a intercambiar una adecuada cantidad de hechos íntimos sobre sí mismos como prueba de confianza y de compromiso mutuos. Las relaciones más allegadas al individuo, anteriores al ocultamiento de algo por parte de este, se vuelven comprometidas, automáticamente carentes de información compartida. Es probable que las relaciones más recientes, o «posteriores al estigma», lleven a que la persona desacreditable sienta como algo honroso el haberles ocultado los hechos. Y, en ciertos casos, hasta las relaciones más fugaces pueden constituir un peligro, ya que la charla intrascendente, adecuada entre extraños que han iniciado una conversación, puede tocar secretos fracasos, como en el caso de la esposa de un hombre impotente que debe responder preguntas relativas al número de hijos y, en caso de no tenerlos, por qué.[77]

El fenómeno del encubrimiento plantea siempre el problema del estado psíquico del que se encubre. En primer lugar, se supone que al llevar una vida que se puede derrumbar en cualquier momento, debe pagar, necesariamente, un precio psicológico elevado: un enorme nivel de ansiedad. Las palabras de la esposa de un enfermo mental servirán de ejemplo:

(...) suponga que cuando George salga todo marche bien y a alguien se le ocurra decírselo en la cara. Sería el desastre total. Vivo en el terror.[78]

Pienso que un estudio profundo de las personas que se encubren mostraría que esa ansiedad no está presente siempre y que, en ese caso, nuestras concepciones tradicionales sobre la naturaleza humana pueden ser altamente engañosas. En segundo lugar, se supone a menudo, y con pruebas de ello, que aquel que encubre su identidad es solicitado por dos adhesiones. Se siente algo ajeno a su nuevo «grupo», ya que posiblemente no puede identificarse en forma total con las actitudes que ellos tienen hacia los que son como él.[79] Y es probable que se sienta desleal y despreciable

77 «Vera Vaughan», en Toynbee, *op. cit.*, pág. 126.
78 Yarrow, Clausen y Robbins, *op. cit.*, pág. 34.
79 Riesman, *op. cit.*, pág. 114.

cuando no puede responder a las observaciones «ofensivas» hechas por los miembros de la categoría a la que ingresa contra los de la categoría a la que pertenecía, en especial cuando él mismo piensa que es peligroso no adherirse a esa difamación. Así lo sugieren las personas desacreditables:

Cuando se burlaban de los homosexuales tenía que reírme con los demás, y cuando la charla giraba alrededor de las mujeres debía inventar mis propias conquistas. En esos momentos me odiaba a mí mismo, pero, aparentemente, no podía hacer otra cosa. Toda mi vida se convirtió en una mentira.[80]

El tono de voz que a veces usaban [los amigos] para referirse a las solteronas me estremecía, porque sentía que los engañaba: tenía el status aparente de mujer casada, pero mi estado verdadero era aquel que la gente casada miraba con desdén. También me sentía, en cierta manera, poco honesta con mis amigas solteras, que no hablaban de estos asuntos pero me miraban con envidia y curiosidad por haber tenido una experiencia, que, en realidad, no me había resultado placentera.[81]

En tercer lugar, se da por supuesto, y es aparentemente correcto, que la persona que se encubre prestará atención a aspectos de la situación social que otros abordan sin un cuidado o un cálculo especial. Aquello que para los normales son actos rutinarios puede convertirse en problemas de manejo para los desacreditables.[82] No siempre es posible manejar estos problemas con la experiencia anterior, pues en todo momento aparecen nuevas eventualidades, que vuelven inadecuados los recursos de ocultamiento previos. La persona que tiene un defecto oculto debe, pues, estar atenta a la situación social examinando todas las posibilidades, razón por la cual es posible que se sienta ajena al mundo más simple en el que parecen vivir aquellos que la rodean. Lo que para ellos es el fondo, para él es la forma. Un hombre joven próximo a la ceguera proporciona un ejemplo:

80 Wildeblood, *op. cit.*, pág. 32.
81 «Vera Vaughan», en Toynbee, *op. cit.*, pág. 122.
82 Aquí, nuevamente, estoy en deuda con Harold Garfinkel.

Me ingenié para que Mary no advirtiera mi enfermedad durante dos docenas de refrescos y tres películas. Usaba cuanta treta había aprendido. Todas las mañanas prestaba una atención especial al color de su vestido, y luego mantenía mis ojos, mis oídos y mi sexto sentido alertas ante cualquiera que pudiera ser Mary. No corría ningún riesgo. Si no estaba seguro, saludaba con familiaridad a toda persona que se acercaba. Probablemente pensaban que estaba loco, pero no me importaba. Siempre la tomaba de la mano cuando íbamos o volvíamos del cine por la noche, y ella me guiaba sin saberlo; de ese modo, no tenía que tantear el borde de la acera y los escalones.[83]

Un muchacho con una «constricción» que le impide orinar en presencia de otros, deseando mantener su diferencia en secreto, descubre que tiene que planificar y ser prudente en algo que los demás muchachos llevan a cabo con absoluta naturalidad:

Cuando a la edad de diez años ingresé en el internado, surgieron nuevas dificultades y tuve que buscar nuevos recursos para enfrentarlas. En términos generales, no era cuestión de orinar cuando deseaba, sino cuando podía. Consideraba necesario ocultar al resto de los muchachos mi incapacidad, pues lo peor que puede pasarle a un chico en la escuela es tener alguna clase de «diferencia»; por eso, iba con ellos a los baños de la escuela, aunque nada ocurría salvo el aumento de mi envidia ante la libertad de mis compañeros para actuar con naturalidad e incluso desafiarse unos a otros para ver quién llegaba más alto en la pared. (Me hubiera gustado competir con ellos, pero si alguno me desafiaba yo siempre «acababa de terminar».) Utilizaba diversas estratagemas. Una de ellas consistía en pedir permiso durante la clase cuando los baños estaban desiertos. Otra era permanecer despierto durante la noche y usar el recipiente que estaba debajo de la cama cuando el resto de los ocupantes del dormitorio dormían, o, al menos, cuando estaba oscuro y no podían verme.[84]

83 Criddle, *op. cit.*, pág. 79.
84 «N. O. Goe», en Toynbee, *op. cit.*, pág. 150.

Análogamente, nos enteramos de la constante cautela de los tartamudos:

Tenemos muchas tretas ingeniosas para disimular o minimizar nuestros defectos. Nos mantenemos alertas frente a las palabras y los sonidos «Jonás», así llamados porque son funestos, y envidiamos la facilidad de la ballena para expulsarlos. Cuando podemos, esquivamos las palabras «Jonás», sustituyéndolas por palabras inocuas o modificando apresuradamente nuestro pensamiento, hasta que la continuidad de nuestro discurso se vuelve más intrincada que un plato de tallarines.[85]

Y de la esposa de un enfermo mental:

Muchas veces el encubrimiento es difícil de manejar. Así, para evitar que los vecinos sepan en qué hospital está su marido (les dijo que estaba internado por ciertos síntomas de cáncer), la señora G debe correr hacia su departamento para retirar la correspondencia antes de que ellos se la recojan, como acostumbran hacer. Tuvo que dejar de desayunar en el bar con las mujeres de los departamentos vecinos para evitar sus preguntas. Antes de dejar entrar visitas en su casa, debe esconder cualquier material que identifique al hospital, etcétera.[86]

Y de un homosexual:

La tensión que me provocaba engañar a mi familia y a mis amigos se volvió a menudo intolerable. Era necesario que controlara todas mis palabras y todos mis gestos, por temor a traicionarme.[87]

Los colostomizados practican un control semejante:

Jamás voy a un cine del vecindario. En caso de ir elijo alguno grande, como el Radio City, donde hay muchas bu-

85 Riper, *op. cit.*, pág. 60, en Von Hentig, *op. cit.*, pág. 100.
86 Yarrow, Clausen y Robbins, *op. cit.*, pág. 42.
87 Wildeblood, *op. cit.*, pág. 32.

tacas, y puedo escoger las del final, para correr al baño si tengo gases.[88]
Cuando viajo en ómnibus selecciono mi asiento por si acaso. Me siento al final o cerca de la puerta.[89]

Todo esto puede requerir una especial regulación del tiempo. Así, existe la costumbre de «vivir atados a una cuerda» —el síndrome de Cenicienta—, por la cual la persona desacreditable permanece cerca del sitio donde puede retocar su disfraz, o dejar de usarlo momentáneamente; se aleja de ese «taller de reparaciones» solo lo suficiente como para poder regresar sin perder el control de la información referida a su persona:

Puesto que la irrigación constituye la defensa primaria contra una pérdida del control, y al mismo tiempo una actividad reparadora de gran significado emocional, con frecuencia los pacientes colostomizados programan viajes y contactos sociales en función del tiempo y eficacia de la irrigación. Por lo general, los viajes se limitan a la distancia que puede recorrerse en el intervalo comprendido entre las irrigaciones que se practican en el hogar, y los contactos sociales a los períodos comprendidos entre las irrigaciones que permiten la máxima protección contra la pérdida del control o los gases. Por consiguiente, se considera que los pacientes viven «atados a una cuerda», cuya extensión es solo la del intervalo de tiempo entre las irrigaciones.[90]

Tenemos que considerar un último problema. Como ya se señaló, un niño con un estigma puede encubrirse de un modo especial. Los padres, conociendo la condición estigmática de su hijo, pueden encapsularlo dentro de la aceptación doméstica y mantenerlo en la ignorancia de aquello en lo que indefectiblemente se convertirá. Cuando se aventura fuera de los límites del hogar, lo hace, por lo tanto, como alguien que se encubre de modo inconsciente, al menos hasta donde su estigma no es inmediatamente detectable. En ese momento sus padres enfrentan un conflicto

88 Orbach y colab., *op. cit.*, pág. 164.
89 *Ibid.*
90 Orbach y colab., *op. cit.*, pág. 159.

básico relativo al manejo de la información, y recurren a veces a los médicos en busca de estrategias.[91] Si el niño recibe información al llegar a la edad escolar, es probable que no se encuentre aún, desde el punto de vista psicológico, en condiciones de soportar la revelación, y que, además, exponga en forma indiscreta ese hecho ante quienes no necesitan conocerlo. Por otra parte, si se lo mantiene durante demasiado tiempo en la ignorancia, no estará preparado para lo que pueda sucederle, y, además, se expone a recibir la información de extraños, a quienes no les importa disponer del tiempo y las providencias necesarias para presentar los hechos de una manera constructiva y esperanzada.

Las técnicas de control de la información

Se ha señalado que la identidad social de un individuo divide su mundo de personas y de lugares, y que, aunque de modo diferente, también lo hace su identidad personal. Son estos los marcos de referencia que deben aplicarse al estudiar la rutina diaria de una persona estigmatizada, en particular mientras va o viene de su lugar de trabajo, de residencia, de consumo, de recreación. La rutina diaria es aquí un concepto clave, porque es ella la que vincula al individuo con sus diversas situaciones sociales. Y estudiamos la rutina diaria teniendo presente una perspectiva especial: si el individuo es una persona desacreditada buscamos el ciclo habitual de restricciones que enfrenta respecto a la aceptación social; si es desacreditable, las contingencias que arrostra para manejar la información sobre sí mismo. Por ejemplo, un individuo con una deformidad facial esperará, tal como se señaló, dejar de ser poco a poco una sorpresa estremecedora para los que viven en su vecindad, y obtener en ella una pequeña medida de aceptación; al mismo tiempo, las prendas usadas para disimular parte de su defor-

91 Para la interpretación de un médico acerca de la epilepsia infantil como problema en el control de la información véase Levingston, «Should Epilepsy Be Publicized, en *op. cit.*, págs. 201-210.

midad tendrán menos efecto allí que en otros sitios de la ciudad donde no se lo conoce y, por lo tanto, no se lo trata tan bien.
Podemos considerar ahora algunas de las técnicas corrientes que el individuo que posee un defecto secreto emplea para manejar la información decisiva sobre sí mismo.
Una estrategia consiste, obviamente, en ocultar o borrar signos que han llegado a ser símbolos de estigma. El cambio de nombre es un ejemplo conocido.[92] Los drogadictos proporcionan otro:

[Acerca de una campaña contra las drogas llevada a cabo en Nueva Orleans.] Los policías comenzaron a detener a los adictos en la calle, y a examinar sus brazos en busca de marcas de aguja. Si las encontraban, obligaban al adicto a firmar una declaración admitiendo su condición, a fin de que pudiera imputárselo bajo la «ley de drogadictos». Se les prometía una sentencia en suspenso si se confesaban culpables, y ponían en funcionamiento la nueva ley. Los adictos escudriñaban sus cuerpos buscando venas donde pinchar fuera del área del brazo. Si la ley no hallaba señales en un hombre, por lo general lo dejaban en libertad. Si las descubrían, lo retenían durante setenta y dos horas, y trataban de que firmara una declaración.[93]

Debe advertirse que, como el equipo físico empleado para mitigar el deterioro «primario» de ciertas desventajas se convierte en un símbolo de estigma, existirá un deseo de prescindir de él. Un ejemplo es el individuo con visión deficiente que evita usar anteojos bifocales porque eso puede ser un síntoma de vejez. Pero, desde ya, esta estrategia puede interferir con medidas compensatorias. Por consiguiente, la confección de equipos correctores invisibles tendrá una doble función. Los que tienen dificultades en la audición dan el ejemplo siguiente sobre la utilización de esta clase de equipos:

92 Véase L. Broom, H. P. Beem y V. Harris, «Characteristics of 1.107 Petitioners for Change of Name», en *American Sociological Review*, XX, 1955, págs. 33-39.
93 W. Lee, *Junkie*, Nueva York: Ace Books, 1953, pág. 91.

La tía Mary [una parienta que tenía dificultades auditivas] conocía todo lo relativo a los primeros audífonos, variaciones innumerables de la trompetilla. Poseía láminas que mostraban cómo dichos receptores se fabricaban en el interior de sombreros, peinetas, bandejas, bastones; se disimulaban en sillones, floreros de mesa, y hasta en las barbas de los hombres.[94]

Un ejemplo más común son los «lentes de unión invisible», bifocales sin «línea divisoria».
El ocultamiento de los símbolos del estigma aparece, a veces, junto con un proceso conexo: el uso de desidentificadores, tal como lo ilustran las costumbres de James Berry, primer verdugo profesional de Inglaterra:

No es seguro que la violencia contra Berry haya sido realmente planeada, pero la acogida que se le tributaba en las calles era tal que él, siempre que podía, evitaba por todos los medios ser reconocido. Según lo relatado en una entrevista, en muchas oportunidades, cuando viajaba a Irlanda, ocultaba la soga y las cuerdas entre sus ropas, para que el maletín no delatara su oficio casi tanto como la pequeña valija negra del médico victoriano. Su sensación de aislamiento y desprecio tal vez expliquen el hecho extraordinario de que su mujer y su pequeño hijo lo acompañaron a Irlanda para una ejecución, porque —según explicó— así conseguía ocultar su identidad, pues —según suponía correctamente— nadie iba a imaginar que un hombre que llevaba de la mano a un muchachito de diez años podía ser el verdugo que se dirigía a colgar a un asesino.[95]

Encontramos aquí lo que los libros de espionaje denominan una «pantalla», y que otro tipo de literatura describe como el favor conyugal que se realiza cuando un hombre y una mujer homosexuales reprimen sus inclinaciones y se casan el uno con la otra.
Cuando el estigma se instala en el individuo durante su permanencia en una institución, y cuando esta conserva una influencia desacreditadora sobre él durante un cierto pe-

94 Warfield, *Keep Listening*, *op. cit.*, pág. 41.
95 Atholl, *op. cit.*, págs. 88-89.

ríodo posterior a su egreso, se puede esperar la aparición de un ciclo especial de encubrimiento. Por ejemplo, en un hospital psiquiátrico[96] se observó que los pacientes que reingresaban a la comunidad a menudo planeaban un cierto grado de encubrimiento. Los pacientes obligados a dar cuenta de su situación al encargado de la rehabilitación, al trabajador del servicio social o a las agencias de trabajo, analizaban con frecuencia entre sus compañeros las contingencias que enfrentaban y la estrategia clásica para abordarlas. Tratándose del primer trabajo, el ingreso oficial exigía que el empleador, y quizá también el jefe de personal, conocieran el estigma, pero siempre podía evitarse que trascendiera a los niveles inferiores de la organización y a los compañeros de labor. Tal como se señaló, esto puede implicar un cierto monto de inseguridad, ya que nunca se sabe con precisión quiénes «están enterados» y quiénes no, y cuánto tiempo puede durar la ignorancia de estos últimos. Los pacientes opinaban que después de permanecer en esta clase de empleo durante seis meses, tiempo necesario para ahorrar algún dinero y liberarse de las agencias del hospital, lo abandonarían y, con el antecedente de esos seis meses de labor, conseguirían un trabajo en otro lugar cualquiera, con la confianza, esta segunda vez, de poder ocultar a todos su permanencia en un hospital para enfermos mentales.[97]

Otra estrategia consiste en presentar los signos de su defecto estigmatizante como signos de otro atributo cuyo significado como estigma sea menor. Los retardados mentales, por ejemplo, parecen tratar a veces de hacerse pasar por enfermos mentales, ya que este último es el menos grave de los dos males sociales.[98] Del mismo modo, un sordo puede configurar intencionalmente su conducta para dar a los

96 Véase el estudio del autor sobre el St. Elizabeths Hospital, Washington, D.C., parte del cual figura en *Asylums*, Nueva York: Doubleday & Co., Anchor Books, 1961. (*Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1970.)

97 Para datos sobre la frecuencia con que los ex pacientes emplean un ciclo de encubrimiento tal véase M. Linder y D. Landy, «Post-Discharge Experience and Vocational Rehabilitation Needs of Psychiatric Patients», en *Mental Hygiene*, XLII, 1958, pág. 39.

98 Edgerton y Sabagh, *op. cit.*, pág. 268.

otros la impresión de ser una persona soñadora, distraída, indiferente, que se aburre fácilmente, o incluso alguien que se siente deprimido, o que ronca, y que, por lo tanto, no puede responder a preguntas formuladas en voz baja, puesto que está, evidentemente, dormida. Estos rasgos de carácter dan cuenta de la falta de audición sin que sea necesario imputarlos a la sordera.[99]

Una estrategia ampliamente utilizada por la persona desacreditable es la de manejar los riesgos dividiendo al mundo en dos partes: un grupo grande, al que no le cuenta nada, y otro pequeño, al que le cuenta todo, y en cuya ayuda confía; escoge para exhibir su máscara precisamente a aquellos que, por lo general, constituyen el mayor peligro. Si se trata de amigos íntimos que ya tenía en el momento de adquirir el estigma, puede «poner la relación al día» de inmediato, por medio de una sencilla charla confidencial; puede ser después despreciado, pero conservará la reputación de alguien que se relaciona de un modo honorable. Es interesante señalar que, muchas veces, los médicos recomiendan esta modalidad en el manejo de la información, en especial cuando les toca ser los primeros en informar al individuo acerca de su estigma. Por eso, si descubren un caso de lepra tal vez sugieran que el nuevo secreto se mantenga entre los profesionales, el paciente y sus familiares más cercanos;[100] quizá propongan esta discreción para asegurarse la cooperación continua por parte del paciente. Tratándose de relaciones posteriores al estigma que no recibieron a su debido tiempo la información correspondiente, el individuo puede montar una escena confesional con tanto alboroto emocional como la deslealtad de su silencio anterior lo requiera, y apelar luego a la piedad del otro como alguien que se expone ante los demás desde dos ángulos: el de su diferencia y el de su falta de honradez y fiabilidad. Existen admirables registros de estas conmovedoras escenas,[101] y es necesario comprender el enorme caudal de ol-

99 Warfield, *Cotton in My Ears*, *op. cit.*, págs. 21, 29-30, en Wright, *op. cit.*, págs. 23-24. Lemert, en *Social Pathology*, *op. cit.*, pág. 95, proporciona un enfoque general bajo el título «roles falsificados».

100 B. Roueché, «A Lonely Road», en *Eleven Blue Men*, Nueva York: Berkley Publishing Corp., 1953, pág. 122.

101 Para una escena entre una prostituta embarazada y el hombre

vido y perdón que pueden poner de manifiesto. No hay duda que uno de los factores que intervienen en el éxito de estas confesiones es la tendencia de quien se encubre a sondear al otro para asegurarse de antemano que la revelación no producirá una ruptura completa de la relación. Nótese que el individuo estigmatizado está casi predestinado a estas escenas; con frecuencia, las relaciones nuevas se desalientan con facilidad antes de consolidarse, convirtiendo la honestidad inmediata en algo necesariamente costoso y, por consiguiente, a menudo evitado.
Como ya se señaló, una persona que puede chantajear puede también, con frecuencia, ayudar al individuo censurable a mantener su secreto; además, es posible que tenga muchos motivos para hacerlo. Por tal razón, los administradores de establecimientos de diversión contratan a menudo a policías privados que protegen a los maridos que, a veces, se demoran o juegan en esos lugares. También los gigolós son algunas veces igualmente cuidadosos:

Los hombres [gigolós] alquilaban habitaciones en hoteles respetables, en el primer piso encima del salón de entrada, para que sus clientes pudieran usar las escaleras sin ser vistos por los ascensoristas ni por los encargados de la recepción.[102]

También lo son sus colegas:

Cuando sus clientes son personas importantes, las muchachas no dan sus señas fácilmente; tampoco los nombran cuando conversan entre sí.[103]

De manera análoga, nos enteramos del rol de un peluquero que atendía a muchachas de un prostíbulo de «primera categoría»:

no enterado de la situación que desea casarse con ella véase Thomas, *op. cit.*, pág. 134; para una escena novelada entre un negro que se encubre y la muchacha blanca que quiere por esposa véase Johnson, *op. cit.*, págs. 204-205.
102 Stearn, *Sisters of the Night*, *op. cit.*, pág. 13.
103 H. Greenwald, *The Call Girl*, Nueva York: Ballantine Books, 1958, pág. 24.

Era, verdaderamente, más que un artista; era un amigo sincero de cada una de las muchachas de la casa, y «Charlie» escuchaba confidencias que rara vez se contaban a otros, y aconsejaba con mucho sentido común. Además, en su propio domicilio de la avenida Michigan recibía la correspondencia de muchachas que ocultaban su profesión a la familia y a los amigos, y su casa era el lugar donde podían encontrarse con parientes que llegaban inesperadamente a Chicago.[104]

Otros ejemplos provienen de matrimonios en los cuales uno de los miembros pertenece a una categoría estigmatizada, y el otro trata de cubrir las apariencias. Se sugiere, por ejemplo, que el cónyuge de un alcoholista lo ayude a ocultar su defecto. La esposa de un colostomizado lo ayudará a verificar que no huele mal,[105] y puede además

(...) apostarse en la casa para interceptar cualquier llamado telefónico o timbre en la puerta, para que la irrigación pueda continuar ininterrumpidamente (...)[106]

El marido de una mujer que solo aparentaba oír en forma normal la ayudaba de la siguiente manera:

El era un hombre sumamente delicado, y desde el momento en que nos enamoramos supo instintivamente cómo ayudarme a completar mis espacios en blanco y a compensar mis errores. Tenía una voz clara y sonora. Daba la impresión de que nunca la elevaba, pero yo siempre oía lo que decía; al menos, me parecía que era así. Cuando estábamos con otra gente observaba para ver cómo me las arreglaba; si yo me hallaba en dificultades, él, sin entremeterse, me daba pistas para que saliera a flote en la conversación.[107]

Hay que agregar que los íntimos no solo ayudan a la persona desacreditable en su simulación, sino que también pueden

104 *Madeleine*, *op. cit.*, pág. 71.
105 Orbach y colab., *op. cit.*, pág. 163.
106 *Ibid.*, pág. 153.
107 Warfield, *Keep Listening*, *op. cit.*, pág. 21.

llevar a cabo esta función más allá de lo que el beneficiario sospecha; pueden, de hecho, funcionar como un círculo protector, permitiéndole pensar que se lo acepta mucho más como persona normal de lo que en realidad ocurre. Por consiguiente, estarán más atentos a la diferencia y a los problemas relacionados con ella que el propio individuo. En este caso, sin duda, la noción de que el manejo del estigma atañe exclusivamente al individuo estigmatizado y a los extraños es inadecuada.

No deja de ser interesante que a menudo quienes comparten un estigma particular confíen, para encubrirse, en la ayuda mutua, poniendo otra vez de manifiesto el hecho de que son más peligrosos a menudo los que pueden suministrar la mayor ayuda. Por ejemplo, cuando un homosexual aborda a otro, la acción se puede desarrollar de tal modo que los normales no perciben que está ocurriendo algo fuera de lo común:

Si observamos con detenimiento y sabemos qué observar en un bar de homosexuales, podremos advertir que aparentemente algunos individuos se comunican entre sí sin intercambiar palabras, sino tan solo miradas, pero no el tipo de mirada fugaz que con frecuencia se da entre los hombres.[108]

Una cooperación similar se puede encontrar en los círculos de personas estigmatizadas donde cada uno conoce al otro personalmente. Por ejemplo, los ex enfermos mentales, que se conocen entre sí por haber estado en una misma institución, pueden mantener en el exterior un control cauteloso de este hecho. En ciertos casos, como cuando uno de los individuos está en compañía de normales, ambos pueden «ignorarse», y uno pasa por alto al otro como si no se conocieran. En caso de que intercambien un saludo lo hacen discretamente; no se explicita el contexto del conocimiento inicial, y el individuo que se encuentra en la situación más

108 E. Hooker, «The Homosexual Community», trabajo inédito leído en el Decimocuarto Congreso Internacional de Psicología Aplicada, Copenhagen, 14 de agosto de 1961, pág. 8. La estructura de ese encuentro de miradas es compleja, y entraña un reconocimiento cognoscitivo mutuo de la identidad social (pero no personal); también implica una intención sexual y, a veces, un contrato tácito.

delicada tiene el derecho de dirigir el reconocimiento y el intercambio social posterior al encuentro. Por supuesto, los ex enfermos mentales no son los únicos que se encuentran en esta situación:

La prostituta profesional posee un código que regula sus relaciones con los clientes. Por ejemplo, es habitual en ella no dar nunca muestras de reconocer a un cliente cuando se encuentra con él en público, salvo que este la salude primero.[109]

Cuando este tipo de discreción no se produce cabe esperar, a veces, que el individuo desacreditado lleve a cabo una acción disciplinada activa, como lo ilustra Reiss en su artículo sobre los provocadores juveniles, citando a un informante.

Iba caminando por la calle con mi novia, cuando aparece ese maricón con quien yo había estado antes una vez; me llama con un silbido y me dice: «Hola, tesoro» (...) Me puse furioso (...) y volví al lugar donde estaban los muchachos; lo arrinconamos y le pegamos hasta que se le fueron las ganas de volver (...) no voy a aguantar nada parecido a un maricón.[110]

Se puede esperar, pues, que aquellos que se encubren empleen, voluntaria y estratégicamente, diversos tipos de distancia; en este caso el desacreditable utilizará poco más o menos los mismos recursos que el desacreditado, aunque por razones ligeramente diferentes. Al rechazar o evitar propuestas de intimidad, el individuo puede librarse de la consiguiente obligación de divulgar información. Al mantener distantes a sus relaciones se asegura de no tener que pasar demasiado tiempo con ellas, ya que, como se señaló antes, cuanto más tiempo se pasa junto a otra persona, mayores son las probabilidades de que ocurran hechos no previstos que revelen secretos. Se pueden citar ejemplos del trabajo realizado por las esposas de enfermos mentales para manejar el estigma:

109 Greenwald, *op. cit.*, pág. 24.
110 A. J. Reiss (h.), «The Social Integration of Queers and Peers», en *Social Problems*, IX, 1961, pág. 118.

Pero he cortado la comunicación con todos nuestros otros amigos [después de citar a cinco que estaban «enterados»]. No les informé que dejaba el departamento, y desconecté el teléfono sin decírselo a nadie para que, de ese modo, no supieran cómo ponerse en contacto conmigo.[111]

No me hice demasiado amiga de nadie en la oficina porque no quiero que la gente sepa dónde está mi marido. Pienso que, de lo contrario, empezarían a hacerme preguntas, y yo voy a ponerme a hablar, y creo que cuanta menos gente sepa sobre Joe, mejor.[112]

Si el individuo mantiene una distancia física, también puede coartar en otros la tendencia a elaborar su identificación personal. Si reside en una población móvil, puede limitar el monto de experiencia continua que otros tienen de él. Si reside en una región aislada de otra que frecuenta con regularidad, puede introducir una desconexión en su biografía: intencional, como en el caso de una muchacha soltera que está embarazada y viaja a otro estado para tener la criatura, o en el de los homosexuales de un pueblo chico que se dirigen a Nueva York, Los Angeles o París para desarrollar una actividad relativamente anónima; o no intencional, como en el caso del enfermo mental que descubre agradecido que su lugar de internación se encuentra lejos de la ciudad y, en consecuencia, bastante aislado de sus contactos habituales. Si permanece en su casa sin contestar el teléfono ni el timbre, el individuo desacreditable puede desembarazarse de la mayoría de los contactos en virtud de los cuales su desgracia puede ser incluida como parte de la biografía que otros poseen de él.[113]

Debemos considerar ahora una última posibilidad, aquella que permite al individuo renunciar a todas las demás: puede descubrirse voluntariamente, y transformar así, de manera radical, su situación de individuo que debe manejar información en individuo que debe manejar situaciones sociales difíciles; de persona desacreditable en persona desacreditada. Cuando una persona secretamente estigmatizada suministra información sobre sí misma, está en condiciones de participar en cualquiera de los procedimientos de adaptación ya citados, al alcance de los estigmatizados que son conocidos como tales, circunstancia que explica en parte su política de autorrevelación.

111 Yarrow, Clausen y Robbins, *op. cit.*, pág. 36.
112 *Ibid.*
113 Un ejemplo relativo al ocultamiento de un embarazo ilegítimo aparece en H. M. Hughes, *op. cit.*, págs. 53 y siguientes.

Un método para descubrirse consiste en usar voluntariamente un símbolo de estigma, un signo muy visible que revela su mal dondequiera que vaya. Existen, por ejemplo, personas duras de oído que usan auxiliares auditivos sin pila;[114] individuos parcialmente ciegos que llevan un bastón blanco desarmable; judíos que exhiben la estrella de David en una cadena. Debe advertirse que algunos de estos símbolos de estigma, tal como un distintivo de los Caballeros de Colón, que indica que el portador es católico, no son presentados francamente como reveladores de un estigma, sino que su finalidad consiste más bien en declarar la pertenencia a organizaciones que no pretenden tener tal significado en sí mismas. Debe notarse también que este recurso puede ser utilizado por programas militantes de toda índole, por cuanto el individuo que lleva un símbolo asegura su separación de la sociedad de los normales. La manera en la que una secta de judíos de Nueva York se presenta a sí misma proporciona un ejemplo:

Obgehitene Yidden, «La Guardia Judía», incluye a los llamados judíos ortodoxos, quienes no solo observan el *Shulhan Aruch* hasta el más mínimo detalle, sino que son los más minuciosos y concienzudos en sus ceremonias. Cumplen todos los mandamientos y preceptos prescriptos con el mayor celo. Son personas a quienes se puede identificar manifiestamente como judíos. Llevan barbas y vestimentas tradicionales con el único propósito de que se los identifique externamente como judíos: barbas para que «la imagen de Dios se refleje en sus rostros», ropajes tradicionales para «abstenerse de cualquier pecado».[115]

114 Barker y colab., *Adjustment to Physical Handicap and Illness*, *op. cit.*, pág. 241.
115 S. Poll, *The Hasidic Community of Williamsburg*, Nueva York: Free Press of Glencoe, Inc., 1962, págs. 25-26.

Los símbolos de estigma se caracterizan por estar expuestos continuamente a la percepción. Para revelar su estigma, el individuo puede también utilizar ciertos recursos menos rígidos: tales, por ejemplo, las pruebas fugaces —deslices intencionales, por así decirlo—, como cuando, a manera de información sobre el estigma, comete voluntariamente una torpeza en presencia de recién llegados.[116] También se utiliza la «etiqueta de la revelación», fórmula mediante la cual el individuo admite su propia falla como una cuestión de hecho, basándose en el supuesto de que los presentes están por encima de tales preocupaciones, y evitándoles, al mismo tiempo, caer en la trampa de mostrar que no lo están. Por eso, el «buen» judío o el «buen» enfermo mental esperan «el momento oportuno» en una conversación con extraños, y dicen con tranquilidad: «Bueno, el ser judío me ha hecho sentir que...» o «Por haber tenido una experiencia directa como enfermo mental, yo puedo...»

Señalamos más arriba que aprender a encubrirse constituye una de las fases de la socialización de la persona estigmatizada y un momento decisivo de su carrera moral. Quiero ahora señalar que el individuo estigmatizado puede llegar a sentir que debería estar por encima del encubrimiento, que si se acepta y respeta a sí mismo no sentirá necesidad de ocultar su defecto. Después de haber aprendido laboriosamente a ocultar, el individuo puede entonces desear olvidar todo lo aprendido. Es en este punto donde la revelación voluntaria encaja dentro de la carrera moral como signo de una de sus fases. Debemos agregar que en las autobiografías de individuos estigmatizados esta fase de la carrera moral se describe por lo general como el momento último, maduro y de mayor adaptación: un estado de gracia que intentaré considerar más adelante.

El enmascaramiento

Se ha establecido un marcado distingo entre la situación del desacreditado que debe manejar tensión y la del desacreditable que debe manejar información. No obstante, el estigmatizado emplea una técnica de adaptación que exige que el estudioso tome en cuenta estas dos posibilidades. En ella está implícita la diferencia entre visibilidad y obstrucción. De hecho, las personas que están dispuestas a admitir la posesión de un estigma (en muchos casos porque su existencia es conocida o inmediatamente perceptible) pueden, no obstante, hacer un gran esfuerzo para que el estigma no se destaque demasiado. El objetivo del individuo es reducir la tensión, es decir, por una parte, evitar que el estigma sea, para él mismo y para los demás, objeto de un estudio disimulado, y, por otra, mantener una participación espontánea en el contexto oficial de la interacción. Sin embargo, los medios empleados para esta tarea son bastante similares a los del encubrimiento, y en algunos casos llegan a ser idénticos, ya que aquello mediante lo cual se oculta un estigma a personas que lo desconocen puede también facilitar las cosas frente a quienes lo conocen. Es así como una muchacha que camina mejor con su pata de palo emplea muletas o un miembro ingenioso, pero manifiestamente artificial, cuando está en compañía de otras personas.[117] Daremos a este proceso el nombre de enmascaramiento (*covering*). Muchos de los que excepcionalmente intentan encubrirse tratan por lo general de enmascararse.

Uno de los tipos de enmascaramiento hace que el individuo se preocupe por los estereotipos que se asocian incidentalmente con su estigma. Así, los ciegos, que presentan a veces una desfiguración facial en la región de los ojos, se distinguen ente sí en función de esta circunstancia. Los anteojos oscuros, usados con frecuencia para ofrecer voluntariamente una prueba de ceguera, pueden, al mismo tiempo, servir para enmascarar la existencia de una desfiguración (caso este en el que se revela la falta de visión ocultando una deformidad poco placentera a la vista):

Los ciegos, en verdad, proclaman suficientemente su condición sin la necesidad de otros agregados. Creo que nada aumenta tanto la tragedia de un ciego como la sensación de

116 Bigman, *op. cit.*, pág. 143.

117 Baker, *op. cit.*, pág. 193.

que en la batalla por recuperar la vista no solo ha perdido la batalla, sino también su apariencia saludable.[118]

Análogamente, puesto que la ceguera puede llevar a aparentar torpeza, puede realizarse un esfuerzo especial para reaprender la propiedad motora y lograr «naturalidad, gracia y habilidad en todos aquellos movimientos que el mundo de los videntes considera como «normales».[119]
Una clase de enmascaramiento relacionado con el anterior implica un esfuerzo por restringir la exhibición de aquellos defectos que más se identifican con el estigma. Por ejemplo, una persona casi ciega que sabe que los presentes conocen su mal puede, sin embargo, dudar en leer o no, porque en caso de hacerlo tendrá que acercar el libro a unos pocos centímetros de sus ojos, y tal vez sienta que eso expresa con demasiada evidencia las cualidades de su ceguera.[120]
Hay que advertir que este tipo de enmascaramiento es un aspecto importante de las técnicas «asimilativas» empleadas por los miembros de grupos étnicos minoritarios; la intención, más allá de recursos tales como cambiar el nombre o la forma de la nariz, no es únicamente encubrirse, sino también controlar la manera en que un atributo conocido por los demás se convierte por la fuerza en centro de atención, ya que esta obstrucción aumenta la dificultad para mantener una actitud de desenvuelta indiferencia respecto del estigma.
La expresión más interesante del enmascaramiento es, quizá, la que se asocia con la organización de situaciones sociales. Como ya se señaló, todo lo que interfiere en forma directa con la etiqueta y los mecanismos de la comunicación obstruye constantemente la interacción y resulta difícil concederle una genuina indiferencia. De ahí que los individuos que poseen un estigma, especialmente aquellos que tienen una desventaja física, necesitarán informarse acerca de la estructura de la interacción para conocer las líneas sobre las cuales deberán reorganizar su conducta si desean minimizar la intromisión de su estigma. Así, de sus esfuerzos se puede obtener información relativa a rasgos de la interacción que, de otro modo, se consideran demasiado obvios como para ser tomados en cuenta.

118 Chevigny, *op. cit.*, págs. 40-41.
119 *Ibíd.*, pág. 123.
120 Criddle, *op. cit.*, pág. 47.

Por ejemplo, los que tienen dificultades auditivas aprenden a hablar hasta lograr el tono que los oyentes consideran adecuado para la situación, y también a enfrentar con rapidez aquellas circunstancias propias de la interacción que requieren, ante todo, una buena audición si se desean mantener las reglas de la urbanidad:

Frances imaginaba elaboradas técnicas para hacer frente a los «silencios de la cena», a los intervalos de los conciertos, partidos de fútbol, bailes, etc., con el fin de proteger su secreto. Pero solo servían para volverla más insegura y, a la vez, más cautelosa, y nuevamente más insegura. Por lo tanto, Frances se sabía al dedillo que en una cena debía: 1) sentarse al lado de alguien que tuviera una voz fuerte; 2) atragantarse, toser y tener accesos de hipo si se le formulaban preguntas directas; 3) acaparar la conversación, pedirle a alguien que relatara una historia que ya había escuchado, hacer preguntas cuyas respuestas ya conocía.[121]

En forma análoga, el ciego aprende a veces a mirar directamente a su interlocutor —aun cuando su forma de mirar confirme su falta de visión—, ya que así evita tener que fijar la vista en el espacio o inclinar la cabeza o, de lo contrario, violar sin saberlo el código relativo a las señales de atención mediante el cual se organiza la interacción verbal.[122]

121 Condensado de Warfield, *Cotton in My Ears*, *op. cit.*, pág. 36, en Wright, *op. cit.*, pág. 49.
122 Chevigny, *op. cit.*, pág. 51.

3. Alineación grupal e identidad del yo

En este ensayo se ha procurado establecer una distinción entre la identidad social y la personal. Ambos tipos de identidad pueden comprenderse mejor si, tomándolas en forma conjunta, las comparamos con lo que Erikson y otros autores denominan «identidad del yo» (*ego identity*), «identidad experimentadora» (*felt identity*), es decir, el sentido subjetivo de su propia situación, continuidad y carácter que un individuo alcanza como resultado de las diversas experiencias sociales por las que atraviesa.[1]

La identidad social y personal forman parte, ante todo, de las expectativas y definiciones que tienen otras personas respecto del individuo cuya identidad se cuestiona. En el caso de la identidad personal, estas expectativas y definiciones pueden surgir aun antes de que el individuo nazca, y continuar después de su muerte, es decir que existen, entonces, en momentos en que el individuo carece totalmente de sensaciones y, por supuesto, de sensaciones de identidad. Por otra parte, la identidad del yo es, en primer lugar, una cuestión subjetiva, reflexiva, que necesariamente debe ser experimentada por el individuo cuya identidad se discute.[2] De este modo, cuando un criminal utiliza un alias, se desprende de su identidad personal; cuando conserva las iniciales originales o cualquier otro aspecto de su nombre original, está, al mismo tiempo, dando libre curso a un sentimiento de identidad personal.[3] Es evidente que el individuo construye una imagen de sí a partir de los mismos elementos con los que los demás construyen al principio la identificación personal y social de aquel, pero se permite importantes libertades respecto de lo que elabora.[4]

El concepto de identidad social nos permitió considerar la estigmatización; el concepto de identidad personal, el papel del control de la información en el manejo del estigma. La idea de la identidad del yo nos permite considerar qué siente el individuo con relación al estigma y a su manejo, y nos lleva a prestar una atención especial a la información que recibe con respecto a estas cuestiones.

1 El término «autoidentidad» (*self identity*) sería adecuado aquí, pero su extensión, el término «autoidentificación» (*self identification*), se utiliza habitualmente para referirse a algo más, o sea, al hecho de que el individuo establezca su identidad personal mediante documentación o testamento.

2 La triple tipología de la identidad empleada en este ensayo deja sin especificar la frase «identificarse con», que tiene dos significados habituales: participar sustitutivamente en la situación de alguien cuya condición capta nuestra simpatía; incorporar aspectos de otro para formar nuestra propia identidad. La frase «estar identificado con» puede tener estos significados psicológicos, pero, además, referirse a la categoría social de personas cuyo supuesto carácter nos atribuimos como parte de nuestra propia identidad social.

3 Hartman, *op. cit.*, págs. 54-55.

4 Existe, por ejemplo, una tendencia bien conocida a calificar el prestigio de la propia ocupación más alto de lo que lo hacen quienes desempeñan otro trabajo.

5 Por ejemplo, véase Criddle, *op. cit.*, págs. 44-47.

La ambivalencia

Dado que en nuestra sociedad el individuo estigmatizado adquiere estándares de identidad que aplica a sí mismo, a pesar de no poder adaptarse a ellos, es inevitable que sienta cierta ambivalencia respecto de su yo. Algunas expresiones de esta ambivalencia ya fueron descriptas con relación a las oscilaciones de la identificación y al tipo de asociación que el individuo establece con los otros estigmatizados. Se pueden citar otras expresiones.

El individuo estigmatizado presenta una tendencia a estratificar a sus «pares» según el grado en que sus estigmas se manifiestan y se imponen. Puede entonces adoptar con aquellos cuyo estigma es más visible que el suyo las mismas actitudes que los normales asumen con él. Así, los que tienen dificultades auditivas no se consideran sordos en modo alguno, y, análogamente, los que tienen una visión defectuosa están muy lejos de considerarse ciegos.[5] Es en sus relaciones (ya sean asociaciones o separaciones) con sus com-

pañeros más notoriamente estigmatizados donde las oscilaciones en la identificación del individuo se advierten con más agudeza.
Este tipo de estratificación autoengañosa se vincula con el problema de las alianzas sociales, o sea, si la elección de amigos, novios y esposos se produce dentro de su propio grupo o «del otro lado de la línea». Una muchacha ciega expresa el problema:

En otro tiempo —algunos años atrás— pensaba que prefería salir con un hombre que veía y no con un ciego. Pero de vez en cuando tengo citas y poco a poco mis sentimientos han ido cambiando. Valoro la comprensión del ciego por el ciego, y ahora podría respetar a un ciego por sus propias cualidades y agradecerle la comprensión que me brinda.[6]
Algunos de mis amigos son ciegos y otros no. De algún modo me parece que esto tiene que ser así; no puedo entender que se regulen las relaciones humanas por una vía o por otra.[7]

Es probable que cuanto mayor sea la alianza del individuo con los normales, más se considerará a sí mismo en términos no estigmáticos, aunque hay contextos en que parece ocurrir lo contrario.
Mantenga o no una estrecha alianza con sus iguales, el individuo estigmatizado puede revelar una ambivalencia de la identidad cuando ve de cerca a los suyos comportarse de manera estereotipada, poner de manifiesto en forma extravagante o lastimosa los atributos negativos que se le imputan. Estas escenas pueden repugnarlo, ya que, después de todo, apoya las normas del resto de la sociedad, pero su identificación social y psicológica con estos transgresores lo mantiene unido a lo que rechaza, transformando la repulsión en vergüenza, y luego la vergüenza en algo de lo cual se siente avergonzado. En síntesis: no puede ni aceptar a su grupo ni abandonarlo.[8] (La frase «preocupado por la purificación endogrupal» se utiliza para describir los esfuerzos de las personas estigmatizadas, destinados no solo a «normificar» su propia conducta sino también a corregir la de los otros miembros del grupo.)[9] Esta ambivalencia parece alcanzar su expresión más aguda en el proceso del «acercamiento», es decir, cuando el individuo se aproxima a un ejemplar indeseable de su propia clase mientras se halla «con» un normal.[10]
No es raro que esta ambivalencia de la identidad adquiera una expresión organizada en los materiales escritos, hablados, actuados o presentados de cualquier otra manera por los representantes del grupo. Así, en el humor de los estigmatizados —publicado y teatralizado— se puede hallar una clase especial de ironía. Las caricaturas, las bromas y los relatos tradicionales exhiben burlonamente la debilidad de un miembro estereotípico de la categoría, aun cuando este héroe a medias demuestre, cándidamente, ser más listo que el normal de imponente status.[11] Las presentaciones formales de los representantes del grupo pueden mostrar una ambivalencia similar, que revela una similar alienación del yo.

Las presentaciones profesionales

Se ha señalado que el individuo estigmatizado se define a sí mismo como igual a cualquier otro ser humano, mientras que, al mismo tiempo, es definido por él mismo y por quienes lo rodean como un individuo marginal. Dada esta autocontradicción básica del individuo estigmatizado, resulta comprensible que realice grandes esfuerzos para encontrar una solución a su conflicto o, por lo menos, una doc-

6 Henrich y Kriegel, *op. cit.*, pág. 187.
7 *Ibid.*, pág. 188.
8 Véase J.-P. Sartre, *Anti-Semite and Jew*, Nueva York: Grove Press, 1960, págs. 102 y siguientes. (*Reflexiones sobre la cuestión judía*, Buenos Aires: Sur, 3a. ed., 1964.)
9 M. Seeman, «The Intellectual and the Language of Minorities», en *American Journal of Sociology*, LXIV, 1958, pág. 29.
10 Un interesante episodio en el cual un joven casi ciego conoce a una muchacha ciega en un puesto de una feria de caridad, y obtiene respuestas mixtas, es citado por Criddle, *op. cit.*, págs. 71-74.
11 Véase, por ejemplo, J. Burma, «Humor as a Technique in Race Conflict», en *American Sociological Review*, XI, 1946, págs. 710-715.

trina que otorgue un sentido coherente a su situación. En la sociedad contemporánea, esto significa que el individuo no solo intentará personalmente forjar un código tal, sino que, como ya lo señalamos, los profesionales lo ayudarán, muchas veces con el pretexto de hacerle contar la historia de su vida o cómo manejó una situación difícil.

Los códigos que se presentan a los individuos estigmatizados, tanto explícita como implícitamente, tienden a cubrir determinadas cuestiones corrientes. Se les sugieren las pautas deseables de la revelación y el ocultamiento. (Por ejemplo, en el caso de ex enfermos mentales se les recomienda, a veces, ocultar su estigma a simples conocidos, pero sentirse lo suficientemente seguros de su salud mental y convencidos de la naturaleza médica, no moral, de sus fracasos anteriores, como para revelárselos a la esposa, a los amigos más íntimos y al empleador.) Otras cuestiones corrientes son: las fórmulas para manejar situaciones difíciles; el apoyo que debería prestar a sus iguales; el tipo de fraternización que deberá mantener con los normales; cuáles son los prejuicios contra sus iguales que tiene que atacar abiertamente, y cuáles ignorar; hasta qué punto debe presentarse como una persona tan normal como cualquier otra, y hasta dónde aceptar un tratamiento ligeramente diferente; cuáles son los hechos relacionados con sus iguales de los que debe enorgullecerse; cómo debe «enfrentarse» con su propio estigma.

Aunque los códigos o las líneas presentadas a aquellos que tienen un estigma particular pueden diferir entre sí, existen ciertos argumentos que, pese a ser contradictorios, gozan, por lo general, de gran consenso. La persona estigmatizada es casi siempre puesta en guardia contra un intento de encubrirse completamente. (Después de todo, salvo para el confesor anónimo, resulta arduo defender esta posición públicamente en la prensa.) Asimismo, por lo general se le advierte que no debe aceptar, como si le cuadraran plenamente, las actitudes negativas que los demás tienen hacia él. Es probable que se lo prevenga contra la «minstrelización»,[12]

12 El término proviene de A. Broyard, «Portrait of the Inauthentic Negro», en *Commentary*, X, 1950, págs. 59-60. Existe un esfuerzo consciente por representar plenamente el papel, denominado, a veces, «personificación». Sobre los negros que personifican a los negros véase Wolfe, *op. cit.*, pág. 203. [La palabra «minstrelización» deriva

mediante lo cual la persona estigmatizada quiere conquistar el favor de los normales exhibiendo todo el repertorio de cualidades negativas que se imputan a su clase, afianzando así una situación vital dentro de un rol ridículo:

> Aprendí también que el inválido debe ser cauteloso, y no actuar de un modo diferente del que la gente espera de él. Ellos cuentan, sobre todo, con que el inválido sea un inválido —un ser incapacitado, indefenso e inferior a ellos—, y si no satisface estas expectativas se volverán inseguros y suspicaces. Es bastante extraño, pero el inválido tiene que cumplir el papel de inválido, así como muchas mujeres deben ser lo que los hombres esperan que sean: tan solo mujeres; y los negros tienen que actuar con frecuencia como payasos frente a la raza blanca «superior», para que el hombre blanco no se sienta atemorizado por su hermano negro.
>
> En cierta ocasión conocí a una enana que era, por cierto, un ejemplo patético. Era muy pequeña —medía alrededor de un metro—, y sumamente educada. Ante la gente, sin embargo, se cuidaba bien de no ser otra cosa que la «enana», y desempeñaba el papel de bufona con la misma risa burlona y los mismos movimientos rápidos y graciosos característicos de los bufones de las cortes reales de la Edad Media. Solo cuando se hallaba entre amigos podía quitarse su gorro y sus cascabeles y atreverse a ser la mujer que en realidad era: inteligente, melancólica y sumamente retraída.[13]

Y, a la inversa, se lo previene, por lo general, contra la «normificación» o «des-minstrelización»;[14] se lo impulsa a sentir aversión por aquellos compañeros que, sin convertir

de los *minstrel shows*, representaciones teatrales basadas en la imitación de las canciones y bailes de los esclavos negros, y en las cuales los artistas tiznaban de negro su rostro y sus manos. Con el tiempo adquirieron un carácter cada vez más burlesco, y aun las mismas melodías originales del folklore negro fueron reemplazadas por composiciones convencionales de los blancos. (*N. del E.*)]

13 Carling, *op. cit.*, págs. 54-55.

14 Lewin, *op. cit.*, págs. 192-193, utiliza en este caso el término «chauvinismo negativo»; Broyard, *op. cit.*, pág. 62, usa el término «inversión de rol». Véase también J.-P. Sartre, *op. cit.*, pág. 102 y siguientes.

su estigma en un secreto, se enmascaran prudentemente y tienen buen cuidado de mostrar que, a pesar de las apariencias, son muy sanos, muy generosos, muy sobrios, muy masculinos y capaces de realizar pesados trabajos físicos y esforzados deportes; en síntesis, que son, pese a su reputación, «desviados caballerescos», personas tan agradables como nosotros mismos.[15]

Debería ser evidente que estos defendidos códigos de conducta brindan al individuo estigmatizado no solo una plataforma, una política e instrucciones sobre cómo tratar a los demás, sino recetas para lograr una actitud apropiada consigo mismo. Fracasar en la adhesión al código significa estar descaminado, autoengañado; tener éxito, ser una persona real y digna, dos cualidades espirituales que se combinan para producir lo que se llama «autenticidad».[16] Podemos mencionar aquí dos consecuencias de esta defensa. En primer lugar, que este consejo sobre la conducta personal induce muchas veces al individuo estigmatizado a convertirse en un crítico de la escena social, en un observador de las relaciones humanas. Puede ser llevado a abstraer un conjunto de interacciones sociales casuales con el fin de examinar qué contienen en materia de temas generales. Puede convertirse en un individuo «consciente de la situación», mientras que los normales presentes están espontáneamente implicados *dentro* de ella, y la situación misma constituye para ellos un repertorio de cuestiones de escasa importancia. Esta extensión de la conciencia por parte de las personas estigmatizadas se intensifica, como ya señalamos, por su especial sensibilidad frente a las contingencias

15 En lo referente a los judíos véase Sartre, *op. cit.*, págs. 95-96; a los negros, Broyard, *op. cit.*; a los intelectuales, M. Seeman, *op. cit.*; a los japoneses, M. Grodzins, «Making Un-Americans», en *American Journal of Sociology*, LX, 1955, págs. 570-582.

16 Debe advertirse que aunque la literatura sobre la autenticidad se ocupa de cómo debe comportarse el individuo, y es por consiguiente moralista, se presenta, sin embargo, a modo de un análisis neutral y desapasionado, pues se supone que la autenticidad implica una orientación realista de la realidad; actualmente esta literatura es, en verdad, la mejor fuente de análisis neutral referente a estos problemas de identidad. Para un comentario crítico véase I. D. Rinder y D. T. Campbell, «Varieties of Inauthenticity», en *Phylon*, cuarto trimestre, 1952, págs. 270-275.

de la aceptación y de la revelación, contingencias que los normales encaran con menos sensibilidad.[17]

En segundo lugar, los consejos al estigmatizado a menudo apuntan con bastante candidez a la parte de su vida que siente más privada y vergonzosa; se tocan sus heridas más ocultas, y se las examina clínicamente según la moda literaria actual.[18] Se pueden presentar en forma novelada arduos debates sobre posiciones personales, acompañados de profundas crisis de conciencia. Se pueden empaquetar y dejar listas para ser usadas fantasías de humillación o de triunfo sobre los normales. En este caso, lo más privado y embarazoso es lo más colectivo, porque los sentimientos más profundos del individuo estigmatizado están hechos precisamente del mismo material que ciertos miembros de su categoría presentan en una versión escrita u oral redondeada en forma conveniente. Y, dado que lo que está al alcance del estigmatizado también lo está al nuestro, es difícil que esta clase de presentaciones pueda evitar que surja el problema de la exhibición y de la revelación involuntaria, aun cuando su efecto último sea probablemente útil para la situación de los estigmatizados.

Alienaciones endogrupales

Aunque estas filosofías de vida, estas recetas, se presentan como si provinieran del punto de vista personal del indivi-

17 Este es tan solo un aspecto de la tendencia general de los individuos estigmatizados a enfrentar una amplia revisión y encapsulamiento de sus vidas allí donde un normal podría no hacerlo. De este modo, se dice a veces que una persona estigmatizada que logra una familia y un trabajo «ha hecho algo de su vida». Análogamente, cuando alguien se casa con una persona estigmatizada se dice que «malgasta su vida». Todo esto se intensifica en ciertos individuos cuando se convierten en un «caso» para los trabajadores sociales u otros agentes de bienestar social y conservan este status de caso por el resto de sus vidas. Sobre la actitud de una persona ciega en relación con esto véase Chevigny, *op. cit.*, pág. 100.

18 Los últimos libros de James Baldwin proporcionan en este sentido un buen material en lo relativo a los negros. El libro de Chevigny *My Eyes Have a Cold Nose* es un buen ejemplo en lo que respecta a los ciegos.

duo estigmatizado, el análisis muestra que hay algo más que les informa. Ese algo más son los grupos, en el sentido general de individuos ubicados en una posición semejante —y esto es lo único que cabe esperar—, pues aquello que el individuo es, o podría ser, deriva del lugar que ocupa su clase dentro de la estructura social.

Uno de estos grupos es el agregado formado por los compañeros de infortunio del individuo. Los voceros de este grupo sostienen que el verdadero grupo del individuo, aquel al que pertenece *naturalmente*, es este.[19] Todos los otros grupos y categorías a los que también pertenece son implícitamente considerados como no verdaderos; el individuo no es, en realidad, uno de ellos. El verdadero grupo del individuo es, pues, el agregado de personas susceptibles de sufrir las mismas carencias que él por tener un mismo estigma; su «grupo» verdadero es, en realidad, la categoría que puede servir para su descrédito.

El carácter que estos voceros conceden al individuo es generado por la relación que este mantiene con sus iguales. Si se acerca a su grupo, es leal y auténtico; si se aleja, es un tonto y un cobarde.[20] Aquí, seguramente, hay una clara

19 De allí que, por ejemplo, Lewin, *op. cit.*, examine el fenómeno que denomina autoinquina (*self-hate*) y no cause confusión, aun cuando con ese término quiera significar no la inquina que el individuo siente hacia sí mismo (que Lewin considera como un resultado frecuente de la autoinquina), sino la inquina por el grupo al cual el estigma relega al individuo.

20 También los sociólogos profesionales advierten que el individuo estigmatizado debe ser leal a su grupo. Por ejemplo, Riesman, en «Marginality, Conformity, and Insight», en *Phylon*, tercer trimestre, 1953, págs. 251-252, al describir cómo puede seducir a un sociólogo, o a un norteamericano, o a un profesor, el aceptar cumplidos personales que son un insulto a sus grupos, agrega esta anécdota:

Yo mismo recuerdo haberle dicho en una oportunidad a una abogada que no era tan estruendosa y agresiva como otras Portias que había conocido, y lamenté que tomara esto como un cumplido y consintiera en traicionar a sus colegas femeninas del tribunal.

Sociológicamente debería ser claro que al encontrarse en situaciones sociales diferentes el individuo tendrá que enfrentar diferentes reclamos acerca de cuál de sus numerosos grupos es el verdadero. Otros problemas son menos claros. ¿Por qué, por ejemplo, a individuos que ya han pagado un precio considerable por su estigma se les dice de no encubrirse: quizá, siguiendo la regla de que cuanto menos uno tiene menos debe tratar de conseguir? Y si la denigración de quienes

ilustración de un tema sociológico básico: la naturaleza un individuo, tal como él mismo y nosotros se la impu mos, es generada por la naturaleza de sus afiliaciones g pales.

Como es lógico suponer, los profesionales que adoptan punto de vista endogrupal pueden defender una línea m tante y chauvinista, hasta el punto de apoyar una ideolo secesionista. Adoptando esta política en contactos mixt el individuo estigmatizado preconizará los supuestos valo y contribuciones especiales de su clase. También es posi que ostente algunos atributos estereotípicos que podría cilmente enmascarar; de allí que se encuentren judíos de segunda generación que mechen con agresividad su idio con expresiones y acento judíos, y homosexuales militan que se hacen zurrar patrióticamente en lugares públicos. individuo estigmatizado puede también cuestionar de r nera abierta el desagrado semioculto con que los norma lo tratan, y esperar «encontrar en falta» al «sabio» que autodesignó como tal, es decir, continuar el examen de acciones y de las palabras de los otros hasta obtener alg signo fugaz de que sus demostraciones de aceptación s tan solo una apariencia.[21]

Los problemas asociados con la militancia son ampliame conocidos. Cuando el objetivo político último es suprir la diferencia provocada por el estigma, el individuo pue descubrir que esos mismos esfuerzos son capaces de politi su propia vida, volviéndola aún más diferente de la v normal que se le negó inicialmente, aun cuando las gene ciones posteriores de compañeros saquen buen provecho

tienen un determinado estigma es injurioso en el presente y lo s en el futuro, ¿por qué los estigmatizados, *más que los que no lo s* tienen que hacerse responsables de presentar y reforzar una post imparcial y de mejorar la suerte de toda la categoría? Una de respuestas es, desde luego, que los estigmatizados «saben más», d do así por supuesto una interesante relación entre conocimiento moralidad. Una respuesta más adecuada es tal vez que los estig tizados y los normales consideran que aquellos que tienen un estig determinado se reúnen a lo largo del tiempo y del espacio en u comunidad única que debe ser sostenida por sus miembros.

21 Para respuestas combativas de ciertos pacientes con deformida faciales véase Macgregor y colab., *op. cit.*, pág. 84. Véase tamb C. Greenberg, «Self-Hatred and Jewish Chauvinism», en *Commen ry*, X, 1950, págs. 426-433.

esos esfuerzos al obtener una mayor aceptación. Además, al llamar la atención sobre la situación de su propia clase, consolida en ciertos aspectos una imagen pública de su diferencia como algo real y de sus compañeros de infortunio como grupo real. Por otra parte, si busca un cierto tipo de separación, no de asimilación, descubrirá que necesariamente presenta sus esfuerzos militantes utilizando el mismo lenguaje y estilo de sus enemigos. Más aún, los argumentos que presenta, la situación que examina, las estrategias que defiende son, en su totalidad, parte de un lenguaje de expresión y sentimiento que pertenece a toda la sociedad. Su desprecio por una sociedad que lo rechaza se comprende solo en función de la concepción que esa sociedad tiene de la dignidad, del orgullo y de la independencia. En resumen, a menos que exista alguna cultura diferente en la cual refugiarse, cuanto más se separe estructuralmente de los normales, más se parecerá a ellos en el aspecto cultural.

Alienaciones exogrupales

El grupo «propio» del individuo puede entonces informar el código de conducta que los profesionales defienden en su nombre. También se pretende que la persona estigmatizada se considere desde el punto de vista de un segundo agrupamiento: los normales y la sociedad más amplia por ellos constituida. Deseo considerar con cierto detalle el alcance de este segundo punto de vista.

El lenguaje de esta posición, inspirada por los normales, no es tanto político, como en el caso anterior, como psiquiátrico, ya que las imágenes derivadas de la higiene mental sirven como fuente de retórica. Aquel que adhiere a la línea defendida es considerado como una persona madura que alcanzó un adecuado ajuste personal; aquel que no la sigue es considerado como una persona deteriorada, rígida, siempre a la defensiva, con recursos internos inadecuados. ¿Qué implica esta defensa?

Se recomienda al individuo que se considere un ser humano tan pleno como cualquier otro, alguien que, en el peor de los casos, es excluido de lo que, en último análisis, es simplemente un área de la vida social. No es un tipo o una categoría, sino un ser humano:

¿Quién dijo que los inválidos son desgraciados? ¿Ellos o ustedes? ¿Sólo porque no pueden bailar? De todos modos, la música se detiene en algún momento. ¿O porque no pueden jugar al tenis? Infinidad de veces hace demasiado calor. ¿O porque tiene que ayudarlos a subir y bajar las escaleras? ¿Usted preferiría hacer otra cosa? La polio no es triste; es simplemente un gran inconveniente; significa no poder tener arranques de mal humor y correr a la habitación y cerrar la puerta de un puntapié. La palabra *inválido* es horrible. ¡Especifica! ¡Margina! ¡Es demasiado íntima! ¡Es condescendiente! Me da ganas de vomitar como larva que sale del capullo.[22]

Puesto que su mal no significa nada en sí mismo, no debe avergonzarse de él o de otros que lo poseen, ni tampoco comprometerse tratando de ocultarlo. Por otra parte, mediante un arduo trabajo y un ininterrumpido autoentrenamiento deberá satisfacer los estándares corrientes lo mejor que pueda, deteniéndose solo cuando surge el problema de la normificación; es decir, cuando sus esfuerzos pueden dar la impresión de que está tratando de negar su diferencia. (De más está decir que cada profesional traza de manera muy distinta esta delgadísima línea, pero a causa de tal ambigüedad más necesaria se vuelve la presentación profesional.) Y puesto que los normales también tienen sus problemas, el individuo estigmatizado no deberá sentir amargura, resentimiento o autoconmiseración. Debe cultivar una manera de ser alegre y espontánea.

Después de esto aparece lógicamente una fórmula para manejar a los normales. Las habilidades que el individuo estigmatizado adquiere para enfrentar situaciones sociales mixtas deben ser usadas para ayudar a todos los que participan en ellas.

Los normales no tienen, en realidad, la intención de dañar; cuando lo hacen es porque no saben cómo evitarlo. Por consiguiente, tienen que ser ayudados con mucho tacto a

22 Linduska, *op. cit.*, págs. 164-165.

actuar de una manera más conveniente. Del mismo modo, no se deben contestar las observaciones despreciativas, arrogantes y carentes de delicadeza. El individuo estigmatizado puede no darse por enterado, o bien tratar de llevar a cabo una benévola reeducación del normal, mostrándole, punto por punto, con calma y suavidad, que, a pesar de las apariencias, debajo del estigmatizado subyace un ser humano cabal. (El individuo deriva de la sociedad de manera tan completa, que esta puede confiar en que los menos aceptados como miembros normales, los menos recompensados por los placeres de un intercambio social fluido, proporcionen un enunciado, una clarificación y una contribución al ser interior de cada hombre. Cuanto más se desvíe de la norma el individuo estigmatizado, más prodigiosamente deberá expresar la posesión de un yo subjetivo estándar, si pretende convencer a los otros de que lo posee, y mayores serán las exigencias para que les facilite un modelo de lo que se supone que una persona corriente debe sentir respecto de él.)

Cuando la persona estigmatizada descubre que los normales tienen dificultades para ignorar su defecto, tratará de ayudarlos, tanto a ellos como a la situación social, mediante esfuerzos conscientes para reducir la tensión.[23] En esas circunstancias el estigmatizado puede, por ejemplo, tratar de «romper el hielo» adoptando, para referirse explícitamente a su defecto, una actitud que demuestre que es capaz de enfrentarlo con soltura. Además de la naturalidad se recomienda también cierta ligereza:

Entonces, estaba la broma del cigarrillo. Nunca dejaba de provocar risa. Toda vez que iba a un restaurante, a un bar o a una fiesta, sacaba un atado de cigarrillos, lo abría con ostentación, tomaba uno, lo encendía y me sentaba a fumarlo tranquilamente. Eso llamaba casi siempre la atención. La gente clavaba la mirada en mí, y casi podía oírlos decir: «¡Caramba! ¡Qué maravilla lo que puede hacer con un par de garfios!» Cuando alguien me comentaba esa proeza, yo sonreía y decía: «Hay algo de lo que jamás tengo que preocuparme: de quemarme los dedos». Sé que es un poco fuerte, pero resulta infalible para romper el hielo (...)[24]

Una paciente algo sofisticada, cuya cara estaba llena de cicatrices a raíz de un tratamiento de belleza, sentía que resultaba eficaz entrar en una habitación llena de gente y decir graciosamente: «Por favor, disculpen este caso de lepra».[25]

También se señala que el individuo estigmatizado que se encuentra en compañía mixta puede considerar útil referirse a su incapacidad y a su grupo con el lenguaje que emplea cuando está con los suyos, y el que emplean los normales entre sí para referirse a él, ofreciendo así a los normales que están presentes un status temporario de sabios. En otros momentos considerará apropiado ajustarse a la «eti-

23 Un intento de análisis general sobre este tipo de tensión y su reducción aparece en E. Goffman, «Fun in Games», en *Encounters*, Nueva York: Bobbs-Merrill, 1961, esp. págs. 48-55.

24 Russell, *op. cit.*, pág. 167, en Wright, *op. cit.*, pág. 177; véase también Russell, *op. cit.*, pág. 151.
Debe notarse que aquel que intenta romper el hielo puede ser considerado como alguien que explora la situación por lo que puede obtener de ella, tal como los han señalado los novelistas. I. Levin, en *A Kiss Before Dying* (Nueva York: Simon and Schuster, 1953, págs. 178-179), proporciona un ejemplo:

—Oh, sí —dijo Kingship—; es un hombre pobre, sin duda. Se empeñó en mencionarlo exactamente tres veces la otra noche. Y esa anécdota traída de los cabellos acerca de esa mujer para la cual cose su madre.
—¿Qué hay de malo en que su madre cosa para otros?
—Nada, Marion, nada. Es la indiferencia con que lo dijo. ¿Sabes a quién me recuerda? Hay un hombre en el club que tiene mal una pierna y cojea un poco. Cuando jugamos al golf dice: «Ustedes, muchachos, sigan adelante. Esta vieja pata de palo va a alcanzarlos». Entonces todo el mundo camina más lentamente que nunca, y uno se siente tramposo si le gana.

Y, al ser capaz de romper el hielo, puede demostrarse a sí mismo que ejerce un notable control de la situación (Henrich y Kriegel, *op. cit.*, pág. 145):

Pienso que no es responsabilidad de la sociedad comprender al que padece parálisis cerebral, sino más bien que es nuestro deber tolerar a la sociedad y, en nombre de la caballerosidad, perdonarla y divertirnos con sus locuras. Lo considero un honor dudoso, aunque estimulante y entretenido. Ayudar a que la gente evidentemente perturbada o la gente rara se sienta cómoda antes de tener la oportunidad de complicar la situación, coloca al que está en desventaja en un papel superior al de los agitadores, y colabora en la comedia humana. Pero esto es algo que lleva largo tiempo aprender.

25 Macgregor y colab., *op. cit.*, pág. 85.

queta de revelación» e introducir su defecto como tópico de una conversación seria, con la esperanza de reducir su significado en tanto tema de interés reprimido:

La sensación del lisiado de que, *como persona*, no se lo comprende, combinada con el embarazo que la persona no lisiada siente en su presencia, determina una relación incómoda y tirante, que sirve, además, para separarlos. Para aliviar esta tensión social y lograr una mayor aceptación, el lisiado estará dispuesto no solo a satisfacer la curiosidad expresada de los no lisiados (...) sino también a iniciar él mismo el tema de la lesión (...)[26]

Se recomiendan también otros medios para ayudar a los normales a tratar con delicadeza a la persona estigmatizada, tales como, en el caso de una desfiguración facial, hacer una pausa al comienzo de un encuentro con el fin de que los futuros participantes tengan una oportunidad de elaborar sus respuestas.

Un hombre de 37 años, cuya cara está brutalmente desfigurada pero que tiene a su cargo un comercio de bienes raíces, señala: «Cuando debo entrevistar a un nuevo cliente me las arreglo para estar parado a cierta distancia frente a la puerta, para que cuando entre tenga más tiempo de verme y acostumbrarse a mi aspecto antes de que empecemos a conversar».[27]

También se aconseja que el individuo estigmatizado actúe como si los esfuerzos de los normales para facilitarle las cosas fueran efectivos y apreciados. Los ofrecimientos —no solicitados— de interés, ayuda y simpatía, muchas veces percibidos por el estigmatizado como una intromisión en su intimidad y una muestra de desfachatez, deben ser, sin embargo, discretamente aceptados:

No obstante, la ayuda no es solo un problema para aquellos que la brindan. Si el inválido quiere que se rompa el

26 White, Wright y Dembo, *op. cit.*, págs. 16-17.
27 Macgregor y colab., *op. cit.*, pág. 85.

hielo deberá admitir el valor de la ayuda y permitir que la gente se la otorgue. Muchas veces he visto desvanecerse el miedo y la perplejidad de los ojos de la gente al tender mi mano buscando ayuda, y he sentido surgir la vida y el calor de las manos que se me tendían. No siempre somos conscientes de la ayuda que podemos brindar al aceptar un auxilio, ni de que, de ese modo, damos un paso más hacia el contacto.[28]

Un escritor enfermo de poliomielitis aborda un tema similar:

Cuando mis vecinos llaman a mi puerta un día de nieve para preguntarme si necesito algo de la tienda, aun cuando esté preparado para el mal tiempo trato de pensar en algún artículo antes de rechazar un ofrecimiento generoso. Es más amable aceptar la ayuda que rechazarla para probar que somos independientes.[29]

Y, análogamente, un amputado:

Muchos amputados dan a los demás el gusto de que se sientan bien al hacer algo por ellos. Esto no incomoda a la gente como ocurriría si el lisiado estuviera aún de pie.[30]

A pesar de lo difícil que puede ser para el estigmatizado aceptar discretamente los torpes esfuerzos que los otros realizan para ayudarlo, aún se le exige algo más. Se considera que, si realmente se encuentra cómodo con su diferencia, esa aceptación tendrá un efecto inmediato sobre los normales, pues los ayudará a sentirse más tranquilos en situaciones sociales compartidas. En síntesis: se le aconseja que se acepte como una persona normal por lo que los demás, y por ende también él, pueden ganar, si así lo hace, en las interacciones cara a cara.
Por consiguiente, la línea inspirada por los normales obliga

28 Carling, *op. cit.*, págs. 67-68.
29 Henrich y Kriegel, *op. cit.*, pág. 185.
30 G. Ladieu, E. Hanfmann y T. Dembo, «Evaluation of Help by the Injured», en *Journal of Abnormal and Social Psychology*, XLII, 1947, pág. 182.

al estigmatizado a protegerlos de diversas maneras. Reconsideraremos ahora un aspecto importante de esta protección, que nos habíamos limitado a señalar.
Dado el hecho de que en muchas situaciones los normales tienen para con el estigmatizado la cortesía de tratar su defecto como si careciera de importancia, y teniendo en cuenta que el estigmatizado siente que a pesar de todo es un ser normal como cualquier otro, se espera que de vez en cuando se permita engañarse y creerse más aceptado de lo que realmente es. Intentará, entonces, participar socialmente en áreas de contacto que los demás consideran inadecuadas. Así, por ejemplo, un escritor ciego describe la consternación que produce en la peluquería de un hotel:

El local se volvió silencioso y solemne a medida que me introdujeron en él, y un empleado uniformado me alzó virtualmente para sentarme en la silla. Intenté hacer una broma, la habitual de cortarse el pelo una vez cada tres meses aunque no lo necesitara. Fue un error. El silencio me indicó que yo no era un hombre que pudiera hacer bromas, aun cuando fueran ingeniosas.[31]

Análogamente, en lo relativo al baile:

La gente parecía algo escandalizada al escucharlo. Yo había pasado una tarde en un té danzante en el Savoy Plaza. No podían explicar por qué sentían eso, y al decirles que me había divertido enormemente y que intentaría repetir la experiencia en cuanto se presentara otra oportunidad, las cosas parecieron empeorar. Era algo que un ciego no debía hacer (...) La situación tenía el clásico sabor del que no respeta como es debido un período de duelo.[32]

Un inválido agrega otro ejemplo:

Pero, la gente no solo espera que uno represente su papel, sino también que se ubique en su lugar. Recuerdo, por ejemplo, a un hombre en un restaurante al aire libre en

31 Chevigny, *op. cit.*, pág. 68.
32 *Ibid.*, pág. 130.

Oslo. Era un lisiado y había dejado su silla de ruedas para subir una escalera bastante empinada hasta una terraza donde se encontraban las mesas. Como no podía usar sus piernas se arrastraba con las rodillas, y cuando empezó a subir las escaleras en esta forma tan poco convencional, los mozos corrieron a su encuentro, no para ayudarlo, sino para informarle que en ese restaurante no podían servir a un hombre como él, porque la gente iba allí para divertirse y pasar un rato agradable y no para deprimirse con la presencia de inválidos.[33]

El hecho de que el individuo estigmatizado tome con excesiva seriedad esa discreta aceptación indica que ella es condicional. Depende de los normales no dejarse presionar para brindar más aceptación de la que pueden dar con comodidad, o, en el peor de los casos, con incomodidad. Se espera que los estigmatizados actúen con caballerosidad y que no fuercen las circunstancias; no deben poner a prueba los límites de la aceptación que se les demuestra ni tomarla como base para demandas aún mayores. La tolerancia, por supuesto, es en general parte de un convenio.
La naturaleza de un «buen ajuste» es ahora evidente. Exige que el individuo estigmatizado se acepte, alegre e inconscientemente, como igual a los normales, mientras que, al mismo tiempo, se aleja por su voluntad de aquellas situaciones en las cuales los normales tendrían dificultad en fingir un tipo de aceptación similar.
Como los que presentan la línea del «buen ajuste» son quienes adoptan el punto de vista de la sociedad de los normales, cabría preguntarse qué significa para los normales el hecho de que el estigmatizado siga esta línea. Significa que jamás tendrán que enfrentarse con la injusticia y el dolor de tener un estigma; significa que los normales no tendrán que admitir cuán limitadas son su discreción y su tolerancia, y significa que podrán permanecer relativamente incontaminados por un contacto íntimo con el estigmatizado, y no ver amenazadas sus creencias relativas a la identidad. Es precisamente de estos significados que, de hecho, derivan las especificaciones de un buen ajuste.

33 Carling, *op. cit.*, pág. 56.

Cuando una persona estigmatizada adopta la actitud del «buen ajuste» se dice, a menudo, que tiene un carácter fuerte o una profunda filosofía de la vida, tal vez porque nosotros, los normales, deseamos en el fondo encontrar la explicación de la energía y la buena voluntad necesarias para actuar de ese modo. Se pueden citar las palabras de una persona ciega:

Tanta es la gente que no cree que el deseo de progresar surge de motivaciones bastante corrientes que, a modo de defensa, uno desarrolla casi automáticamente una racionalización para explicar su conducta. Se crea una «filosofía». La gente insiste en que debemos tener una, y piensa que estamos bromeando cuando le decimos que no. Entonces, se hace todo lo posible por complacerla, y a los extraños que en trenes, restaurantes o subterráneos desean saber por qué uno sigue adelante se les da esa pequeña contribución. Hay que tener un discernimiento poco habitual para advertir que esa filosofía no es, salvo contadas excepciones, una invención personal, sino un reflejo de la noción que el mundo tiene de la ceguera.[34]

La fórmula general es evidente. Pretendemos que el modo de actuar del individuo estigmatizado nos diga que su carga no es opresiva ni que el hecho de llevarla lo diferencia de nosotros; al mismo tiempo, debe mantenerse a una distancia tal que nos asegure que no tenemos dificultades en confirmar esta creencia. En otras palabras, se le recomienda que corresponda naturalmente aceptándose a sí mismo y a nosotros, actitud que no fuimos los primeros en brindarle. De este modo se consiente en una *aceptación fantasma*, que proporciona el fundamento de una *normalidad fantasma*. Debe estar tan profundamente comprometido en esa actitud hacia el yo, definida como normal en nuestra sociedad, y hasta tal punto debe formar parte de esa definición, que ello le permita representar ese yo de manera impecable ante una audiencia ansiosa, que lo observa de reojo a la espera

34 Chevigny, *op. cit.*, págs. 141-142. El autor sugiere a continuación que esta filosofía puede incluso ser exigida a personas ciegas de nacimiento y que, por lo tanto, no están en condiciones de aprender qué es lo que han compensado exitosamente.

de una nueva demostración. Puede incluso ser llevado a unirse con los normales al sugerir a sus iguales que el descontento que muchos de ellos sienten es motivado por desaires imaginarios, lo cual, por supuesto, puede ser a veces cierto ya que las marcas de muchos límites sociales son tan tenues que permiten que todo el mundo actúe como si se los aceptara plenamente; esto significa que puede ser realista orientarse hacia signos mínimos quizá no intencionales.
La ironía de estas recomendaciones no reside en el hecho de que se le pida al estigmatizado que sea paciente con los demás —nada menos que lo que se le impide ser—, sino que esta expropiación de su respuesta sea lo mejor que pueda obtener. Si, de hecho, desea vivir en la medida de lo posible «como cualquier otra persona», y ser aceptado «por lo que realmente es», entonces, esta es la posición más sagaz, aunque se sustenta en una base falsa; porque en muchos casos el grado de aceptación de los normales puede acrecentarse si el estigmatizado actúa con espontaneidad y naturalidad totales, como si la aceptación condicional, cuyos límites se cuida de no sobrepasar, fuera una aceptación plena. Pero, por supuesto, lo que para el individuo es un buen ajuste puede ser aún mejor para la sociedad. Debemos agregar que la confusión de los límites es un rasgo general de la organización social; el mantenimiento de una aceptación fantasma es lo que, hasta cierto punto, se pretende que muchos acepten. Todo ajuste o consentimiento mutuo entre dos individuos puede verse fundamentalmente perturbado si una de las partes acepta en forma total la oferta de la otra; toda relación «positiva» se lleva a cabo bajo promesas de retribución y ayuda tales que la relación se dañaría si estos créditos se cobraran.

La política de la identidad

Por consiguiente, tanto el endogrupo como el exogrupo presentan al individuo estigmatizado una identidad del yo, el primero con una fraseología principalmente política, el segundo, psiquiátrica. En ambos casos se señala que si el individuo adopta una línea correcta (que dependerá de la

persona que hable) podrá aceptar sus propias condiciones y ser un hombre cabal; será un adulto digno y respetuoso de sí mismo.
Y, en verdad, habrá aceptado un «sí mismo» (*self*); pero este sí mismo es necesariamente un habitante extraño, una voz del grupo que habla por y mediante él.
Sin embargo, como la sociología sostiene a veces, todos nosotros hablamos desde el punto de vista de un grupo. La situación especial del estigmatizado reside en que por una parte la sociedad le dice que es un miembro del grupo más amplio, lo cual significa que es un ser humano normal, y por otra, que hasta cierto punto es «diferente» y que sería disparatado negar esa diferencia. La diferencia en sí deriva, por cierto, de la sociedad, pues por lo general una diferencia adquiere mucha importancia cuando es conceptualizada en forma colectiva por la sociedad como un todo. Esto se comprenderá con mayor claridad en el caso de nuestros estigmas más recientemente instituidos, como lo sugiere una persona que padece uno de ellos:

Como resultado de una lesión en el centro de control del cerebro nací con una parálisis cerebral de tipo atetoide. No percibí esta sobrecogedora y compleja clasificación hasta que el término se popularizó y la sociedad insistió en que admitiera mi anormalidad así rotulada. Era algo parecido a pertenecer a los Alcohólicos Anónimos. No es posible ser honesto consigo mismo hasta que uno no se entera de lo que es y, quizá, considera lo que la sociedad piensa que es o debería ser.[35]

Esto es aún más claro en el caso de la epilepsia. Desde los tiempos de Hipócrates, quienes descubrían que padecían este mal tenían asegurado un yo definitivamente estigmatizado gracias a las definiciones vigentes en la sociedad. Esta sigue formulando esas definiciones incluso cuando el daño físico que implica la enfermedad puede ser insignificante y aunque muchos especialistas utilizan actualmente el término para referirse tan solo a accesos que responden a un desorden médico no específico (y menos aún estigmatizante).[36] Aquí, el punto en el cual la ciencia médica debe retractarse es aquel donde la sociedad puede actuar con mayor determinación.
De este modo, mientras que por un lado se le dice al estigmatizado que es un ser humano como cualquier otro, se le señala por otro que es imprudente encubrirse o abandonar «su» grupo. En síntesis, se le indica al mismo tiempo que es igual a cualquier otro y que no lo es, aunque los voceros no se han puesto totalmente de acuerdo para decidir cuánto puede pretender de cada uno de estos dos aspectos. Esta contradicción y esta burla son su suerte y su destino. Es un constante desafío para los representantes de los estigmatizados, quienes urgen a estos profesionales a presentar una política de identidad coherente que les permita ser lo suficientemente rápidos como para percibir los aspectos «inauténticos» de otros programas recomendados, pero lo bastante lentos como para ver que una solución «auténtica» puede no existir.
El individuo estigmatizado se encuentra, por consiguiente, en la arena de discusiones y debates pormenorizados relativos a lo que debe pensar de sí mismo, o sea, la identidad de su yo. A sus otros problemas debe agregar el de ser empujado simultáneamente en distintas direcciones por profesionales que le dicen qué debe hacer y sentir acerca de lo que es y deja de ser, y todo esto en su propio beneficio. Escribir o pronunciar discursos abogando por cualquiera de estas «avenidas de evasión» es en sí una solución interesante pero por desgracia fuera del alcance de la mayoría, de quienes simplemente leen y escuchan.

35 Henrich y Kriegel, *op. cit.*, pág. 155.

36 Livingston, *op. cit.*, pág. 5 y sigs., 291-304.

4. El yo y el otro

Este ensayo se ocupa de la situación de la persona estigmatizada y de su respuesta a la situación en que se encuentra. Para ubicar el marco de referencia resultante en el contexto conceptual apropiado será conveniente considerar desde distintos ángulos el concepto de divergencia (*desviation*),* puente que vincula el estudio del estigma con el del resto del mundo social.

Divergencias y normas

Podemos pensar que para el análisis que aquí se aplica resultaría más adecuado elegir deficiencias dramáticas y poco habituales. Sin embargo, parecería que la mayor utilidad de una diferencia exótica es la de ser solo un medio para tomar conciencia de los supuestos de la identidad, por lo común tan plenamente satisfechos que permiten escapar a esa concienciación. Podemos pensar también que los grupos minoritarios establecidos, como los negros y los judíos, proporcionan los mejores sujetos para este tipo de análisis. Esto puede llevar con facilidad a un tratamiento desigual. Sociológicamente, el problema fundamental relativo a estos grupos es su lugar en la estructura social; las eventualidades que enfrentan estas personas en la interacción cara a cara son solo una parte del problema, y no pueden comprenderse totalmente sin una referencia a la historia, al desarrollo político y a las estrategias habituales del grupo.
También es posible limitar el análisis a aquellos que poseen un defecto que dificulta casi todas sus situaciones sociales,

* Véase la nota 1 del capítulo 5.

llevando a estos desafortunados a elaborar una gran parte de la concepción de sí mismos reactivamente, en función de esa situación.[1] Este informe sostiene un punto de vista diferente. Es probable que el más afortunado de los normales tenga algún defecto parcialmente oculto, y para todo pequeño defecto existe una ocasión social en la cual se destacará notoriamente, creando una brecha vergonzosa entre la identidad social real y la virtual. Por lo tanto, los que llevan una existencia precaria, ya sea constante u ocasional, constituyen un continuo único, y su situación vital puede analizarse con el mismo marco de referencia. (De ahí que personas que no presentan más que una mínima diferencia comprenden la estructura de la situación en la que están ubicados los totalmente estigmatizados, atribuyendo, a menudo, esta simpatía a la profundidad de su naturaleza humana y no al isomorfismo de las situaciones humanas. Aquellos que padecen un estigma muy grave y visible deben sufrir, a su vez, el ultraje especial de saber que llevan «en el orillo» la marca de su situación, y que casi nadie será capaz de ver el meollo de sus dificultades.) Esto significa, entonces, que para comprender nuestra diferencia no debemos mirar lo diferente, sino lo corriente. La cuestión de las normas sociales es, por cierto, fundamental, pero el interés debe centrarse menos en las divergencias poco habituales que se apartan de lo corriente que en las divergencias corrientes que se apartan de lo habitual.
Se puede dar por sentado que una de las condiciones necesarias para la vida social es que todos los participantes compartan un conjunto único de expectativas normativas (en parte, las normas son sustentadas por haber sido incorporadas). Cuando se infringe una regla aparecen medidas restauradoras; agencias encargadas del control, o el mismo culpable, ponen punto final a la acción perjudicial y reparan el daño.
Sin embargo, las normas de las que se ocupa este libro se refieren a la identidad o al ser, y pertenecen, por consiguiente, a un género especial. El éxito o el fracaso del mantenimiento de dichas normas tiene un efecto muy directo

1 Es lo que Lemert, *Social Pathology, op. cit.*, pág. 75 y sigs., ha llamado «desviación secundaria».

sobre la integridad psicológica del individuo. Al mismo tiempo, el mero deseo de obrar de acuerdo con la norma —simple buena voluntad— no es suficiente, porque en muchos casos el individuo no tiene un control inmediato del nivel en que sustenta la norma. Es un problema que atañe a la condición del individuo, no a su voluntad; es un problema de ajuste, no de sumisión. Solo si se introduce el supuesto de que el individuo debe conocer y mantener su lugar se puede hallar, para su condición social, un equivalente completo en la acción voluntaria.

Además, mientras algunas de estas normas, tales como la visión y la capacidad para leer y escribir, pueden ser por lo general sustentadas con total adecuación por la mayoría de las personas en la sociedad, hay otras, tales como las relacionadas con la prestancia física, que adoptan la forma de ideales y constituyen estándares ante los cuales casi todo el mundo fracasa en algún momento de la vida. Incluso donde se hallan implicadas normas ampliamente accesibles, su multiplicidad tiene por efecto descalificar a muchas personas. Por ejemplo, según el consenso general, en Estados Unidos, el único hombre que no tiene que avergonzarse de nada es un joven casado, padre de familia, blanco, urbano, norteño, heterosexual, protestante, que recibió educación superior, tiene un buen empleo, aspecto, peso y altura adecuados y un reciente triunfo en los deportes. Todo norteamericano tiende a mirar al mundo desde esta perspectiva, y esto constituye uno de los sentidos en el que puede hablarse de un sistema de valores comunes en Estados Unidos. Todo hombre que no consiga llenar cualquiera de estos requisitos se considerará probablemente —por lo menos en algunos momentos— indigno, incompleto e inferior; algunas veces se encubrirá y otras, tal vez, llegará a ser apologético y agresivo con relación a aspectos conocidos de sí mismo que sabe indeseables para los demás. Los valores de identidad generales de una sociedad pueden no estar firmemente establecidos en ninguna parte en especial, y tener sin embargo algún tipo de proyección sobre los encuentros que se producen continuamente durante el diario vivir.

Por otra parte, lo implicado no son tan solo normas relativas a atributos de status algo estáticos. El problema no es simplemente la visibilidad, sino la intrusión; esto significa que la imposibilidad de sustentar las numerosas normas menores, importante en la etiqueta de la comunicación cara a cara, puede tener un efecto muy penetrante sobre la aceptabilidad del culpable en situaciones sociales.

Por lo tanto, no es muy provechoso tabular el número de personas que sufren las dificultades humanas bosquejadas en este libro. Como lo sugirió Lemert en cierta oportunidad, el número sería tan elevado como uno quisiera;[2] y cuando se agregan los que poseen un estigma aceptado y quienes alguna vez experimentaron la situación o están destinados a experimentarla —aunque no sea más que el envejecimiento progresivo—, el problema ya no consiste en saber si una persona tiene experiencia con un estigma, porque de hecho la tiene, sino más bien cuántas son las variedades de esa experiencia.

Se puede decir, entonces, que las normas de la identidad engendran tanto divergencias como ajustes. Ya se citaron dos soluciones generales para estas dificultades normativas. Una de ellas consistía en que una categoría de personas sustentara la norma, pero que se definiera y fuera definida por los demás como la categoría no relevante para hacerse cargo de la norma y ponerla en práctica personalmente. La otra solución se dirigía al individuo que no puede mantener una norma de identidad para separarse de la comunidad que apoya la norma, o abstenerse de desarrollar un vínculo con la comunidad. Esta es, desde ya, una solución costosa tanto para la sociedad como para el individuo, aun cuando se produzca siempre en pequeñas cantidades.

El proceso que aquí se detalla constituye al mismo tiempo una tercera solución de importancia para el problema de las normas no sustentadas. Por medio de estos procesos es posible que la base común de las normas se sustente mucho más allá del círculo de aquellos que pueden hacerse cargo de ellas; este es, por supuesto, un enunciado relativo a la función social de estos procesos y no a su causa o deseabilidad. Están implicados el encubrimiento y el enmascaramiento, que suministran al estudioso una aplicación especial de las artes del manejo de la impresión, artes básicas en

2 E. Lemert, «Some Aspects of a General Theory of Sociopathic Behavior», en *Proceedings of the Pacific Sociological Society,* State College of Washington, XVI, 1948, págs. 23-24.

la vida social, mediante las cuales el individuo ejerce un control estratégico sobre su propia imagen y los productos recogidos por los demás. También está implicada una forma de cooperación tácita entre normales y estigmatizados: el que se desvía puede permitirse continuar ligado a la norma porque los demás tienen buen cuidado en respetar su secreto, pasan por alto su revelación o restan importancia a las pruebas que descubren un secreto; estos otros, a su vez, pueden permitirse ampliar su cautela porque el estigmatizado se abstendrá voluntariamente de reclamar una aceptación más allá de los límites que los normales consideran cómodos.

El desviado normal

Debería pues, advertirse que el manejo del estigma es un rasgo general de la sociedad, un proceso que se produce dondequiera existan normas de identidad. Los mismos rasgos están implícitos sea que se trate de una diferencia muy grande, del tipo tradicionalmente definido como estigmático, o de una insignificante, de la cual la persona avergonzada se avergüenza de estarlo. Se puede sospechar, por consiguiente, que el rol del normal y el rol del estigmatizado son partes del mismo complejo, recortes de una misma tela estándar. Desde luego, los estudiosos que tienen una orientación psiquiátrica han señalado a menudo la consecuencia patológica de la autodenigración, señalando al mismo tiempo que el prejuicio contra un grupo estigmatizado puede constituir una forma de enfermedad. Sin embargo, no nos hemos ocupado de estos extremos, porque las pautas de respuesta y adaptación consideradas en este ensayo se comprenden totalmente dentro del marco de referencia de la psicología normal. Se puede dar por sentado, en primer lugar, que las personas que poseen estigmas diferentes se encuentran en una situación bastante similar y responden de una manera parecida. Un farmacéutico amable conversa con todos sus clientes del vecindario; por ende, las farmacias de barrio son evitadas por estigmatizados que buscan medicamentos de cualquier índole —personas sumamente diversas, que comparten solo una necesidad: la de controlar información—. En segundo lugar, se puede dar por sentado que el normal y el estigmatizado tienen las mismas características mentales y que esto es lo corriente en nuestra sociedad; el que puede desempeñar uno de estos roles tiene entonces lo que se requiere para desempeñar el otro, y, de hecho, respecto de un estigma u otro, es probable que haya adquirido cierta experiencia para hacerlo. Más importante aún es señalar que la noción misma de diferencias *vergonzosas* supone una semejanza respecto de creencias decisivas: aquellas relacionadas con la identidad. Aun cuando un individuo posea sentimientos y creencias bastante anormales, es probable que sus intereses y las estrategias empleadas para ocultar estas anormalidades a los demás sean perfectamente normales, como lo sugiere la situación de los ex enfermos mentales:

Una de las dificultades se centra en el significado de un «empleo apropiado». A veces los pacientes no pueden, pero más a menudo no quieren, explicar por qué un trabajo particular es «inapropiado» o imposible para ellos. Un hombre maduro no podía decidirse a explicar que la oscuridad le producía tanto terror que insistía en compartir su dormitorio con una tía, y que le resultaba imposible tener un empleo que implicara volver solo a su casa en las noches de invierno. Intentaba vencer su miedo, pero si debía quedarse solo una noche, caía en un estado de colapso físico. En un caso así —y hay muchos otros—, los temores del ex enfermo al ridículo, al desprecio y a la severidad le vuelven difícil poder explicar por qué rechaza o no conserva los trabajos que se le ofrecen. Se lo puede entonces catalogar fácilmente como poco adicto al trabajo o no empleable, lo que resultará financieramente desastroso.[3]

De manera análoga, cuando una persona que envejece descubre que no puede recordar el nombre de algunos de sus amigos más cercanos, dejará de ir a los lugares de reunión donde es probable que los encuentre, ejemplificando así una molestia y un plan que implican capacidades humanas que nada tienen que ver con el envejecimiento.

3 Mills, *op. cit.*, pág. 105.

Por consiguiente, si se denomina desviada a la persona estigmatizada, convendría llamarla *desviada normal*, al menos en la medida en que su situación se analice dentro del marco de referencia que se presenta aquí.

Existe una prueba directa de este yo-otro, de la unidad estigmatizado-normal. Por ejemplo, parecería que aquellos cuyo estigma es de pronto eliminado mediante una exitosa operación quirúrgica pueden ser vistos rápidamente por sí mismos y por los otros como personas que alteraron su personalidad en dirección a lo aceptable,[4] así como aquellos en quienes de pronto aparece un defecto pueden, con relativa rapidez, experimentar un cambio en su personalidad aparente.[5] Estos cambios percibidos parecen ser resultado del lugar que ocupa el individuo en una nueva relación, con las contingencias de la aceptación propias de la interacción cara a cara, y con el consiguiente empleo de nuevas estrategias de adaptación. Otras pruebas importantes provienen de experimentos sociales en los que los sujetos asumen conscientemente un defecto (en forma temporaria, por supuesto), tal como una sordera parcial; en estos casos se comprueba que tienen espontáneamente las mismas reacciones y recursos que los que están en realidad impedidos.[6]

Hay que mencionar también otro hecho. Dado que el paso de un status estigmatizado a otro normal se produce presumiblemente en una dirección deseada, es comprensible que una vez producido el cambio pueda ser resistido psicológicamente por el individuo. Pero es muy difícil comprender cómo los individuos que sufren una repentina transformación de su vida —de normal a estigmatizada— pueden sobrevivir psicológicamente al cambio; sin embargo, muy a menudo lo hacen. El hecho de que se puedan resistir ambos tipos de transformaciones —pero en especial la última— sugiere que las capacidades estándares y el entrenamiento corriente nos habilitan para manejar las dos posibilidades. Y, una vez aprendidas estas posibilidades, el resto, lamentablemente, es fácil. Aprender que se está más

4 Macgregor y colab., *op. cit.*, págs. 126-129.
5 *Ibid.*, págs. 110-114.
6 L. Meyerson, «Experimental Injury: An Approach to the Dynamics of Physical Disability», en *Journal of Social Issues*, IV, 1948, págs. 69-71. Véase también Griffin, *op. cit.*

allá del límite, o que no se está después de haberlo estado, no es, pues, algo complicado; es simplemente una nueva reubicación dentro de un antiguo marco de referencia, y un asumir para sí lo que antes pensaba que residía en los demás. Lo doloroso de una estigmatización repentina no surge, entonces, de la confusión del individuo respecto de su identidad, sino del conocimiento exacto de su nueva situación.

Tomado, pues, a través del tiempo, el individuo es capaz de representar ambas partes del drama normal-desviado. Sin embargo, debe advertirse que, por más que esté encajado en un breve momento social, el individuo puede ser capaz de desempeñar ambas funciones, revelando una capacidad general no solo para llevar a cabo los dos roles, sino también el aprendizaje y el dominio necesarios para ejecutar en forma corriente la conducta de rol requerida. Desde luego, esto se ve facilitado por el hecho de que los roles de estigmatizado y normal no son meramente complementarios, sino que presentan ciertos paralelos y semejanzas notables. Los intérpretes de cada rol pueden evitar el contacto con el otro como medio para lograr el ajuste; cada uno de ellos puede sentir con razón que no es totalmente aceptado por el otro, y que su propia conducta es observada demasiado de cerca. Puede permanecer con sus «pares» simplemente para no tener que enfrentar el problema. Además, tanto las asimetrías o diferencias existentes entre los roles como la tarea común y decisiva de mantener la situación social que está en marcha se mantienen a menudo dentro de tales límites. Debe existir una sensibilidad suficiente al rol del otro para que cuando una de las partes de la pareja normal-estigmatizado no emplee ciertas técnicas de adaptación, la otra sepa cómo introducirse y asumir el rol. Por ejemplo, si la persona estigmatizada no consigue presentar su defecto de manera realista, la normal puede asumir esa tarea. Y cuando los normales intenten ayudar con tacto a la persona estigmatizada a resolver sus dificultades, esta puede apretar los dientes y aceptar airosamente la ayuda sin tomar en cuenta la buena voluntad del esfuerzo. Las pruebas de este rol bicéfalo están al alcance de todos. Por ejemplo, ya sea en broma o en serio, la gente trata de encubrirse, y lo hace en ambas direcciones, dentro o fuera

de la categoría estigmatizada. Otra fuente de pruebas es el psicodrama. Esta «terapia» da por sentado que los enfermos mentales y otras personas que están más allá del límite pueden, en el escenario, cambiar los papeles y representar el rol de normal frente a otro que en ese momento representa el de estigmatizado; y, de hecho, pueden realizar esta teatralización sin demasiadas indicaciones y con apreciable habilidad. Una tercera fuente de pruebas de que el individuo puede desempeñar simultáneamente ambos roles, el de normal y el de estigmatizado, proviene de las burlas en privado. Cuando están reunidos, los normales «remedan» a una clase de estigmatizados. Puesto en iguales circunstancias, el estigmatizado remeda tanto a los normales como a sí mismo. En son de chanza, representa escenas de degradación con uno de sus pares, a cuyo cargo se encuentra el papel del más cruel de los normales, mientras él interpreta momentáneamente el rol complementario, para pasar de improviso a una rebeldía vicaria. Como parte de este triste placer recurrirá al uso burlón de apelativos que aluden al estigma, generalmente tabúes en la sociedad «mixta».[7] Es necesario repetir aquí que esta clase de burla del estigmatizado no demuestra tanto cierto tipo de distancia habitual del individuo respecto de sí mismo como el hecho fundamental de que, en primer lugar, una persona estigmatizada es como cualquier otra que conoce el punto de vista que los otros tienen de personas como ella, y que se diferencia de estos por tener una razón especial para resistir la detracción provocada por el estigma en presencia de los normales, y la facultad especial de expresarla cuando están ausentes. Los representantes profesionales del grupo proporcionan un caso especial del empleo superficial de un lenguaje y un estilo autoabusivos. Cuando representan a su grupo ante los normales pueden encarnar de un modo ejemplar los ideales

7 Por ejemplo, con respecto a los negros, véase Johnson, *op. cit.*, pág. 92. Sobre el uso de «loco» por enfermos mentales véase, por ejemplo, I. Belknap, *Human Problems of a State Mental Hospital*, Nueva York: McGraw-Hill Book Company, 1956, pág. 196, y J. Kerkhoff, *How Thim the Veil*, Nueva York: Greenberg, 1952, pág. 152. Davis, «Deviance Disavowal», en *op. cit.*, págs. 130-131, proporciona ejemplos relativos a los impedidos físicos, señalando que la utilización de tales términos con los normales es un signo de que estos son «sabios».

de estos últimos, ya que, en parte, fueron elegidos por ser capaces de hacerlo. Sin embargo, cuando atienden cuestiones sociales entre sus pares pueden sentirse especialmente obligados a demostrar que no han olvidado el modo de obrar del grupo o su propia ubicación, y, de esta manera, emplear en escena un dialecto, gestos y expresiones nativas que configuran una caricatura humorística de su identidad. (La audiencia puede entonces disociarse de lo que aún conserva e identificarse con lo que todavía no es.) Sin embargo, estas representaciones tienen a menudo un aspecto pulido y cuidado; es evidente que algo fue puesto entre paréntesis y elevado a la categoría de arte. De todos modos, se encuentra por lo general en el mismo representante la capacidad de ser hasta cierto punto más «normal» que la mayoría de los miembros de su categoría que se orientan en esta dirección, mientras que, al mismo tiempo, puede imponer el idioma nativo con más energía que aquellos de su categoría que se orientan en esta dirección. Y, si un representante carece de esta aptitud para manejar dos caras, se verá forzado a desarrollarla.

Estigma y realidad

Sostuvimos hasta aquí la necesidad de atribuir un papel fundamental a las discrepancias entre la identidad social real y la virtual. Pusimos el énfasis en el manejo de la tensión y de la información, es decir, en la manera en que el individuo estigmatizado puede presentar a los otros un yo precario, sujeto al abuso y al descrédito. Pero detenernos aquí crea una perspectiva parcial, que atribuye una realidad sólida a algo que es mucho más endeble que eso. El estigmatizado y el normal son parte el uno del otro; si uno demuestra ser vulnerable debe esperarse que el otro también lo sea. Porque al imputar identidades a individuos, desacreditables o no, el marco social más amplio y sus habitantes se comprometen en cierto modo a sí mismos, por ser ellos quienes pasan por tontos.

Todo esto ya ha quedado implícito en el enunciado de que, a veces, el encubrimiento se realiza porque se considera di-

vertido. La persona que se encubre en forma sumamente ocasional, a menudo relata el incidente a sus compañeros como prueba de la simpleza de los normales y del hecho de que todos los argumentos relativos a la diferencia entre él y los normales son meras racionalizaciones.[8] Estos errores de identificación producen la risa y el regocijo del que se encubre y de sus amigos. Del mismo modo, aquellos que corrientemente ocultan su identidad personal u ocupacional pueden sentir placer en tentar al diablo llevando una conversación con normales confiados a un terreno en el cual, sin saberlo, estos hacen el papel de tontos al expresar nociones que la presencia del que se encubre desacredita por completo. En dichos casos, lo que aparece como falso no es la persona que tiene una diferencia, sino más bien todos y cada uno de los que se encuentran en la situación y allí intentan mantener pautas convencionales de tratamiento.
Sin embargo, existen, por supuesto, ejemplos aún más directos de que lo amenazado es la situación, no la persona. Los impedidos físicos, por ejemplo, expuestos a recibir muestras de simpatía y averiguaciones por parte de extraños, pueden, a veces, proteger su intimidad poniendo en práctica una conducta no precisamente cautelosa. Así, una muchacha a quien le faltaba una pierna y era, por tal razón, víctima de frecuentes interrogatorios por parte de los extraños, inventó un juego que llamó «jamón y piernas», y que consistía en responder a una pregunta con una explicación presentada en forma dramáticamente ridícula.[9] Otra muchacha en la misma situación informa de una estrategia similar:

Las preguntas relativas a cómo había perdido mi pierna me fastidiaban; por eso, inventé una respuesta patrón que frenaba todo tipo de interrogatorio: «¡Pedí dinero a una compañía de préstamos y retienen mi pierna como garantía!» [10]

También se citan respuestas breves que ponen fin al encuentro no deseado:

8 Véase Goffman, *Asylums, op. cit.*, pág. 112.
9 Baker, *op. cit.*, págs. 92-94.
10 Henrich y Kriegel, *op. cit.*, pág. 50.

«¡Mi pobre niña! Veo que ha perdido su pierna.»
Y esa es la oportunidad para el *touché*: «¡Qué descuido de mi parte!».[11]

Además, existe el arte mucho menos cortés de engañar al otro, mediante el cual, en el transcurso de situaciones sociales, miembros activos de grupos desventajados elaboran una historia sobre ellos mismos y sus sensaciones ante los normales que torpemente les profesan simpatía, hasta que la historia alcanza un punto en que resulta patente que se trata de una pura invención.
Una mirada fría puede, por supuesto, impedir de entrada un encuentro, como lo ejemplifican las memorias de un enano agresivo:

Estaban los indiferentes, que miraban como montañeses que bajan al pueblo para ver un espectáculo ambulante. Los fisgones, de tipo furtivo, que se alejaban ruborizados si los pescaba mirando. Los compasivos, que chasqueaban la lengua con tal fuerza que se los podía oír cuando ya estaban lejos. Pero los peores de todos eran los charlatanes, cuyas observaciones podrían resumirse así: «¿Cómo está usted, pobre muchacho?». Lo decían con sus ojos, con sus gestos y con su tono de voz.
Mi defensa clásica era una mirada fría. Así, anestesiado contra mi contrincante, podía lidiar con el problema básico: entrar y salir vivo del subterráneo.[12]

A partir de aquí no hay más que un paso hasta los niños inválidos que se las arreglan de vez en cuando para sorprender a alguien que los agrede, o las personas que cortés pero claramente son excluidas de determinados ambientes, y que cortés y claramente penetran en esos ambientes con toda determinación.[13]

11 Baker, *op. cit.*, pág. 97, en Wright, *op. cit.*, pág. 212.
12 Viscardi, *A Man's Stature*, pág. 70, en Wright, *op. cit.*, pág. 214. Sobre técnicas similares empleadas por un hombre que tiene garfios véase Russell, *op. cit.*, págs. 122-123.
13 Un experimento relativo a estos casos aparece en M. Kohn y R. Williams (h.), «Situational Patterning in Intergroup Relations», en *American Sociological Review*, XXI, 1956, págs. 164-174.

La realidad social sustentada por el miembro dócil de una particular categoría de estigmatizados y el normal cortés tiene, en sí, una historia. Cuando —por ejemplo, en el caso del divorcio o la etnicidad irlandesa— un atributo pierde gran parte de su fuerza como estigma, habrá un período en el que la definición previa de la situación será objeto de renovados ataques: primero, quizá, desde los escenarios teatrales, y posteriormente durante los contactos mixtos en lugares públicos, hasta que deje de ejercer un control tanto sobre aquello a lo cual puede fácilmente prestarse atención como sobre lo que debe mantenerse en secreto o ser penosamente ignorado.

A modo de conclusión, deseo repetir que el estigma implica no tanto un conjunto de individuos concretos separables en dos grupos, los estigmatizados y los normales, como un penetrante proceso social de dos roles en el cual cada individuo participa en ambos roles, al menos en ciertos contextos y en algunas fases de la vida. El normal y el estigmatizado no son personas, sino, más bien, perspectivas. Estas se generan en situaciones sociales durante contactos mixtos, en virtud de normas no verificadas que probablemente juegan en el encuentro. Los atributos duraderos de un individuo en particular pueden convertirlo en un estereotipo; tendrá que representar el papel de estigmatizado en casi todas las situaciones sociales que le toque vivir, y será natural referirse a él, tal como lo he hecho, como a un estigmatizado cuya situación vital lo ubica en contraste con los normales. Sin embargo, sus particulares atributos estigmatizantes no determinan la naturaleza de los dos roles, el normal y el estigmatizado, sino simplemente la frecuencia con que desempeña uno de ellos en especial. Y puesto que lo implicado son roles de interacción, no individuos concretos, no resultará sorprendente que en muchos casos aquel que tiene una cierta clase de estigma exhiba sutilmente todos los prejuicios normales dirigidos contra aquellos que tienen otra clase de estigma.

Ahora bien, parece, por cierto, que la interacción cara a cara, al menos en la sociedad norteamericana, se construye de tal modo que es particularmente propensa al tipo de conflicto considerado en este ensayo. Parece también que las discrepancias entre la identidad virtual y la real se producirán siempre, y siempre darán lugar a un necesario manejo de la tensión (con respecto al desacreditado) y de la información (con respecto al desacreditable). Y en los casos de estigmas muy visibles o intrusivos —o transmisibles a lo largo de las descendencias familiares—, las inestabilidades resultantes de la interacción pueden tener un efecto sumamente penetrante sobre aquellos a quienes se les otorga el rol de estigmatizado. Sin embargo, la indeseabilidad percibida de una pertenencia personal *particular*, y su capacidad para disparar estos procesos de normalidad y estigmatización, tienen una historia propia, historia que es regular e intencionalmente modificada por la acción social. Y, aunque se puede argüir que los procesos del estigma parecen tener una función social general —la de conseguir una ayuda para la sociedad entre aquellos que no son ayudados por ella— y que en este nivel son probablemente resistentes al cambio, se verá que parecen estar implicadas funciones adicionales, que varían en forma sensible según el tipo de estigma. La estigmatización de aquellos que presentan malos antecedentes morales puede funcionar claramente como un medio de control social formal; la estigmatización de aquellos que pertenecen a ciertos grupos raciales, religiosos y étnicos funciona como un medio para eliminar a estas minorías de las diversas vías de la competencia; y la desvalorización de los que tienen desfiguraciones corporales se puede interpretar, tal vez, como una contribución a una necesaria limitación de las elecciones de pareja.[14]

14 Agradezco a David Matza esta última sugerencia.

5. Las divergencias y la desviación

Una vez que las dinámicas de una diferencia vergonzosa son consideradas como un rasgo general de la vida social, se puede continuar investigando la relación que vincula su estudio con el de asuntos conexos asociados con el término «desviación» (*deviance*), palabra actualmente de moda, que ha sido, en cierto modo, evitada hasta ahora en este ensayo, a pesar de lo conveniente del rótulo.[1]

A partir de la noción muy general de un grupo de individuos que comparten ciertos valores y adhieren a un conjunto de normas sociales relativas a la conducta y a los atributos personales, se puede dar el nombre de «divergente» (*deviator*) a todo miembro individual que no adhiere a las normas, y de «divergencia» (*deviation*) a su peculiaridad.* No pienso que todos los divergentes tengan tantos puntos en común como para justificar un análisis especial; difieren en más de lo que se parecen, en parte, por el tamaño marcadamente disímil de los grupos en los que

1 Es notable que los que se ocupan de las ciencias sociales se hayan habituado tan fácilmente al uso del término «desviado» (*deviant*), como si aquellos a quienes se les aplica tuvieran suficientes elementos en común como para poder hacer sobre ellos, en tanto totalidad, observaciones significativas. Así como hay perturbaciones iatrogénicas, producto de la tarea que realizan los médicos (que se convierten luego en nuevas fuentes de trabajo), existen categorías de personas creadas por los estudiosos de la sociedad, y luego, estudiadas por ellos.

* Se presenta en este punto una difícil cuestión terminológica. Como se verá en el resto del capítulo, Goffman subsume la pareja de términos *deviance* y *deviant* en la categoría más amplia de *deviation* y *deviator*, respectivamente. Hemos preferido conservar para aquellos la traducción corriente (desviación y desviado), traduciendo los dos últimos por «divergencia» y «divergente». El *deviator* o divergente sería, pues, el individuo que no adhiere a las normas de un grupo, aun cuando ello no implica necesariamente que el grupo lo rechace o margine. (*N. del E.*)

aparecen las divergencias. Sin embargo, podemos subdividir el área en porciones más pequeñas, algunas de las cuales vale la pena examinar.

Se sabe que en ciertos pequeños grupos muy unidos la posición destacada y ratificada de uno de sus miembros se puede asociar con la facultad para divergir y, en consecuencia, para ser un divergente. La relación de dicho divergente con el grupo, y el concepto que los miembros tienen de él, son tales que impiden la reestructuración en virtud de la divergencia. (Sin embargo, cuando el grupo es grande, el miembro eminente advertirá que sus componentes deben concordar por entero en todas las formas visibles.) El miembro definido como físicamente enfermo se halla, en cierto modo, en la misma situación; si maneja en forma correcta su status de enfermo puede apartarse de los estándares de funcionamiento, sin que esto sea tomado como un reproche hacia él o hacia su relación con el grupo. El miembro eminente y el enfermo tienen entonces libertad para divergir, a causa, precisamente, de que por no llevar a una reidentificación, sus divergencias pueden no ser tenidas en cuenta; su especial situación demuestra que no son más que desviados, en el sentido habitual de este término.[2]

En muchos grupos y comunidades muy cerradas hay ejemplos de un miembro que se desvía, ya sea en los hechos o en los atributos que posee, o en ambos, y que, en consecuencia, llega a representar un rol especial, convirtiéndose en un símbolo del grupo y en actor de determinadas funciones bufonescas, aunque se le niegue el respeto que se otorga a otros miembros maduros.[3] Por lo general, este individuo deja de practicar el juego de la distancia social, aproximándose a los demás y permitiendo que estos se aproximen a él. Es a menudo el centro de atención que congrega a los otros en un círculo de participación en torno de él, aun cuando esto lo despoje en parte de su status de participante. Funciona como la mascota del grupo, aunque en algunos aspectos está en condiciones de ser un miembro normal. El idiota

2 La compleja relación de un divergente con su grupo ha sido recientemente reconsiderada por L. Coser, «Some Functions of Deviant Behavior and Normative Flexibility», en *American Journal of Sociology*, LXVIII, 1962, págs. 172-181.

3 Sobre estas y otras funciones del desviado véase R. Dentler y

del pueblo, el borracho de la aldea y el payaso del pelotón son ejemplos tradicionales; el gordo fraternal es otro. Podríamos esperar encontrar solo una persona con dichas características por grupo, puesto que no se necesita más que una; más ejemplos no harían sino aumentar el peso de la comunidad. Se lo podría denominar *desviado endogrupal* para recordar que se desvía respecto de un grupo concreto, no simplemente de las normas, y que su intensa aunque ambivalente inclusión en el grupo lo distingue de otra conocida clase divergente: el aislado grupal, que se halla constantemente en situaciones sociales con el grupo pero que no forma parte de él. (Cuando el desviado endogrupal es atacado por extraños, el grupo puede acudir en su ayuda; cuando el aislado grupal es atacado, probablemente deba pelear solo.) Hay que advertir que todos los tipos de divergentes aquí considerados están establecidos dentro de un círculo en el que se difunde amplia información biográfica acerca de ellos, una identificación personal completa.

Se señaló que en los grupos más reducidos el desviado intragrupal se distingue de otros divergentes porque, a diferencia de ellos, mantiene una relación oblicua con la vida moral sustentada en general por los otros miembros. Es evidente que, si junto con el del desviado endogrupal deseamos considerar otros roles sociales, sería útil escoger aquellos cuyos actores no siguen el ritmo de la moralidad corriente, aun cuando no se los conozca como divergentes. Si se traslada el «sistema de referencia» de los pequeños grupos de tipo familiar a otros que pueden sustentar una mayor especialización de roles, dos de estos se vuelven evidentes. Uno de estos roles moralmente mal alineados es el del ministro o el del sacerdote, ya que el actor está obligado a simbolizar la vida virtuosa y a vivirla más allá de lo normal; el otro es el del oficial de justicia, ya que para el actor las infracciones visibles de los demás son su rutina diaria.[4]

Además, al traslado del «sistema de referencia» de una comunidad local de relaciones cara a cara al mundo más amplio de los centros metropolitanos (y sus áreas afiliadas,

K. Erickson, «The Functions of Deviance in Groups», en *Social Problems*, VII, 1959, págs. 98-107.

4 Este tema está desarrollado en H. Becker, *Outsiders*, Nueva York: Free Press of Glencoe, 1963, págs. 145-163.

de reunión y residencia) corresponde un cambio en la variedad y significado de las divergencias.

Nos interesa aquí una de dichas divergencias: la que presentan individuos que rechazan voluntaria y abiertamente el lugar social que se les concede, y que actúan de manera irregular y, en cierto modo, rebelde ante nuestras instituciones básicas:[5] la familia, el sistema de clasificación escolar por edades, la estereotipada división de roles entre los sexos, el legítimo empleo *full-time*, que implica el mantenimiento de una identidad personal única ratificada gubernamentalmente, y la segregación de clase y de raza. Estos son los «desafiliados». Los que adoptan esta posición a título individual y por su cuenta pueden denominarse excéntricos o «raros». Aquellos cuya actividad es colectiva y se centra dentro de ciertos edificios o lugares (y, a menudo, en una actividad especial) pueden llamarse cultistas. Los que se reúnen en una subcomunidad o medio pueden denominarse *desviados sociales*, y su vida colectiva, comunidad desviada.[6] Constituyen un tipo especial, pero solo un tipo, de divergentes.

Si hablamos de un campo de indagación llamado «desviación», quienes presumiblemente constituyen su núcleo son los desviados sociales, tal como los definimos aquí. Incluiremos en él a prostitutas, drogadictos, delincuentes, criminales, músicos de jazz, bohemios, gitanos, comparsas de carnaval, vagabundos, borrachos, gente de circo, jugadores empedernidos, vagabundos de las playas, homosexuales,[7] y al mendigo impenitente de la ciudad. Esta es la gente a

5 Un aspecto general que me sugirió Dorothy Smith.

6 El término «comunidad desviada» no es enteramente satisfactorio porque vuelve más complicados dos problemas: si se trata o no de una comunidad peculiar, según los estándares estructurales derivados de un análisis del conjunto de las comunidades corrientes; y si los miembros de la comunidad son o no desviados sociales. Un puesto militar unisexual en un territorio despoblado es una comunidad desviada en el primer sentido, pero no necesariamente una comunidad de desviados sociales.

7 El término «homosexual» se utiliza, por lo general, para hacer alusión a todo aquel que interviene en prácticas sexuales manifiestas con un miembro de su mismo sexo; la práctica se denomina «homosexualidad». Este uso parece basarse en un marco de referencia médico-legal, y proporciona una categorización demasiado amplia y heterogénea para ser usada aquí. Yo me refiero únicamente a indi-

quien se considera comprometida en cierto tipo de rechazo colectivo del orden social. Se los percibe como incapaces de utilizar las oportunidades de progreso existentes en diversos caminos aprobados por la sociedad; muestran un abierto desacato a sus superiores, así como carecen de piedad. Ellos representan fracasos en los esquemas motivacionales de la sociedad.

Una vez establecido el núcleo de la desviación social podemos pasar a los ejemplos periféricos: políticos extremistas asentados en la comunidad, que no solo votan de manera divergente sino que pasan más tiempo con sus pares del que es políticamente necesario; ricos viajeros, cuyo tiempo no se ajusta a la semana de trabajo del ejecutivo y pasan su vida deambulando de un lugar de veraneo a otro; expatriados, con trabajo o sin él, que generalmente vagan en las cercanías del PX y del American Express;* los apóstatas de la asimilación étnica, educados al mismo tiempo en el mundo de la

viduos que participan en una comunidad especial de entendimiento en la que los miembros del mismo sexo son definidos como el objeto sexual más deseable, y la sociabilidad está energéticamente organizada alrededor de la búsqueda y conservación de estos objetos. Según esta concepción, existen cuatro variedades básicas de vida homosexual: los tipos femenino y masculino que se hallan en las instituciones de custodia; y los círculos de invertidos femeninos y masculinos existentes en los centros urbanos. (Para este último caso véase E. Hooker, *op. cit.*) Hay que advertir que un individuo puede pertenecer al mundo de invertidos sin intervenir, empero, en prácticas homosexuales, así como también explotar al invertido mediante la venta de favores sexuales, sin participar social ni espiritualmente de la comunidad de invertidos. (En este último sentido véase Reiss, *op. cit.*) Si el término homosexual se usa para aludir a alguien que participa de un tipo particular de acto sexual, entonces el término «homosexualita» (*«homosexualite»*) será necesario para designar al que participa en un tipo particular de comunidad desviada. [Hemos traducido *gay* por «invertido», aun cuando del contexto se desprende que su sentido es más amplio, y prácticamente intraducible al castellano. Con su significado de «homosexual» el término pertenece al *slang* norteamericano; dentro de la lengua culta corriente tuvo siempre la connotación de «persona de vida licenciosa» o «ligera de cascos». (*N. del E.*)]

* PX = Post Exchange, servicio de aprovisionamiento militar encargado de la distribución de víveres, ropas, equipos, etc., entre los soldados de los cuarteles o campamentos. American Express es una de las compañías que otorgan créditos de consumo para efectuar compras en determinados negocios minoristas. (*N. del E.*)

sociedad-madre y en el de la sociedad de sus padres,* y decididamente alejados de las rutas convencionales de movilidad abiertas ante ellos, que recubren la socialización adquirida en la escuela del estado con lo que muchos normales consideran una grotesca indumentaria de ortodoxia religiosa; los solteros de la metrópoli o los casados que en lugar de constituir una familia apoyan una vaga sociedad, apacible y de corta vida pero refractaria al sistema familiar. En casi todos estos casos, como también en el de los excéntricos y en el de los cultistas, aparecen muestras de desafiliación, que dan lugar a una delgada línea trazable entre todos ellos y los desviados que se encuentran en el otro extremo, es decir, los desafiliados apacibles: los que practican un *hobby* y son tan devotos de su pasatiempo que solo conservan la cáscara de sus vínculos civiles, como en el caso de algunos fervorosos coleccionistas de estampillas, jugadores de tenis y fanáticos de los autos deportivos.

Tal como se señaló, los desviados sociales rechazan su lugar con ostentación; estos gestos de rebeldía son temporariamente tolerados siempre y cuando se circunscriban dentro de los límites ecológicos de su comunidad. Al igual que los gethos étnicos y raciales, estas comunidades constituyen un puerto de autodefensa y un lugar donde el individuo desviado puede adoptar abiertamente una línea en la que es por lo menos tan bueno como cualquier otra persona. Pero, además, los desviados sociales sienten muchas veces que no solo son iguales a los normales, sino mejores que ellos, y que su vida es mejor que la que llevarían si no fueran lo que son. Por otra parte, los desviados sociales suministran modelos de existencia a los normales rebeldes, obteniendo no solo simpatías sino también reclutas. (Es evidente que también los cultistas obtienen prosélitos, pero el centro de interés reside en los programas de acción, no en los estilos de vida.) Los «sabios» también pueden convertirse en camaradas de ruta.

En teoría, una comunidad desviada podría llegar a desempeñar, para la sociedad en general, algunas de las mismas funciones que lleva a cabo un desviado endogrupal para su

* Juego de palabras entre *parent society* y *society of the parents*. (*N. del E.*)

grupo, pero, si bien esto puede ser teóricamente cierto, nadie hasta ahora parece haberlo demostrado. El problema consiste en que la extensa área de la cual provienen los reclutas de una comunidad desviada no es tan claramente un sistema, una entidad, con necesidades y funciones, como lo es un pequeño grupo cara a cara.

Hasta aquí se han considerado dos tipos de divergentes: los endogrupales y los sociales. Debemos mencionar dos clases conexas de categorías sociales. En primer lugar, los grupos étnicos y raciales minoritarios:[8] individuos que tienen una historia y una cultura en común (y a menudo un origen nacional común), que transmiten hereditariamente su calidad de miembros de un grupo, que están en condiciones de exigir signos de lealtad de algunos de los miembros, y que se encuentran en una posición relativamente desventajosa en la sociedad. En segundo lugar, aquellos miembros de la clase baja que en forma bastante perceptible llevan la marca de su status en su lenguaje, su apariencia y sus modales, y que, respecto de las instituciones públicas de nuestra sociedad, resultan ser ciudadanos de segunda clase.

Es evidente que los desviados endogrupales, los desviados sociales, los miembros de grupos minoritarios y las personas de clase baja pueden funcionar en ciertas ocasiones como individuos estigmatizados, inseguros de la acogida que los espera en la interacción cara a cara y profundamente implicados en las diversas respuestas a esta situación. Esto será cierto aunque más no sea por la sencilla razón de que la mayoría de los adultos están obligados a mantener relaciones con organizaciones públicas, tanto comerciales como civiles, donde se supone que predomina un trato cortés y uniforme basado en nada más restrictivo que la condición de ciudadano, pero donde no falta la oportunidad de emitir valorizaciones expresivas denigrantes fundadas en un ideal virtual de clase media.

Está claro, sin embargo, que una consideración acabada de cualquiera de estas cuatro categorías nos aparta de lo que es necesario tomar en cuenta en el análisis del estigma. Por

8 Para un tratamiento analítico reciente véase R. Glass, «Insiders-Outsiders: The Position of Minorities», en *New Lefs Review*, XVII, invierno de 1962, págs. 34-45.

ejemplo, existen comunidades desviadas cuyos miembros, especialmente cuando se encuentran lejos de su medio, no se preocupan en forma particular de su aceptación social y que, por consiguiente, es difícil analizar haciendo referencia al manejo del estigma; un ejemplo lo constituyen ciertos medios de las playas cálidas de América, donde se puede encontrar a esos jóvenes envejecidos que no están dispuestos a «contaminarse» con el trabajo y dedican todo su tiempo a probar las diversas maneras de cabalgar sobre las olas. Tampoco debe olvidarse que además de las cuatro categorías mencionadas existen algunas de personas que poseen ciertas desventajas y que no por ello están estigmatizadas; tales, por ejemplo, el individuo casado con una persona mezquina y egoísta, o alguien que no goza de una posición acomodada y debe criar a cuatro hijos,[9] o el que tiene un impedimento físico (por ejemplo, una ligera deficiencia auditiva) que interfiere en su vida, aun cuando todos, incluido él mismo, ignoran que lo padece.[10]

He sostenido que las personas estigmatizadas tienen suficientes situaciones vitales en común como para justificar una clasificación conjunta que posibilite el análisis de aquellas. De este modo, hemos hecho una extracción de los tradicionales campos de los problemas sociales, las relaciones étnicas, la desorganización social, la criminología, la patología social y la desviación, extracción de algo que todos ellos tienen en común. Estas características comunes se pueden organizar sobre la base de unos pocos supuestos relativos a la naturaleza humana. Lo que permanece en cada uno de los campos tradicionales podría entonces reexaminarse por lo que hubiera de realmente especial en él, con lo cual se daría coherencia analítica a lo que por ahora es una unidad puramente histórica y fortuita. Conociendo qué es lo que comparten campos tales como las relaciones raciales, el envejecimiento y la salud mental, podemos continuar viendo, de una manera analítica, en qué se diferencian. Quizás, en cada caso la alternativa consistirá en conservar las viejas áreas esenciales, pero al menos quedará claro que

9 Toynbee, *op. cit.*, caps. 15 y 17.

10 Se puede encontrar un ejemplo en Henrich y Kriegel, *op. cit.*, págs. 178-180.

cada una de ellas es simplemente un área a la cual debemos aplicar diversas perspectivas, y que es probable que el desarrollo de cualquiera de estas perspectivas analíticas coherentes no provenga de quienes circunscriben su interés exclusivamente a una única área esencial.

Indice

7 Prólogo

11 1. Estigma e identidad social

11 Concepciones preliminares
31 El igual y el sabio
45 La carrera moral

56 2. Control de la información e identidad personal

56 El desacreditado y el desacreditable
57 La información social
63 La visibilidad
67 La identidad personal
79 La biografía
83 Los otros como biógrafos
91 El encubrimiento
111 Las técnicas de control de la información
122 El enmascaramiento

126 3. Alienación grupal e identidad del yo

127 La ambivalencia
129 Las presentaciones profesionales
133 Alienaciones endogrupales
136 Alienaciones exogrupales
145 La política de la identidad

148 4. El yo y el otro

148 Divergencias y normas
152 El desviado normal
157 Estigma y realidad

162 5. Las divergencias y la desviación

Biblioteca de sociología

Michele Abbate, Libertad y sociedad de masas
Hayward R. Alker, El uso de la matemática en el análisis político
Pierre Ansart, El nacimiento del anarquismo
Pierre Ansart, Las sociologías contemporáneas
David E. Apter, Estudio de la modernización
Peter Bachrach, Crítica de la teoría elitista de la democracia
Brian M. Barry, Los sociólogos, los economistas y la democracia
Reinhard Bendix, Estado nacional y ciudadanía
Reinhard Bendix, Max Weber
Oliver Benson, El laboratorio de ciencia política
Peter L. Berger, comp., Marxismo y sociología. Perspectivas desde Europa oriental
Peter L. Berger y Thomas Luckmann, La construcción social de la realidad
Norman Birnbaum, La crisis de la sociedad industrial
Hubert M. Blalock, Introducción a la investigación social
Luc Boltanski, El Amor y la Justicia como competencias. Tres ensayos de sociología de la acción
Tom Bottomore y Robert Nisbet, comps., Historia del análisis sociológico
Severyn T. Bruyn, La perspectiva humana en sociología
Walter Buckley, La sociología y la teoría moderna de los sistemas
Donald T. Campbell y Julian C. Stanley, Diseños experimentales y cuasiexperimentales en la investigación social
Morris R. Cohen y Ernest Nagel, Introducción a la lógica y al método científico, 2 vols.
Lewis A. Coser, Nuevos aportes a la teoría del conflicto social
Michel Crozier, El fenómeno burocrático, 2 vols.
Michel Crozier, La sociedad bloqueada
David Easton, Esquema para el análisis político
David Easton, comp., Enfoques sobre teoría política
S. N. Eisenstadt, Modernización. Movimientos de protesta y cambio social
Anthony Elliott, Teoría social y psicoanálisis en transición. Sujeto y sociedad de Freud a Kristeva
Mike Featherstone, Cultura de consumo y posmodernismo
Raymond Firth, Elementos de antropología social
Jonathan Friedman, Identidad cultural y proceso global
Robert W. Friedrichs, Sociología de la sociología
Joseph Gabel, Sociología de la alienación